

## Trabajo Fin de Máster

De fuera a dentro. Jorge Semprún, Francisco Ayala  
y Max Aub frente a una nueva España

From the outside to the inside. Jorge Semprún,  
Francisco Ayala & Max Aub to face a new Spain

Autor

Pablo Gracia Salinas

Director/es

Miguel Ángel Ruiz Carnicer

Máster Universitario en Historia Contemporánea

Facultad de Filosofía y Letras

Año académico 2019/2020

“Ni siquiera pienso en que esta  
es mi primera noche en España  
desde hace más de treinta años.  
Además: ¿esto es España?”

Max Aub, *La gallina ciega*

# Índice

<b>1. Introducción .....</b>	<b>1</b>
1.1 Justificación del trabajo y objetivos.....	1
1.2. Aclaraciones a causa del Covid-19 .....	3
1.3. Análisis de las fuentes.....	3
1.4. Metodología .....	6
<b>2. Estado de la cuestión .....</b>	<b>7</b>
<b>3. El exilio y su relación con España .....</b>	<b>14</b>
3.1. El exilio republicano de 1939 .....	14
3.2. El futuro de los exiliados (1939-1945) .....	17
3.3. Esperanzas truncadas. Una dictadura reforzada (1945-1955).....	22
3.4. La derrota del exilio (1955-1975) .....	28
<b>4. Jorge Semprún y Federico Sánchez .....</b>	<b>33</b>
4.1. La forja de un intelectual (1923-1955) .....	33
4.2. Federico Sánchez y los nuevos intelectuales españoles (1955-1958).....	39
4.3. Un exceso de optimismo. La JRN y la HNP (1958-1960).....	50
4.4. Reconsideración y expulsión. Adiós a Federico Sánchez. (1960- 2011).....	58
<b>5. Francisco Ayala. La mente del exilio. ....</b>	<b>65</b>
5.1. De Granada a Buenos Aires (1906-1939) .....	65
5.2. Pensando el exilio desde Argentina (1939-1949) .....	70
5.3. Puerto Rico, Estados Unidos y la promesa del regreso (1949-1960) .....	73
5.4. El reencuentro con España (1960-1975).....	79
5.5. Regreso y reconocimiento (1975-2009) .....	86
<b>6. Max Aub. Desgarro de exilio. ....</b>	<b>89</b>
6.1. Aub y su primera España (1903-1939) .....	89
6.2. El México de los exiliados (1939-1955).....	93
6.3. El exilio eterno (1955-1969).....	98
6.4. Aub y su segunda España: “He venido pero no he vuelto” (1969-1972) .....	107
<b>7. Conclusiones.....</b>	<b>116</b>
<b>8. Bibliografía.....</b>	<b>121</b>
8.1. Fuentes primarias y prensa .....	121

8.1.1. Archivo.....	121
8.1.2. Prensa .....	121
8.1.3. Libros .....	122
8.2. Fuentes secundarias .....	123
8.3. Películas .....	128

## **RESUMEN**

Como consecuencia de la Guerra Civil española, y la posterior victoria de Franco, casi medio millón de españoles abandonaron su país a la altura de 1939. Aunque muchos optaron por regresar al cabo de un tiempo, otros tantos permanecieron en un exilio que duraría hasta la muerte del dictador en 1975. Durante los casi cuarenta años que vivieron lejos de su hogar, muchos de ellos se tuvieron que enfrentar a la idea de qué hacer con España, si su causa iba a ser atendida y si la comunidad internacional iba a hacer algo para reinstaurar la democracia que había caído con la derrota de la República. Muy pronto se dieron cuenta de que la dictadura de Franco se consolidaba cada vez más y que sería imposible revertir los efectos del golpe de estado. Este hecho fue abordado por los exiliados de diversas maneras: algunos, comprendiendo que podían haber visto España por última vez, como Francisco Ayala, comenzaron a construir una nueva vida profesional; otros, los más ideologizados como Jorge Semprún, actuaron para movilizar a la población española; y los más viejos, como Max Aub, se sentían igual de derrotados que la causa por la que habían luchado en 1936.

Palabras clave: Exilio, España, Franco, Jorge Semprún, Max Aub, Francisco Ayala

## **ABSTRACT**

As a result of the Spanish Civil War, and the subsequent victory of Franco, almost half a million of Spaniards left their country at the height of 1939. Although many opted to return after a while, many others remained in an exile that would last until the death of the dictator in 1975. During the almost forty years they lived away from home, many of them had to face the idea of what to do with the Spanish situation, if their cause was going to be attended to and whether the international community was going to do something in order to restore the democracy that had fallen with the defeat of the Republic. Very soon they realized that Franco's dictatorship was increasingly consolidating and that it would be impossible to reverse the effects of the coup d'état. This fact was approached by the exiled in different ways: some of them, who understood that they may have seen Spain for the last time, like Francisco Ayala, began to build a new professional life; others, the most ideologized like Jorge Semprún, acted to mobilize the Spanish population; and the older ones, like Max Aub, felt just as defeated as the cause for which they had fought in 1936.

Key words: Exile, Spain, Franco, Jorge Semprún, Max Aub, Francisco Ayala

# 1. Introducción

## 1.1 Justificación del trabajo y objetivos

El germen de este trabajo nació cuando hace un tiempo visité el antiguo campo de concentración de Gurs, muy próximo a la población francesa de Oloron-Sainte-Marie, en el departamento de los Pirineos Atlánticos. Ver los restos de lo que había sido ese campo del que hoy apenas quedan un par de barracones, escondidos en un bosque plantado tras la Segunda Guerra Mundial, un cementerio adjunto y dos placas conmemorativas —una colocada por parte del País Vasco y otra por acción de la comunidad de Navarra— me hizo ser realmente consciente de la tragedia que supuso el exilio republicano español, lo que creó en mí una necesidad vital por estudiarlo y comprenderlo.

Con esta investigación pretendo estudiar, en la medida de mis facultades, qué supuso en el mundo del exilio la demostración definitiva de que el régimen franquista no iba a caer pronto y de que la dictadura se asentaba, cada vez de una manera más cómoda, sobre sus cimientos. Para ello busco realizar un pequeño análisis sobre lo que significaba realmente el exilio republicano así como un breve estudio del contexto español en el que se moverán tanto Jorge Semprún como Max Aub y Francisco Ayala, a fin de entender los cambios que se dieron en el país durante la segunda mitad de la dictadura, ya que será esta nueva España la que reciba a los tres personajes principales del trabajo. Una vez realizada esta contextualización trataré por separado tanto a Semprún como a Ayala y, finalmente, a Aub para ver si ellos fueron verdaderamente conscientes de esos nuevos aires de cambio que poco a poco comenzaban a soplar en España. El interés por estas tres figuras viene refrendado por los propios escritos que produjeron acerca de sus impresiones, sentimientos y visiones sobre la situación española en el momento en el que la visitaron. Esta lectura y estudio me puede permitir comparar las tres experiencias para sacar en claro cómo se percibía el desarrollo español desde el exilio. Así, junto a obras como *La gallina ciega*, *Autobiografía de Federico Sánchez*, o *Recuerdos y olvidos* —y contando a su vez con otras memorias escritas por personalidades del exilio, artículos publicados en revistas dirigidas al mundo del exilio o publicaciones pertenecientes al ámbito del PCE— y documentación oficial unida al

tratamiento de la prensa española cuando Aub o Ayala visitaron el país. Quiero establecer una serie de paralelismos que me ayudarán a la hora de ver tanto la impresión que causaba el rumbo político y social de España en el exilio como la atención que se prestaba desde el interior del país a sus exiliados. Además podré comparar tres trayectorias distintas que, partiendo de una realidad común, como era el exilio, marcaron la experiencia de Aub, Ayala y Semprún, siendo este último apenas un adolescente cuando abandonó España con su familia tras el golpe de estado de 1936. Pocos años después pasó por el campo nazi de Buchenwald, terminando un proceso de militancia que le llevaría, finalmente, a actuar clandestinamente en el interior de España durante unos diez años. Esta etapa y su militancia en el PCE están recogidos a su vez en *Autobiografía de Federico Sánchez*, nombre falso bajo el que actuó en sus años de clandestinidad. Por su parte, Ayala y Aub contaban con una edad similar y además eran grandes amigos, pero su actitud frente al exilio será distinta. Max Aub pasó treinta años en México, lejos de su hogar hasta que pudo volver a España poco antes de morir, realizando un viaje por el país de sus recuerdos que, por fortuna, dejó escrito en forma de diario bajo el título de *La gallina ciega*, aunque la mayor parte de su obra en el exilio demuestra un gran dolor y pesar frente a la patria de la que tuvo que huir. Francisco Ayala, sin embargo, mostró siempre una gran frialdad y capacidad de análisis a la hora de mirar a su propio exilio, evitando cualquier poso de amargura y emprendiendo rápidamente una serie de proyectos análogos a los que ejercía en España.

El contraste ente Aub, Ayala y Semprún salta a primera vista y, a pesar de ser exiliados los tres, prácticamente no vivieron nada parecido durante todos los años que duró la dictadura. Max Aub pudo escribir y trabajar en México relativamente tranquilo, Francisco Ayala encontró enseguida una cierta estabilidad como profesor universitario, y Jorge Semprún actuaba para acabar con el régimen desde dentro, perdiendo a compañeros y poniendo su vida en juego cada vez que pisaba territorio español. Y, a pesar de todo, los tres quisieron encontrar una España libre de nuevo, mantenían un vínculo emocional con el país que tuvieron que abandonar a la fuerza y a todos les dolerá, al final, el destino con el que se encontraron. Frente a ellos aparece una dictadura que no parece flaquear y que muestra una gran capacidad de adaptación, aprovechando el delicado juego originado por la Guerra Fría para conseguir prevalecer. Con las medidas llevadas a cabo a finales de los años cincuenta —conocidas como el periodo del “desarrollismo”—, el país comenzará lentamente a recuperarse de las

secuelas de la posguerra, consiguiendo en poco tiempo alcanzar unos niveles nada envidiables de crecimiento económico. Pero Francisco Franco seguía controlando un ambiente que, aunque comenzaba a liberalizarse en cierta medida, continuaba siendo opresivo y censor, como demuestra, entre otros actos, las protestas universitarias de 1956. Este ambiente universitario, en el que Semprún tenía reservado un papel importante, fue también uno de los primeros en volver a reclamar a los exiliados como algo español, estableciendo nexos de unión y comunicación que comenzarían a reflejarse de manera muy temprana. Pero la dictadura seguía pareciendo inamovible.

## 1.2. Aclaraciones a causa del Covid-19

Siguiendo las indicaciones de la coordinadora de este Máster, me veo obligado a escribir esta aclaración debido a la falta de fuentes primarias en mi trabajo. Es cierto que a través de ediciones he podido acceder a numerosos escritos de algunos exiliados que me han enriquecido enormemente, pero eso tampoco puede servir como para justificar la falta de investigación en archivo ya que no he podido acudir a ninguno. Las dos veces que he intentado hacer los preparativos para acudir al Archivo General de la Administración, al Archivo Histórico del PCE, al Archivo Histórico Nacional o al Centro Documental de la Memoria Histórica —organizando citas previas, cuadrando visitas, etc.— he terminado por retractarme debido a la situación que se vivía en poblaciones como Madrid. Lamento profundamente la situación ya que no deja de repercutir negativamente en este TFM, pero también es cierto que dentro de mis limitadas capacidades he intentado resolverlo de la mejor forma posible.

## 1.3. Análisis de las fuentes

Como indicaba en el apartado anterior, a pesar de que este trabajo carece de una investigación previa en archivos, me ha resultado de gran utilidad trabajar con las obras no solo de exiliados —*Mi testamento histórico político* de Sánchez Albornoz, *Memorias de un federalista* de Madariaga o *Las palabras del regreso*, una obra compilatoria sobre varios textos de María Zambrano— sino de individuos que, desde el bando contrario,



también vivieron la dictadura y supieron dar muestra de su gran potencialidad intelectual. Me refiero a figuras como la de Dionisio Ridruejo y su obra *Casi unas memorias* o la de su compañero Pedro Laín Entralgo *Descargo de conciencia*.

Dentro de estas fuentes tendría que incluir, de la misma forma, aquellas producidas por los tres protagonistas de este trabajo: Jorge Semprún, Francisco Ayala y Max Aub. Sus escritos son, en primera instancia, la justificación de este trabajo. De Max Aub hay que destacar *La gallina ciega*, un diario en el que recoge su visita a España durante unos meses de ese año. De igual forma, la edición de *Nuevos diarios inéditos* por Manuel Aznar Soler, o el *Epistolario entre Max Aub y Vicente Aleixandre* publicado por Xelo Candel Vila. Mención merecen también otros escritos literarios de Aub en los que el exilio es el tema central como *El remate* o *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco*.

Para Francisco Ayala, ensayista y pensador además de autor, habría que destacar sus obras, *Recuerdos y olvidos*, *El tiempo y yo*, o *El mundo a la espalda* o *De mis pasos en la tierra*, obras donde el autor plasma una vida fuertemente marcada por el exilio, sobre el que reflexionó con una frialdad analítica envidiable. Ejemplo de ello es su librito *España, a la fecha* (Ayala, 1977). También se puede disponer de todo su epistolario, digitalizado en la fundación que lleva su nombre<sup>1</sup>.

En el caso de Semprún resultarían de interés casi todas sus obras autobiográficas, marcadas aun así por un fuerte lirismo, como, por ejemplo, *Autobiografía de Federico Sánchez* en la que aborda su etapa como miembro activo del PCE. Otras obras en las que el autor se caracteriza por mezclar imaginación, sensaciones, realidad y ficción serían *El largo viaje*, *La escritura o la vida*, *Ejercicios de supervivencia*. En cuanto a publicaciones del ámbito comunista en el que se movía Semprún, gracias a la Biblioteca Virtual de Prensa Histórica<sup>2</sup> se puede acceder a la mayoría de números de *Mundo Obrero*, *Nuestras Ideas*, *Nuestra Bandera* y *Cuadernos de Cultura*. En ellos se puede seguir las políticas adoptadas por el PCE en el exilio así como atender a algunos artículos y poemas del propio Semprún, lo que no hacen sino completar el relato de sus aventuras por España.

---

<sup>1</sup> <http://www.ffayala.es/epistolario/>

<sup>2</sup> <https://prensahistorica.mcu.es/es/consulta/busqueda.do>

Siguiendo con la prensa, que también ha ayudado enormemente a este trabajo, he podido encontrar de forma online otros periódicos y publicaciones como la Hemeroteca de *ABC* o la de *El País*. Respecto a *ABC*, sus titulares y tratamiento de la realidad en España me han otorgado la capacidad de establecer una comparación interesantísima con aquello que escribían los exiliados o las denuncias vertidas hacia el régimen por parte del PCE. Gracias a la Biblioteca virtual Miguel Cervantes<sup>3</sup> he podido acceder a distintas revistas del exilio republicano, con especial mención a *Las Españas*, en la que, entre otros, escribió Aub. Otra importante publicación y de fácil consulta online es *Cuadernos Americanos*<sup>4</sup> disponible en la web de la Universidad Autónoma Nacional de México y en la que aparte de contener artículos de Ayala, Aub y otros muchos exiliados me ha podido servir también para apreciar cómo se percibía la evolución política de España desde el exilio así como las grandes preguntas y temas que pesaban sobre la emigración.

Además quiero abrir un breve apartado para tratar algunas películas que considero de gran ayuda a la hora de entender y comprender los distintos elementos con los que quiero conformar mi trabajo. La primera de ellas debe ser *La guerre est finie* (1966), con guión del propio Semprún. Le sirvió como excusa para plasmar lo que era su vida de militante clandestino tras ser expulsado del Partido comunista. Junto a este film creo que puede destacarse también la obra *En el balcón vacío* (1961), que trata sobre el drama del exilio, así como *Nueve cartas a Berta* (1965) que habla del amor entre un joven español y una hija de padres exiliados. Ya acabada la dictadura también surgieron dos películas que abordan el tema del exilio: una es *Volver a empezar* (1982) dirigida por Garci y cuyo título ya expresa todo lo que supone regresar al viejo país conocido. La otra es *El mar y el tiempo*, dirigida en 1989 por Fernando Fernán Gómez, aunque su origen radica ya en los años cincuenta, cuando el director conoció a algunos exiliados en México y se dio cuenta de sus problemas identitarios.

---

<sup>3</sup> <http://www.cervantesvirtual.com/>

<sup>4</sup> <http://www.cialc.unam.mx/seo/load/cuadernos/index>

## 1.4. Metodología

Al ser una ampliación del camino que ya inicié con el TFG, la elaboración de este trabajo ha consistido primero en sustentar todavía más las bases del mismo, añadiendo nuevos ensayos y artículos que me permitían tanto engrosar la información ya conocida como vislumbrar aspectos nuevos que podían ayudar a encajar todavía mejor las hipótesis iniciales. A esta recopilación de bibliografía se han sumado también las obras escritas por otros exiliados. Esto incluye memorias, epistolarios o incluso obras de ficción que pueden encuadrar todavía mejor los sentimientos destapados por el exilio y evitan, por otra parte, que las figuras de Semprún, Ayala y Aub aparezcan como aisladas de su entorno.

Tras esta fase de recopilación, y aunque no se ha podido acudir a archivos, he completado el trabajo con fuentes de tipo periodístico, atendiendo tanto a la prensa española del interior como a la producida en exilio, ya sea desde ámbitos más políticos como *Mundo Obrero* o atendiendo a visiones más culturales, como sería el caso de *Cuadernos Americanos*. En este aspecto, me han otorgado la capacidad de atender a cómo un mismo suceso podía ser contado de diversas formas según la publicación en la que apareciera, además de contener escritos de los protagonistas de este trabajo.

Una vez terminado el análisis crítico de las fuentes consultadas, así como la valoración de su utilidad dentro de los parámetros de este trabajo, se ha iniciado el TFM presentando el exilio republicano como tal, tratando sobre lo que fue y lo que significó, para posteriormente tratar de encuadrar este proceso dentro la evolución de España durante la dictadura de Franco, presentando en orden cronológico los aspectos y acontecimientos más importantes y su repercusión en el exilio. Después se ha proseguido con el estudio, por separado, de Jorge Semprún, Francisco Ayala y Max Aub, tratando también de manera cronológica su exilio y su relación con España, lo que me ha permitido fundamentar paralelismos entre ellos y la realidad española del momento, que influirá invariablemente en la percepción de todo cuanto vean y sientan a su alrededor una vez estén dentro del país. Como colofón, las conclusiones me han servido para poder resaltar las diferencias o similitudes encontradas entre Semprún, Ayala y Aub durante su estancia en España, lo que permite confirmar los objetivos iniciales del trabajo y a su vez ayudará a presentar lo que fue el interior español durante las dos últimas décadas del régimen franquista.

## 2. Estado de la cuestión

Ya que este trabajo pretende tocar diversos temas con la intención de llegar a un todo que los agrupe, hay diversos ámbitos de estudio a los que prestar atención.

En lo relativo al exilio, las primeras obras escritas fueron evidentemente aquellas producidas por las propias personas que se vieron obligadas a huir de España. Gracias al nivel cultural con el que contó esta emigración forzosa —ya que junto a los representantes políticos republicanos se marcharon pensadores, escritores, artistas, profesores y médicos— podemos contar con un inmensidad apabullante de escritos entre los que se pueden encontrar novelas, memorias, diarios, cartas y pensamientos como *Mi vida hecha cenizas (Diarios 1920-1965)* de Carlos Esplá, *Mi último suspiro* de Luis Buñuel, la correspondencia entre Pedro Salinas y Jorge Guillén. Este tipo de obras han resultado valiosísimas a la hora de cumplir los objetivos primordiales del trabajo, ya que ofrecen un paisaje humano y sentimental que permite la comprensión de los sentimientos más privados y arroja luz sobre lo que supuso el exilio en el sentido más emocional del término. Esta primera producción literaria podría parecer carente de cierto rigor histórico, pero también fue puesta en práctica por algunos de los más importantes historiadores del momento como Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro o Manuel Tuñón de Lara, que vieron en su situación como refugiados las bases para atender de una forma nueva la historia de España y, así, poder explicar qué era lo que les había llevado a la situación en la que se encontraban.

Solo a partir de la década de los setenta, con la apertura que supuso en España la Transición, empezarían a aparecer obras ya serias y académicas en lo relativo al exilio. A pesar de su gran variedad, ya que suelen atender a ámbitos geográficos o ideológicos concretos, algunos de los mejores ensayos los encontramos ya en 1976 de la mano de José Luis Abellán y su *El exilio español de 1939*, recogido en seis volúmenes en los que participaron más de veinte autores distintos. Las intenciones de su investigación quedaba claras desde el principio: “A primeros de 1973 un grupo de amigos empezamos a trabajar en un proyecto —la historia del exilio español de 1939— que nos parecía una laguna vergonzosa en nuestra bibliografía”<sup>5</sup>. A pesar de que algunas de sus tesis han

---

<sup>5</sup>Presentación General de José Luis Abellán en el volumen I, p. 13

quedado algo desfasadas<sup>6</sup>, sigue constituyendo una obra de referencia respecto al estudio del exilio republicano ya que incluso participaron los propios exiliados, como en el caso de Vicente Llorens. También será fundamental en estos años la figura de Francisco Caudet, ya citado, que aunque interesado especialmente en las publicaciones del exilio, no deja de mostrar una vida cultural riquísima y muchas veces con la mirada puesta en España. Así tenemos obras como *Cultura y exilio. La revista «España Peregrina»*, también de 1976 o *El exilio republicano en México: las revistas literarias (1939-1971)*. Con los años, Caudet irá rescatando epistolarios y correspondencias como la mantenida entre Ramón J. Sender y Joaquín Maurín, publicada en 1995, o la de Max Aub y Manuel Tuñón de Lara, recopilada en 2003. Uno de los primeros investigadores españoles adentrarse en el estudio del exilio fue también Javier Rubio, que ya en 1974 presentó *La emigración española a Francia* y tres años después *La emigración de la Guerra Civil de 1936-1939*.

En estos primeros años el exilio republicano comenzaba a llamar también la atención de los investigadores internacionales como demuestra el ensayo del alemán Hartmut Heine *La oposición política al franquismo. De 1939 a 1952*, publicado en la primera mitad de la década de los ochenta. Como no podía ser de otra manera, México, el país que se había caracterizado por el buen trato hacia los españoles exiliados, fue también cuna de importantes trabajos como *El exilio español en México 1939-1982*, obra colectiva publicada por el Fondo de Cultura Económica. Siguiendo esta estela se pueden encontrar también los trabajos de la americana Patricia W. Fagen, que publicó en 1975 *Transterrados y ciudadanos: los republicanos españoles en México*. También en Francia, otra nación importante para el exilio, surgieron investigaciones ya en el siglo pasado como la de las francesas Geneviève Dreyfus-Armand y su libro *El exilio republicano en Francia*, escrito ya a principios de la década de los noventa, y a Marie-Claude Rafaneau-Boj con su estudio sobre los campos de concentración en *Los campos de concentración de los refugiados españoles en Francia (1939-1945)*. Desde el país vecino han surgido también estudios compartidos con el panorama nacional, como demuestra el monográfico presentado por la española Alicia Alted y la francesa Lucienne Dommergue *El exilio republicano español en Toulouse, 1939-1999*.

---

<sup>6</sup>Por ejemplo, se cita al padre de Jorge Semprún pero de él solo se dice que sigue viviendo en París y es “ganador de varios premios internacionales por sus novelas y galardonado asimismo por su participación en el cine francés”. En Vicente LLORENS, *La emigración republicana de 1939*, Madrid, Taurus, 1976, p. 105

Volviendo a España, conforme más nos acercamos en el tiempo más obras y autores aparecen, pudiendo destacar a la ya mencionada Alicia Altet y su *La voz de los vencidos. El exilio republicano de 1939*, en el que trata de observar al exilio de 1939 desde una óptica general, atendiendo a todos los lugares geográficos a los que llegaron los exiliados y resaltando los hechos más importantes de los mismos a través de diversos testimonios. Jorge de Hoyos Puente, por su parte, que ha dedicado diversas investigaciones al exilio republicano atendiendo a temas que van desde la cultura hasta la situación de la mujer exiliada, siempre con la mirada puesta en México. Tales podrían ser *La utopía del regreso. Proyectos de Estado y sueños de nación en el exilio republicano en México*. Hay que citar también a Ángel Duarte y *El otoño de un ideal*, especialmente interesante por el estudio de la evolución del pensamiento republicano español, que contó sus últimos días en el exilio. Junto a Duarte habría que posicionar a Ignacio Peiró y su reciente trabajo *En los altares de la patria: la construcción de la cultura nacional española*, que me ha permitido, y sobre todo en su último capítulo dedicado al exilio, atender a la concepción de España que los emigrados llevaron consigo. Las investigadoras han demostrado tener un peso fundamental en el estudio del exilio republicano, avalando su trabajo en investigaciones como *Pan, trabajo y hogar: el exilio republicano español en América Latina* de Dolores Pla o *Caleidoscopio del exilio: actores, memoria, identidades* de Clara Lida. Ambas han conseguido despejar las dudas sobre la integración de los exiliados en las sociedades que les acogieron.

Por último habría que mencionar la inmensa labor del grupo GEXEL (Grupo de Estudios del Exilio Literario), que desde finales del siglo pasado se ha preocupado en rescatar muchas de las obras escritas por los propios exiliados así como llevar a cabo estudios sobre estas figuras y sus obras. Aunque su punto de partida sea el análisis lingüístico y literario, han llevado a cabo la edición de obras como *Mi vida hecha cenizas (Diarios 1920-1965)* de Carlos Esplá, *Nuevos diarios inéditos (1939-1972)*, de Max Aub o *Epistolario entre Max Aub y Vicente Aleixandre*, proporcionando una fuente de información fundamental para la realización de este trabajo. En la actualidad continúan trabajando y publicando trabajos que van desde la recuperación de cartas y memorias hasta los ensayos que indagan en la obra y biografía de personas como Margarita Xirgu, Pedro Salinas o incluso un valiosísimo diccionario del exilio republicano dividido en cuatro volúmenes y publicado en 2017.

En relación a los tres personajes que protagonizan el trabajo, hay que mencionar, en primer lugar, a las obras que permiten el estudio de la figura de Jorge Semprún — que ya bastante escribió por sí mismo—. En este sentido cabe destacar a Felipe Nieto y su *La aventura comunista de Jorge Semprún* en la que relata con gran esmero todos los años que Semprún pasó como militante del PCE, atendiendo también al contexto general del Partido y su labor en el interior de España. De la misma forma, Soledad Fox Maura escribió *Ida y vuelta. La vida de Jorge Semprún*, hasta la fecha una de las biografías más completas sobre el personaje, buscando hacer hincapié en los aspectos más desconocidos de la vida de Semprún

Respecto a Max Aub, la cantidad de obras que abordan su figura, su producción literaria o su pensamiento es tan basta que permitiría escribir una tesis basada solamente en este autor. Debido a que sus escritos suelen reflejar casi siempre el momento de su vida en el que se encuentra, ha sido objeto de estudios de índole histórica, filológica, o artística, siendo muchas veces ensayos mezclados o que abordan a Aub desde distintas disciplinas académicas. A pesar de todo, uno de los mejores estudiosos de la figura de Max Aub ha sido Manuel Aznar Soler, director del grupo GEXEL, ya nombrado, que ha investigado preferentemente sobre la literatura del exilio. Entre sus ensayos destaca *Los laberintos del exilio. Diecisiete estudios sobre la obra literaria de Max Aub*. También habría que mencionar a la obra coordinada por Gabriel Rojo y James Valender *Homenaje a Max Aub*. Por último, alrededor de la figura de Ayala también han surgido numerosos estudios de diversas temáticas debido al carácter de sociólogo, pensador y novelista del autor. Pero quizás algunas de las obras que más ayudan al conocimiento de la persona y su pensamiento durante el exilio son *Francisco Ayala: el escritor en su siglo* de Luis García Montero, *Conversaciones con Francisco Ayala* de Rosario Hiriart o la edición de Antonio Sánchez Trigueros y M. A. Vázquez Medel *Francisco Ayala y América*. Todas ellas permiten seguir los pasos de Ayala en su vida como exiliado además de mostrar qué pensaba él mismo acerca del exilio, de su condición de exiliado y de sus impresiones respecto a España.

Para hablar del contexto español en el que se tuvieron que mover algunos de estos exiliados, hay que atender a distintos aspectos debido a la amplitud temporal que encuadra el franquismo. Una dictadura de casi cuarenta años no puede permanecer inmóvil, con lo que hay que atender también a los cambios y movimientos internos que se produjeron en el interior del régimen. Pero a pesar de la inmensidad de estudios sobre

el franquismo que pueden analizarse, y ya que este trabajo toca principalmente las décadas de los cincuenta y los sesenta y se centra sobre todo en aspectos sociales y culturales —podría decirse también de la “vida cotidiana” española, que fue el primer impacto que sintieron los protagonistas del trabajo—, es indispensable acudir a la obra de autores como Jordi Gracia. A lo largo de la primera década de este siglo, el autor barcelonés ha presentado una serie de investigaciones ocupadas en desentrañar el ambiente cultural y social de nuestro país: *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo*, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España* y *A la intemperie. Exilio y cultura en España* presentan un análisis riguroso del panorama cultural que se vivió en España desde la posguerra, prestando especial atención al periodo que pretende abarcar este trabajo. Dentro de este apartado habría que citar su colaboración con Miguel Ángel Ruiz Carnicer en *La España de Franco (1939-1975)*. *Cultura y vida cotidiana*, que trata de ofrecer un panorama global de las circunstancias de vida durante la dictadura.

Otro de los grandes autores que han investigado acerca de la situación política bajo la dictadura franquista ha sido Santos Juliá, que ha conseguido con *Historia de las dos Españas*, *Camarada Javier Pradera* o su más reciente *Transición* abordar distintos puntos de una misma situación. El análisis social que impregna la obra de Juliá permite comprender los movimientos y acciones que se vivieron durante el franquismo y durante los cuales los exiliados casi siempre aportaron su ayuda de muy distintas formas. A su vez, podrían citarse otras obras que permiten el análisis general de la dictadura y la historia reciente de España como *Historia de España en el siglo XX* de Julián Casanova y Carlos Gil, *Manual de Historia Política y Social de España* del ya citado Santos Juliá junto con Miguel Martorell o el más reciente *Nueva Historia de la España contemporánea (1808-2018)*, coordinado por José Álvarez Junco. Estos ensayos me han permitido estudiar y detectar los momentos más importantes de la España franquista para luego posicionarlos en un estudio que los relacionara con lo que, al mismo tiempo, estaba ocurriendo en el exilio republicano.

Para entender también la larga duración del régimen franquista habría que destacar *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965: La socialización política de la juventud universitaria durante el franquismo* de Ruiz Carnicer, *La Iglesia de Franco* de Julián Casanova, o *El gigante descalzo* de Gabriel Cardona. Estos ensayos sirven como ejemplo para señalar la importancia que estas tres instituciones tuvieron



durante la dictadura, a pesar de que sufrieron cambios y evolucionaron, en mayor o menor medida, durante los cuarenta años del régimen. La extremada relevancia de estos actores puede detectarse en casi cualquier escrito, noticia o reflexión llevada a cabo por la España del interior y también la del exterior. En este ámbito podría destacarse también la labor de Carme Molinero con investigaciones como *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista* o su papel como editora de *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo* junto a Margarida Sala y Jaume Sobrequés. A ellos habría que sumar otros trabajos que apoyan y aumentan nuevas formas de comprender la propaganda y las aspiraciones del régimen como *Los niños del Auxilio Social* de Ángela Cenarro. Para atender al aspecto más internacional de la dictadura habría que atender a la obra de Ángel Viñas, que con *La administración de la política económica exterior en España, 1936-1979* o *Los pactos secretos de Franco con los Estados Unidos: bases, ayuda económica, recortes de soberanía* ha permitido situar mundialmente al régimen franquista.

Cabría destacar también la labor que algunos investigadores hispanistas han realizado para contribuir al conocimiento de este periodo, entre ellos Paul Preston con su biografía *Franco: Caudillo de España* y el ensayo *El Holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, donde se aportan algunas de las claves con las que nacerá la posterior represión ejercida por la dictadura y que los exiliados sufrirán por tanto tiempo.

El PCE jugó durante toda la dictadura un papel fundamental en la oposición al franquismo, convirtiéndose en una formación combativa que buscó constantemente nuevas formas de derrocar a Franco. Atendiendo a la evolución del PCE durante estos años —en los que Jorge Semprún jugaría un papel fundamental antes de su expulsión— merecen ser mencionados los estudios comenzados por Joan Estruch en *Historia del PCE (1920-1939)*, publicada en 1978, o *El PCE en la clandestinidad, 1939-1956*. Este apartado se podría completar con la autobiografía de algunos de los protagonistas de estos hechos como Santiago Carrillo y sus *Memorias* o *Memorias de Pasionaria, 1939-1977: me faltaba España* de Dolores Ibárruri. En la línea de investigar cómo el PCE se enfrentó a la dictadura desde la clandestinidad también hay que mencionar de nuevo los estudios de Carme Molinero y Pere Ysàs en ensayos como *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista* o

*De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista en España (1956-1982),* donde se presentan algunos de los momentos más duros atravesados por esta formación política.

### 3. El exilio y su relación con España

“Dijo Larra aquí yace media España, murió de la otra mitad”

Claudio Sánchez Albornoz, *Mi testamento histórico-político*

#### 3.1. El exilio republicano de 1939

El exilio republicano español podría ser perfectamente definido a través de las declaraciones de Eduardo Santos, ex presidente de Colombia, recogidas por Alicia Altet en su obra *La voz de los vencidos*: “Su exilio es el destierro de todo un pueblo, desde el analfabeto hasta los hombres de mayor ciencia y cultura, desde el pobre de solemnidad hasta banqueros y ricos notorios, desde el simple ciudadano hasta el jefe de Estado, pasando incluso por militares, nobles y sacerdotes”<sup>7</sup>. Es decir, se trata de un movimiento masivo de población que comenzó ya en 1936 y que sería constante durante toda la guerra a medida que el bando republicano fuera retrocediendo frente al avance sublevado, constituyendo un capítulo particularmente dramático tras la caída del frente de Cataluña a comienzos de 1939 —con alrededor de 470.000 personas cruzando la frontera con Francia, dato que compartido por la inmensa mayoría de investigadores desde los años setenta—<sup>8</sup>. Atendiendo a la definición de la RAE se puede apreciar todavía más el resumen tan completo y en tan pocas palabras de Eduardo Santos, ya que la palabra exilio viene definida en su primera acepción como la “separación de una persona de la tierra en que vive”<sup>9</sup>. Pablo Aguirre ofrece además un tipo de definición

---

<sup>7</sup> Alicia ALTET, *La voz de los vencidos*, Madrid, Aguilar, 2005, p. 21

<sup>8</sup> Dato recogido en la tesis doctoral de Pablo AGUIRRE HERRAINZ, *¿Un regreso imposible? Expatriación y retorno desde el exilio republicano (1939-1975)*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2017, p. 185

<sup>9</sup> <https://dle.rae.es/?id=HFYHEfV> consultado el 29/04/2019

complementaria a esta cuando expresa que se trató de: “un exilio de gran magnitud cuantitativa y cronológica, caracterizado por la indiferencia de la comunidad internacional y el destino a menudo trágico de sus integrantes”<sup>10</sup>. Se aprecia entonces que se trata de un hecho que afecta a toda la geografía española y a toda la población que se podía considerar a sí misma en riesgo debido a su pasado, su ideología, sus acciones durante la guerra o incluso sus relaciones personales.

El exilio republicano fue también el exilio de todo un aparato estatal que había prometido continuar la lucha contra los sublevados, como demuestra la última reunión celebrada por la Cortes republicanas pocos días después de que Francia abriera su frontera el 27 de enero de 1939<sup>11</sup>. La marcha obligada al extranjero suponía, de igual forma, el fracaso del republicanismo y de toda su cultura política tras su implantación en España después de las revoluciones liberales del siglo XIX. La cantidad inusitada de intelectuales, artistas y científicos que se vieron obligados a abandonar España es también un factor clave en el entendimiento del exilio<sup>12</sup>. Realizar una lista de nombres ilustres resulta casi apabullante: Juan Ramón Jiménez, Severo Ochoa, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Luis Cernuda, Emilio Prados, Rafael Alberti, Rosa Chacel, Victoria Kent, Margarita Xirgu, Rafael Méndez, Américo Castro, Pedro Bosch Gimpera, Salvador de Madariaga, Manuel Tuñón de Lara, Ernestina de Champourcín, María Zambrano, Margarita Nelken...

No era la primera vez que un sector de la población española debía marchar al exilio, pero la dureza de la represión y de la ocultación que el franquismo ejerció sobre todo aquello que recordara a liberalismo y republicanismo no tenía parangón en la historia reciente del país. Ángel Duarte recogió al respecto las palabras de Fernando Valera, antiguo diputado de las Cortes, que en 1965 dijo:

---

<sup>10</sup> Pablo AGUIRRE HERRAINZ, *op. cit.* p. 154

<sup>11</sup> Jorge de HOYOS PUENTE, *La utopía del regreso. Proyectos de Estado y sueños de nación en el exilio republicano en México*, Santander, Universidad de Cantabria, 2012, p. 67

<sup>12</sup> José Luis ABELLÁN, *De la Guerra Civil al exilio republicano (1936-1977)*, Madrid, Editorial Mezquita, 1983, pp. 64-65

España era un país que tendía a desterrar a sus mejores hijos. España es una patria terrible, madrastra feroz de sus hijos que parece haberse complacido en atormentar, deshonorar, desterrar, encarcelar y exterminar a los mejores, sin perjuicio de apropiarse, después de muertos, sus laureles inmarcesibles<sup>13</sup>.

Por su parte, Francisco Franco, en un discurso del 31 de diciembre de 1939, hablaba de liquidar las tensiones provocadas por la guerra a través de la redención conseguida mediante el trabajo o la penitencia. Sólo así podía saldarse la deuda adquirida por la traición y el derramamiento de sangre que los vencidos habían provocado en España. Para asegurarse una victoria total que instaurara una maquinaria represiva fuerte y eficaz, el estado de guerra declarado en 1936 no se levantó hasta 1948, dando pie a que los tribunales militares, las cárceles y los campos de concentración cumplieran a la perfección su papel para institucionalizar la dictadura franquista<sup>14</sup>. Las cifras hablan por sí solas: en 1940 había en España unos 270.000 presos y desde 1939 a 1950 se llegó a ejecutar a unas 50.000 personas<sup>15</sup>. Este ejercicio represivo estuvo desde el principio auspiciado por la Iglesia católica, que en seguida se convirtió en un pilar de sustento fundamental para el bando sublevado desde el inicio de la guerra en 1936. En palabras del arzobispo de Zaragoza, Rigoberto Doménech, la violencia hacia el adversario estaba justificada puesto que se ejercía “en beneficio del orden, la Patria y la Religión”<sup>16</sup>. El mismo año que se levantó el estado de guerra Francisco Urzaiz, que se había exiliado tras la caída de Cataluña, volvió a España junto con su familia y pudo comprobar los efectos que la dictadura había tenido sobre sus compatriotas: “Todo el mundo nos volvió la espalda. No encontré ayuda en nadie, ni siquiera en aquellas personas a las que nosotros habíamos ayudado (...) No quisieron saber nada de nosotros”<sup>17</sup>. El estado surgido tras la guerra tenía, por tanto, un marcado carácter terrorista, ya que empleaba el terror para someter a la población española<sup>18</sup>.

---

<sup>13</sup> Recogido en Ángel DUARTE, *El otoño de un ideal. El republicanismo histórico español y su declive en el exilio de 1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, p. 141

<sup>14</sup> Paul PRESTON, *El Holocausto español. Odio y exterminio en la guerra civil y después*, Barcelona, Debolsillo, 2016, pp. 616-617

<sup>15</sup> Julián CASANOVA y Carlos GIL ANDRÉS, *Historia de España en el siglo XX*, Barcelona, Ariel, 2009, p. 193

<sup>16</sup> Julián CASANOVA, *La Iglesia de Franco*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 16

<sup>17</sup> Ángeles EGIDO LEÓN, *Francisco Urzaiz. Un republicano en la Francia ocupada. Vivencias de la guerra y el exilio*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 259

<sup>18</sup> Jordi GRACIA y Miguel Ángel RUIZ CARNICER, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001, p. 39

### 3.2. El futuro de los exiliados (1939-1945)

Los destinos que escogieron la mayoría de los exiliados fueron diversos, muchos por cercanía pasaron a Francia con la intención de o bien quedarse allí o bien usar el país galo como paso previo hasta elegir un nuevo lugar. La mayoría acabaron escogiendo México como país de acogida, ya que la actitud del gobierno mexicano hacia Franco era de todo menos amistosa. Mejía Flores apunta en *México y España: Exilio y diplomacia 1939-1947* que México fue el abogado defensor más preciso de la causa republicana y nunca reconoció a Franco<sup>19</sup>. De hecho, en 1940 el gobierno mexicano siguió apoyando a los republicanos españoles atrapados en Francia mediante la firma de un acuerdo con Petain, proporcionándoles ayuda humanitaria y diplomática, según señala el mismo autor más adelante. La nación centroamericana, que desde la proclamación de la Segunda República Española en 1931 se había mostrado gratamente cercana a la nueva situación política española, acogió de esta forma a un flujo constante de refugiados españoles, cuyo número en 1942 ya rondaba las doce mil personas. Alicia Altred cuenta cómo esta situación ya había sido prevista por Juan Negrín en 1937 cuando preguntó al presidente Cárdenas cómo reaccionaría México ante una supuesta llegada de refugiados españoles a su país, a lo que el jefe de estado respondió: “Si ese momento llegase (...) los refugiados españoles encontrarán en México una segunda patria. Les abriremos los brazos con la emoción y cariño que su noble lucha por la libertad y la independencia de su país merecen”<sup>20</sup>. El gran valedor de los refugiados españoles en Francia fue el diplomático mexicano Gilberto Bosques, que consiguió entregar cuatro mil visados y embarcó a seis mil personas rumbo a México gracias a una serie de “adecuadas vías que sólo al borde y fuera de la legalidad de Vichy, podían tener éxito”<sup>21</sup>. Esta actitud tan receptiva explica la elección de muchísimos intelectuales y políticos —como el propio Negrín o Indalecio Prieto— de acudir a México para instalarse allí e iniciar una nueva vida. Poco a poco, se fueron organizando, dando lugar a instituciones como la Casa de España en México, vinculada a la Universidad mexicana, que se encargó de ayudar a conseguir trabajo a personajes destacados —

---

<sup>19</sup> Mejía Flores, José Francisco. *México y España: Exilio y diplomacia 1939-1947*. Ciudad de México, Universidad Autónoma de México, 2017. p. 11

<sup>20</sup> Alicia ALTRED, *op. cit.* pp. 203-204

<sup>21</sup> De un entrevista con el propio Bosques recogida en José Luis MORRO CASAS, “Anna Seghers y Max Aub: dos destinos unidos por Gilberto Bosques” en Jose María BALCELLS Y Jose Antonio PÉREZ BOWIE (eds.), *El exilio cultural de la guerra civil (1936-1939)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2001, p. 56

desde artistas a científicos—, que necesitaban huir desesperadamente de la Guerra Civil española o, más adelante, de las tropas del III Reich<sup>22</sup>.

La respuesta del gobierno mexicano frente al silencio internacional hizo que muchos españoles solo pudieran guardar infinitas palabras de agradecimiento hacia el país mexicano. Carlos Esplá apuntaba en su diario en 1944: “En un tiempo se dijo que todos los hombres libres del mundo tenían dos patrias: la propia y Francia. Hoy se dice que todos los hombres liberales perseguidos —y en primer término los españoles— tenemos dos patrias: la propia y México”<sup>23</sup>. Por su parte, Paulino Masip publicaba ya en 1939 un epistolario en el que parecía hablar con un amigo exiliado imaginario que se encontraba rumbo a México. A través de las cartas, ordenadas por temas, el autor parecía enfrentarse a las múltiples preguntas que él y sus compañeros de exilio debieron plantearse cuando abandonaron España. Tras reflexionar acerca de su propio significado como exiliado o su forma de seguir activo políticamente, Masip dejaba la última epístola como una especie de dedicatoria a México: “¿Quieres servir a España? Sirve a México, puesto que desde México te hablo, porque para seguir siendo españoles —y esa es nuestra enorme suerte— nos bastan y nos sobran los adecuados instrumentos que el espíritu mexicano ha creado”<sup>24</sup>. Los nombres de las embarcaciones que transportaron a estos exiliados se quedaron para siempre en la memoria de muchos, quedando grabados el *Sinaia*, el primer barco que llegó a México con 1.599 emigrados, o el *Iapema* o el *Mexique*<sup>25</sup>.

Volviendo a 1939, la mayoría de los exiliados que habían pasado a Francia se encontraron con una red de campos de internamiento que seguirían funcionando durante todo el posterior conflicto mundial. Un auténtico archipiélago de instalaciones, que sumaban hasta 200 unidades<sup>26</sup>, donde serían internados los que huían de la guerra en España, sin importar sexo o edad. Este recibimiento, bastante diferente al que ofrecía México, empujará a muchos exiliados a regresar a España, unos 360.000 según Alicia Alted<sup>27</sup>. El drama que se vivió en estos campos se conoció rápidamente entre la inmensa mayoría de las personas que conformaban el exilio. Incluso el cineasta Luis Buñuel lo

---

<sup>22</sup> Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE, *Los aragoneses en América (siglos XIX y XX) El exilio. Tomo II*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2003, p. 25

<sup>23</sup> Carlos ESPLÁ, *Mi vida hecha cenizas*, Sevilla, Renacimiento, 2004, p. 50

<sup>24</sup> Paulino MASIP, *Cartas de un emigrado español*, México D.F., Junta de Cultura Española, 1939, p. 72

<sup>25</sup> Vicente LLORENS, *op. cit.* p. 126

<sup>26</sup> Pablo AGUIRRE HERRAINZ, *op. cit.* p. 186

<sup>27</sup> Alicia ALTED, *op. cit.* p. 52. Según Vicente Llorens, más de cien mil exiliados decidieron volver a España a los pocos meses de haber cruzado la frontera con Francia. En Vicente LLORENS, *La emigración republicana de 1939*, Madrid, Taurus, 1976, p. 100

sacó a relucir en sus memorias cuando comentaba: “Debo hablar también (...) de la suerte reservada en Francia a los refugiados. A su llegada, muchos fueron, simplemente, internados en campos de concentración. Gran número de ellos cayeron más tarde en manos de los nazis y perecieron en Alemania, principalmente en Mauthausen”<sup>28</sup>.

Pero no sólo fue Francia o México el lugar escogido por los exiliados, hubo también quien decidió ir a Chile, Reino Unido, Argentina o la Unión Soviética. A este último país ya habían sido llevados unos tres mil niños españoles entre 1937 y 1938, y ahora se les unirían aquellos más comprometidos políticamente con la causa comunista, desde dirigentes hasta militantes de base<sup>29</sup>. La gran variedad de países en los que se instalaron los exiliados la supo recoger a la perfección Rafael Alberti en unos pocos versos: “Y el miércoles del Havre sale un barco, y este triste allá lejos se quedará más lejos. Yo a Chile, yo a la URSS, yo a Colombia, yo a México...”<sup>30</sup>

A la diferencia de destinos se sumarían también las discrepancias ideológicas encontradas en el enorme conglomerado de culturas políticas que caben dentro del término de “exilio republicano”, como apunta Pablo Aguirre en su tesis:

La causa republicana, o más bien la causa antifranquista, pudo conciliar una suerte de unidad de propósito durante largos años, pero no todos los exiliados ni exiliadas se consideraron igualmente republicanos y aunque repudiaran a Franco, no todos plantearon las mismas estrategias en la lucha contra el Régimen. También, y en función del largo exilio que les tocó vivir, es posible que muchos vieran sus actitudes modificadas con el paso de los años<sup>31</sup>.

Una de las grandes fuentes de discusión y diferenciación de los exiliados surgió ya en los primeros meses del exilio de 1939 a través de la lucha entre el SERE y la JARE. El SERE —Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles— había nacido en abril del 39 tras una reunión mantenida entre Negrín y la mayoría de representantes políticos y sindicales leales a la República. Pero la brecha surgida en las entrañas del PSOE hizo que Prieto y sus seguidores en seguida comenzaran a criticar la forma de actuación de esta organización, creando apenas tres meses después la JARE —Junta de

---

<sup>28</sup>Luis BUÑUEL, *Mi último suspiro*, Barcelona, Debolsillo, 2012, p. 204

<sup>29</sup> Alicia ALTED, “El exilio español en la Unión Soviética”, *Ayer*, nº 3, 2002, pp. 129-154

<sup>30</sup> Recogido en Aurora DE ALBORNOZ, “Poesía de la España peregrina”, en José Luis ABELLÁN, *El exilio español de 1939. Cultura y literatura*, Madrid, Taurus, 1976, p. 18

<sup>31</sup> Pablo AGUIRRE HERRAINZ, *op. cit.* p. 106



Auxilios a los Republicanos Españoles— justificándola debido a la “odiosa falta de equidad” que se estaba produciendo en el SERE<sup>32</sup>. A pesar de las críticas, ambas instituciones acabaron privilegiando a las élites republicanas para dejar de lado a los refugiados anónimos, algo de lo que hasta la prensa franquista dio cuenta durante sus continuos ataques al gobierno en el exilio.

Los conflictos no sólo surgieron en el interior de los partidos, sino que afectaban a las distintas visiones y tendencias políticas que remarcaban la pluralidad de la República. En el verano de 1939, en el campo de internamiento francés de Gurs, unos ciento cincuenta socialistas, republicanos y anarquistas pidieron a las autoridades francesas que les separaran de sus compañeros comunistas<sup>33</sup>. Este hecho se podría considerar como la antesala de una política de ostracismo llevada a cabo por la mayoría de las fuerzas del exilio en su intención por apartar al Partido comunista, intentando así ganarse el favor de las potencias occidentales durante los inicios de la Guerra Fría.

Otro ejemplo de esta forma de proceder sería la negativa de Carlos Esplá a concurrir con los comunistas en el exilio porque su actividad presentaba “como finalidad la unión de todos y se traduce en confusión y desunión”<sup>34</sup>. Más duro era incluso el historiador Claudio Sánchez Albornoz cuando, a punto de regresar a España en 1976, lanzaba una serie de declaraciones en las que aludía a que el comunismo se habría implantado en España si la República hubiera ganado la guerra<sup>35</sup>. Palabras que satisficieron muy gratamente a la propaganda de la dictadura que ya por entonces daba sus últimos alientos. El anciano historiador también ponía por escrito sus recuerdos sobre los tiempos de la República y veía que en la naturaleza de los españoles existían ya de por sí rasgos que condicionaban la violencia y la lucha fratricida. Culpaba de igual forma a las derechas y a las izquierdas —a las primeras por el golpe de Sanjurjo en 1932 y a las segundas por el intento revolucionario de 1934—por haber hecho la vida imposible a la República. También, y a pesar de su conservadurismo, reclamaba al moderado Azaña el no haber tomado las medidas oportunas para mantener el orden durante la guerra: “¿No habría sido preferible tres muertos salvando la República a los

---

<sup>32</sup> Aurelio VELÁZQUEZ HERNÁNDEZ, “La labor de solidaridad del gobierno Negrín en el exilio: el SERE (1939-1940)”, *Ayer*, nº 1, 2015, pp. 141-168

<sup>33</sup> Joan ESTRUCH TOBELL, *El PCE en la clandestinidad 1936-1956*, Madrid, Siglo XXI, 1982, p. 12

<sup>34</sup> Pedro L. ANGOSTO VÉLEZ y Emilio LA PARRA LÓPEZ, “Exiliados españoles en la encrucijada de la Guerra Fría: Prieto, Esplá, Araquistáin y Llopis”, *Pasado y memoria*, nº 2, 2003, pp. 5-54

<sup>35</sup> *Blanco y Negro Madrid*, 30/08/1975, pp. 4-7

quinientos mil que ha costado perderla?”<sup>36</sup>. En un estilo diferente pero que divisaba la misma problemática, Salvador de Madariaga escribía que la República no había sabido crear República porque a los españoles les faltaba conciencia nacional<sup>37</sup>. En este caso el problema ya no surgiría de la diferencia ideológica, sino de la esperanza depositada en un pueblo que todavía no sabía ejercer su papel político de una forma adecuada. José María Semprún —padre de Jorge Semprún— parecía asumir, en la misma línea, el triste destino del exilio cuando dejaba escrito que la dictadura de Franco era casi un final lógico en la larga historia de violencia española<sup>38</sup>.

Dejando aparte las rencillas y las discusiones políticas, la inmensa mayoría de los exiliados tuvieron que enfrentarse a partir de este momento a una nueva realidad sobre la que debían reconstruir sus vidas. Muchos dejaban en España a familiares y amigos, mientras que otras relaciones se partían, igual para siempre, al elegir distintos destinos. Pilar de Madariaga pasó de ser la hermana menor de la familia a convertirse en la que proveía de alimentos, ropa y dinero a sus sobrinos, hermanos y cuñadas<sup>39</sup>; y Paulino Masip reconstruía así la pérdida de amistades en una novela de 1953: “Cuando empezó la guerra civil se me perdieron. Ellos quizás piensen que el que se ha perdido soy yo”<sup>40</sup>. A pesar del desgarró inicial que supuso la derrota del bando republicano, el futuro de los acontecimientos parecía resultar esperanzador gracias a las sucesivas victorias que los Aliados encadenaron durante la Segunda Guerra Mundial a partir de 1943. Era lógico pensar que si se conseguía vencer al fascismo italiano y al nazismo alemán se acabaría también con su aliado: el nacional-catolicismo español. Pero hasta entonces había que resistir la situación lo mejor que se pudiera, tratando de no olvidar las raíces y volviendo poco a poco al trabajo correspondiente. En 1944, Margarita Xirgu debutaba en los escenarios de Buenos Aires y la prensa recalca que se le aclamaba como un símbolo, “el símbolo de la España peregrina”<sup>41</sup>.

---

<sup>36</sup> Claudio SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Mi testamento histórico político*, Barcelona, Planeta, 1975, pp. 40 y 50-51

<sup>37</sup> Salvador de MADARIAGA, *Memorias de un federalista*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1967, p. 246

<sup>38</sup> José María SEMPRÚN GURREA, “Sobre España”, *Las Españas*, año VI, nº 21 y 22, abril 1952

<sup>39</sup> Elena SÁNCHEZ DE MADARIAGA, “Escritura epistolar y redes sociales. Pilar de Madariaga, Vassar College y el exilio”, *Ayer*, nº 1, 2017, pp. 129-154

<sup>40</sup> Últimas líneas de *La aventura de Marta Abril*, publicada en México. Recogido en Juan RODRÍGUEZ, “Paulino Masip: Una narrativa entre dos mundos”, *Ojancano*, nº 13, octubre de 1997, pp. 23-32

<sup>41</sup> Antonia RODRIGO, “Margarita Xirgu: su labor pedagógica y teatral en el exilio”, en Nicolás SÁNCHEZ-ALBORNOZ (ed.), *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Madrid, Siruela, 1991, p. 63

### 3.3. Esperanzas truncadas. Una dictadura reforzada (1945-1955)

Si los exiliados comenzaban a creer que el desenlace del conflicto mundial podía devolverlos a casa, los españoles que permanecieron en el interior del país tuvieron que enfrentarse a un paisaje de hambre y miseria. Las cartillas de racionamiento permitían acceder a productos básicos mientras que la política de autarquía llevada a cabo por el régimen aislaba todavía más a un país marcado internacionalmente por sus simpatías hacia el nazismo y el fascismo. Dionisio Ridruejo, que por entonces todavía era un ferviente falangista, recordaba cómo la Barcelona de los años cuarenta se caracterizaba por el estraperlo y la “fiebre por los alimentos y vestidos, por las materias y por las divisas”. Ahora los industriales debían hacerse cargo de sus trabajadores porque el hambre apenas les permitía rendir en su trabajo<sup>42</sup>.

El régimen inició una fortísima intervención en la economía<sup>43</sup> al mismo tiempo que se aseguraba una larga permanencia gracias al favor de la Iglesia, la Falange y el Ejército. Estos actores serían de una importancia capital durante los 40 años de régimen, sirviendo como organismos de represión y adoctrinamiento para acabar con la conflictividad social que se había vivido durante las décadas anteriores y construir un nuevo cuerpo de españoles católicos y obedientes. El Ejército contó con el favor de Franco durante todo el tiempo que este duró en el poder, tanto es así que hasta la oposición al régimen constató que sin la intervención de las fuerzas armadas el país no podría evolucionar democráticamente<sup>44</sup>. A pesar de esto, el Ejército español no dejó de ser una institución “corroída por la manipulación, el atraso y la miseria”<sup>45</sup>, más aun cuando se le comparaba con el resto de ejércitos occidentales.

La Falange, cuyas aspiraciones más revolucionarias habían sido desactivadas por Franco ya en 1937, asumieron el control de la Organización Sindical Española para encuadrar a la población. Aunque de esta forma se aseguraba tener a los falangistas atados en corto, la mínima apertura que se irá produciendo a partir de los cincuenta llevará a muchos jóvenes del Movimiento a replantearse una salida liberalizadora que terminará por juntarlos con otras fuerzas que podrían verse como completamente

---

<sup>42</sup> Dionisio RIDRUEJO, *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 274

<sup>43</sup> Mediante la creación de numerosos organismos como el Servicio Nacional del Trigo, el Instituto Nacional de Colonización o el Instituto Nacional de Industria, que permitieron al régimen controlar todas las fases del mercado desde la producción hasta la distribución. En Santos JULIÁ y Miguel MARTORELL, *Manual de Historia Política y Social de España*, Barcelona, RBA Libros, 2012, p. 229

<sup>44</sup> Santos JULIÁ, *Transición*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017, p. 296-297

<sup>45</sup> En el prólogo de Gabriel CARDONA, *El gigante descalzo*, Madrid, Aguilar, 2003, p. 10

contrarias a sus principios, como se verá en otros apartados de este trabajo. Por último, la Iglesia, que había bendecido al golpe de estado de 1936 al calificarlo de cruzada, consiguió la mayoría de competencias en materia de educación para así poder recatolizar a los españoles. En los cinco primeros años que siguieron al inicio de la dictadura, el régimen de Franco publicó “la más diversa y amplia serie de reglamentaciones religiosas que se había visto en cualquier Estado occidental del siglo XX”<sup>46</sup>.

Pero a pesar de esta serie de características, los Aliados decidieron no intervenir en España pese a las demandas de los exiliados. Un diplomático británico sentenció en una frase la condena internacional a España: “la España de Franco solo es un peligro y una desgracia para ella misma”<sup>47</sup>. El 19 de junio de 1945, la conferencia fundacional de la Organización de Naciones Unidas, aprobó una propuesta mexicana que vetaba expresamente el ingreso de España en el nuevo organismo. Algunos exiliados pidieron a la ONU en 1946 que la inacción internacional a la hora de acabar con Franco ponía en serias dudas su posicionamiento junto a las potencias occidentales durante la pasada guerra, algo de lo que, según decían, no querían avergonzarse<sup>48</sup>. El sueño que había creído tener Victoria Kent cuando vio a los españoles de La Nueve liberar París en 1944<sup>49</sup> podía estar cerca de no haber significado nada.

En 1947, José María Semprún y Gurrea escribía en *Las Españas*<sup>50</sup> un artículo donde denunciaba la terrible violencia que se seguía ejerciendo en España, factor que debía seguir impidiendo cualquier tipo de reconocimiento internacional:

---

<sup>46</sup> De Stanley G. Payne y recogido en Julián CASANOVA, *op. cit.* 2005, p. 276

<sup>47</sup> Julián CASANOVA (coord.), *40 años con Franco*, Barcelona, Crítica, 2015, p. 11

<sup>48</sup> Del mensaje a la ONU enviado por la Directiva de la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero. Recogido en Santos JULIÁ, *Nosotros, los abajo firmantes*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014, p. 349

<sup>49</sup> Kent dejó escrito sus impresiones sobre aquel momento: “Sí; son ellos. Son los españoles. Veo la bandera tricolor (...) París aplaude a los españoles curtidos en una lucha de nueve años, que sonríen hoy al pueblo liberado. París aplaude a la España heroica de ayer, a la España libre, democrática y fuerte de mañana. Parece un sueño... Parece un sueño”. En Ángel DUARTE, *op. cit.* p. 161

<sup>50</sup> Revista del exilio nacida con espíritu republicano y ferviente deseo de luchar contra la dictadura. En 1949 sus editores abogaron ya por una especie de reconciliación entre españoles muy parecida a los términos en los que luego el PCE presentó su política de “reconciliación nacional”. En Jorge de HOYOS PUENTE, *op. cit.* p. 247

¿Quién tendrá la osadía de dar su voz por la de España? (...) Lo que está acaeciendo desde hace varios años en España no tiene nombre (...) Por eso la voz de uno cualquiera de nosotros; la voz, sin nombre, de cualquiera; la nuestra en este caso, que es la del último de los españoles, puede servir a señalarlo y denunciarlo<sup>51</sup>.

Las respuestas del régimen franquista no tardaron en llegar, y en seguida pueden leerse denuncias y comentarios negativos acerca del complot de los exiliados contra España. En 1946 *ABC* denunciaba que Giral había entregado un informe a la ONU en el que daba cuenta de las ejecuciones y detenciones que se seguían llevando a cabo en España, algo totalmente falso y que el editorial lamentaba: “Así se pone de nuevo de relieve la triste campaña contra la Patria, que están llevando a cabo estos grupos de rojos españoles”<sup>52</sup>. Por las mismas fechas pueden encontrarse otras informaciones que celebraban que Italia no reconociera al Gobierno en el exilio o que planteaban a la España de Franco como un bastión frente al comunismo. Esta estrategia en seguida comenzó a dar frutos gracias a la dinámica surgida con el inicio de la Guerra Fría, y muy pronto voces extranjeras comenzaron a valorar a la dictadura como una posible aliada frente a la URSS. Unos meses antes del artículo mencionado anteriormente, *ABC* se había hecho eco de las palabras del padre Owen, jesuita estadounidense, que denunciaba a las fuerzas del exilio como traidoras a España y vendidas al comunismo<sup>53</sup>. La dureza de este lenguaje solo justificaba todavía más la obsesiva aniquilación que el franquismo estaba practicando contra los que consideraba, y seguiría considerando, como vencidos.

Pero, por curioso que resulte, no toda la prensa producida en esos momentos en el interior de España buscaba seguir marcando su total rechazo hacia todo aquello que pudiera recordar a los años de la República. En 1940 ya había aparecido uno de los primeros deseos de superación de la guerra y construcción de una nación común para todos los españoles. El autor era Dionisio Ridruejo, y en el segundo número de la revista *Escorial* llamaba a aquellos vencidos que quisieran sentarse a reconstruir la nación:

---

<sup>51</sup> José María SEMPRÚN GURREA, “Llamamiento a la UNESCO lanzado por el silencio de España”, *Las Españas*, Año II, nº 7, noviembre 1947, p. 3

<sup>52</sup> “Las maniobras de Giral ante la ONU”, *ABC Madrid*, 21/09/1946, p. 7

<sup>53</sup> “El llamado problema español. El padre jesuita Owen comenta la maniobra roja contra España”, *ABC Madrid*, 31/05/1946, p. 15

Todos sabemos que hay unas generaciones intelectuales, técnicas, etc., que han participado —con mayor o menor inocencia— en la catástrofe de España. Necesitemos o no sus restos—restos al fin y al cabo de España—, queremos sentar a los que sean dignos a nuestra mesa y conocer en ellos un profundo y nuevo afán de servicio y de lealtad<sup>54</sup>.

A pesar de seguir usando un lenguaje propio de aquellos que se sabían vencedores, estas palabras ponían de manifiesto las fisuras que comenzaron a aparecer en falangistas de primera orden, como el propio Ridruejo o su amigo Laín Entralgo<sup>55</sup>, y que conllevaron a una revisión de su propio papel durante la guerra así como a la asunción de un posicionamiento moderado y democrático. Ese sentimiento de traición que apareció en los corazones de una buena parte del falangismo vino precisamente porque Franco había negado la posibilidad de una revolución como la predicha por José Antonio. El propio Ridruejo recordaba que con la revista *Escorial* se buscaba rebajar el clima de intolerancia intelectual y, al mismo tiempo, contradecir algunos de los mayores dogmas del franquismo. Su labor resultó tan importante que incluso consiguió aliviar el ostracismo al que muchos pensadores se vieron relegados<sup>56</sup>. Sin duda este debió ser un momento clave en la evolución política del poeta falangista, que comenzó un viraje hacia unas posiciones tan contrarias a sus pensamientos iniciales que él mismo se vio obligado a exiliarse en 1962. A pesar de su arrepentimiento no podía desligarse de su vinculación a un régimen tan represivo como el de Franco, y su antiguo camarada, Eugenio Montes, le dio la solución: “Cuando como tú se ha llevado a centenares de compatriotas a la muerte y, luego, se llega a la conclusión de que aquella lucha fue un error, no cabe dedicarse a fundar un partido político: si se es creyente, hay que hacerse cartujo, y si se es agnóstico, hay que pegarse un tiro”<sup>57</sup>.

Con la década de los cincuenta, el régimen de Franco se encaminaba hacia la consolidación mientras que los exiliados comprendían que su regreso no se iba a dar tan

---

<sup>54</sup> Dionisio RIDRUEJO, “Sobre los límites del arrepentimiento” en *Escorial*, nº 2, 1940, pp. 330-332

<sup>55</sup> Pedro Laín Entralgo escribió en sus memorias que algunos falangistas, como Ridruejo o él mismo, consiguieron que en la zona sublevada volvieran a las librerías las obras de Machado o Juan Ramón Jiménez. No sin gran dificultad. En Pedro LAÍN ENTRALGO, *Descargo de conciencia*, Barcelona, Barral Editores, 1973, p. 233

<sup>56</sup> Dionisio RIDRUEJO, *op. cit.* 1976, p. 224

<sup>57</sup> Recogido en Paul PRESTON, *op. cit.* p. 672

temprano como ellos creían. “¿Cuándo volvemos a España?” era la pregunta que Carlos Esplá había intentado responder en una conferencia celebrada en México en 1942. En ella había aludido a que un exilio como el español, que implicaba a toda las capas de la población, solo podía volver al país para que España volviera a ser ella, sin fisuras<sup>58</sup>. Los exiliados asumieron su papel como continuadores de una cultura y una forma de pensar que también habían sido expulsadas de España. Masip escribió algo parecido al decir que los exiliados portaban el alma de España, y el cuerpo, que era lo que se había quedado allí, no era más que un cadáver<sup>59</sup>. Esta continuidad puede apreciarse también en una serie de premios otorgados por *Las Españas* que llevaban los nombres de “Machado” o “Lorca”. Más adelante, en esa conferencia, Esplá insistía en que la vuelta de los represaliados debía constituirse sobre el rechazo al odio y la venganza. Sin embargo, el régimen que les había obligado a exiliarse firmaba ahora, años después de haber terminado la Segunda Guerra Mundial, un Concordato con el Vaticano en el que se calificaba al país de Franco como “una de las grandes reservas espirituales del mundo”. Un mes más tarde, el 26 de septiembre de 1953, se conseguía llegar a un acuerdo con Estados Unidos reflejado en el Pacto de Madrid, gracias al cual se recibiría importante ayuda militar y económica estadounidense<sup>60</sup>. Tiempo antes, en 1950, la ONU había anulado la resolución que aislaba a España internacionalmente. A su vez entraba en la Organización Mundial de la Salud y en 1953 en la UNESCO. Dos años después fue finalmente admitida en la ONU, con el voto favorable de la Unión Soviética.

De poco sirvieron los intentos, las denuncias y las quejas de los exiliados durante todos esos años. En 1950 la revista *Las Españas* dejaba claro que la ONU debía elegir entre la justicia o el oprobio<sup>61</sup>. La elección parecía hecha. Max Aub pareció sentirse especialmente dolido con la admisión de España en la UNESCO: “El solo enunciado completo del nombre de la UNESCO basta para sonrojar al más pintado. (...) He aquí que la Educación, la Ciencia y la Cultura de las Naciones Unidas se ponen de acuerdo y acogen con todos los honores al deshonor, a la mochería, a la más sangrienta califa reaccionaria, a la negación de los derechos del hombre”<sup>62</sup>. De igual modo,

---

<sup>58</sup> Carlos ESPLÁ, “¿Cuándo volvemos a España?”, editada por el Ateneo Salmerón de México, 1942, p. 9

<sup>59</sup> Paulino MASIP, *op. cit.* p. 42

<sup>60</sup> Santos JULIÁ y Miguel MARTORELL, *op. cit.* p. 241

<sup>61</sup> *Las Españas*, año V, nº 16, 17 y 18, agosto 1950, p. 21

<sup>62</sup> Max AUB, “Franco en la UNESCO”, *Cuadernos Americanos*, nº 2, marzo-abril de 1953, vol. LXVII, pp. 92-94

Claudio Sánchez Albornoz y Juan Rocamora le hicieron saber al director de la UNESCO que la admisión de España no era solo “una cobarde traición al pueblo esclavizado de España” sino una violación a los principios de la organización y a cualquier tipo de ideal de libertad<sup>63</sup>.

Tampoco se había escuchado al Gobierno republicano, ya que el mismo año del ingreso de España en la ONU, Félix Gordón había presentado un plan para que el organismo internacional propiciara que en el interior del país se dieran una serie de circunstancias adecuadas para que los españoles pudieran reconquistar su libertad<sup>64</sup>. Todos esos años de lucha y apoyo popular extranjero —el alcalde de Toulouse, ciudad con una gran presencia de exiliados, llegó a decirle al cónsul franquista que su población era “resueltamente hostil a la instalación de un consulado del Gobierno de Franco”—<sup>65</sup> parecían no haber servido de nada. Ni las constantes publicaciones de los nombres de los fusilados “por la libertad y la democracia” ni los intentos por conformar una oposición fuerte y unida en el exilio<sup>66</sup> consiguieron evitar el respaldo internacional que obtuvo la dictadura gracias a la Guerra Fría.

Por supuesto para el franquismo esto simbolizaba algo más que una victoria, y en 1955, misma fecha de su admisión en la ONU, *ABC* celebraba el decimosexto aniversario de la victoria franquista en la guerra civil. La conmemoración no solo servía para volver a hablar de los “enemigos de España”, sino que en esta ocasión se les acusaba de haber alargado la contienda innecesariamente sabiendo que no iban a poder ganar porque “tenían asegurado un lugar en el extranjero”<sup>67</sup>.

---

<sup>63</sup> Ángel DUARTE, *op. cit.* p. 267

<sup>64</sup> Sonsoles CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOS, “Posición de la República española en el exilio ante el ingreso de España en la ONU”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 17, 1995, pp. 147-168

<sup>65</sup> Javier CERVERA GIL, *La guerra no ha terminado. El exilio español en Francia 1944-1953*, Madrid, Taurus, 2007, p. 95. Intelectuales como Sartre también protestaron vivamente contra la entrada de España en la ONU.

<sup>66</sup> En *Las Españas* se recogía una conferencia de Niceto Alcalá Zamora en la que se intentaban subsanar los errores en la estrategia de los exiliados. Para evitar que se volvieran a desaprovechar oportunidades como la que había surgido con el fin de la Segunda Guerra Mundial, Zamora pedía la unión de todas las fuerzas políticas del exilio salvo los monárquicos, los totalitarios, y los separatistas. “Pasado, presente y futuro”, *Las Españas*, año VI, n° 21 y 22, abril 1952, p. 35

<sup>67</sup> Joaquín ARRARAS, “Victoria total”, *ABC Sevilla*, 01/04/1955, pp. 3-5



### 3.4. La derrota del exilio (1955-1975)

A la humillación que el régimen practicaba contra los vencidos se unía ahora el desprecio que las instituciones globales rendían a los exiliados. La consolidación de la dictadura en España, que muy pronto y gracias al Plan de Estabilización de 1959 alcanzaría un crecimiento económico sin precedentes, llevó a que muchos refugiados tuvieran que aceptar definitivamente su destino. Algunos, los menos, incluso optaron por volver, como demuestra el caso de Angelita Andrada, que regresó a España junto con su madre ya en el año 1950. La impresión que le produjo España, donde hasta los guardias civiles vestían con harapos, llevó a la niña a preguntar: “¿Esto qué es, mamá?”<sup>68</sup>.

Otros exiliados se encontraron con la dificultad de regresar por culpa del papeleo o las restricciones que imponía la dictadura. Un escritor protestaba porque para poder instalarse en España necesitaba cumplimentar un acta de contrición firmada en la que admitiera que su vida pasada había sido un error. “No es que yo no quiera volver a España, sino que no me dejan entrar”, le confesaba a un amigo<sup>69</sup>. Volver a España, aun con dictadura, significaba respirar de nuevo el ambiente de la niñez. Aunque resultara realmente complicado cuando era el régimen el que no quería olvidar ni perdonar. En 1959 se inauguraba, para mayor gloria de Franco, el Valle de los Caídos, “el panteón glorioso de los héroes”, como lo llamaba fray Justo Pérez de Urbel, catedrático de Historia en la Universidad de Madrid, apologista de la Cruzada y de Franco, y primer abad mitrado de la Santa Cruz del Valle de los Caídos<sup>70</sup>. En su construcción trabajaron hasta 20.000 prisioneros republicanos. Como se ha mencionado anteriormente, el mismo año se aprobó el Decreto Ley de Nueva Ordenación Económica. Sus resultados favorables fueron inmediatos: el crecimiento del Producto Nacional Bruto estuvo entorno en torno al 7 % durante 14 años<sup>71</sup>.

España entraba en la década de los sesenta con unos datos económicos inimaginables. Se formó una nueva clase social obrera que comenzaba a ver de lejos la represión de las décadas anteriores y que acabaría por abandonar la idea de revolución en pos de conseguir objetivos más concretos como la mejora salarial gracias a la Ley de

---

<sup>68</sup> Recogido en Pablo AGUIRRE HERRAINZ, *op. cit.* p. 546

<sup>69</sup> *Ibíd.* p. 531

<sup>70</sup> Julián CASANOVA y Carlos GIL ANDRÉS, *op. cit.* pp. 216-217

<sup>71</sup> Santos JULIÁ y Miguel MARTORELL, *op. cit.* p. 249

Convenios Colectivos aprobada en 1958, que permitía las negociaciones entre patronos y obreros con el fin de evitar las huelgas. Al mismo tiempo, otros tres millones de españoles emigraron al extranjero buscando mejores trabajos al mismo tiempo que España se convertía en un destino turístico de primer nivel. En 1964 el régimen se preocupaba en celebrar con la mayor pompa posible los XXV Años de Paz, organizados por el entonces ministro Manuel Fraga, para colocar a Francisco Franco como el garante de la paz y de la unión entre los españoles. *ABC* recogía noticias acerca de una exposición que viajaría por todo el país para ilustrar a los españoles ese “paso alegre a la paz”. Por su parte, *Blanco y Negro* hacía un repaso a la gran evolución que se había dado en España en apenas treinta años, presentando cifras como que se trataba del segundo país del mundo con menos índice penitenciario<sup>72</sup>.

Esta serie de celebraciones no habían suavizado de ninguna forma la visión del régimen hacia el exilio, como demuestra la propaganda vertida tras la celebración de lo que se conoció en España como el “Contubernio de Munich” en 1962. Esta reunión llevada a cabo en el marco del IV Congreso del Movimiento Europeo por la gran mayoría de las fuerzas políticas del exilio español, así como por numerosas personalidades del interior —a los comunistas solo se les permitió acudir como observadores—, sirvió para que la oposición antifranquista llegara a una serie de acuerdos fundamentales como la instauración de instituciones representativas y democráticas en España, el reconocimiento de una serie de libertades y derechos o la existencia de partidos políticos<sup>73</sup>. Salvador de Madariaga, uno de los principales organizadores del encuentro, se sintió tan inspirado por el resultado del congreso que llegó a afirmar: “Hoy ha terminado la Guerra Civil”. Pero para el franquismo era muy distinto, y la prensa del régimen muy pronto habló en términos de “contubernio de la traición” y definiciones similares. En *ABC* relataban con gran disgusto el apretón de manos realizado entre Rodolfo Llopis y José María Gil Robles, a los que se señalaba como responsables de la guerra<sup>74</sup>. La represión posterior llevó a que gente como Ridruejo tuviera que exiliarse durante al menos dos años en París.

En 1963, un año después de la celebración del Congreso, el régimen torturaba y fusilaba al militante comunista Julián Grimau, compañero de Semprún en su tarea de

---

<sup>72</sup> *Blanco y Negro Madrid*, 18/07/1964, pp. 8-18

<sup>73</sup> Santos JULIÁ, *op. cit.* 2014, p. 447

<sup>74</sup> *ABC Madrid*, 10/06/1962, p. 79

infiltrado en España. Ante este hecho Ridruejo escribió para *Le Monde* que España vivía bajo un estado de guerra continuado<sup>75</sup>. Las condenas internacionales por este acto no parecieron tener ningún efecto ya que meses después se ejecutaba a los anarquistas Francisco Granados y Joaquín Delgado mediante garrote vil. El rencor de la dictadura fue largo, ya que pasados los años todavía guardaba este tipo de declaraciones hacia la España exiliada: “Los republicanos del exilio permanecen en la misma postura extrema en que murió la II República, un afortunado abril de 1939”. En el mismo artículo se expresaba que mientras el interior de España había incluso llegado a olvidar la victoria, los emigrados continuaban “esperando la revancha”<sup>76</sup>.

Si los exiliados debían seguir teniendo en cuenta este tipo de reacciones que todavía despertaban en la dictadura, tenían que enfrentarse además a la vejez y a un relevo generacional que amenazaba con desplazarlos. Los más jóvenes comenzaban a estar hartos de los líderes históricos y de sus estrategias desfasadas. Criticaban además su inmovilismo y su rechazo a incluir a los emigrados económicos o a sus propios hijos. Sebastián Gallardo Beltrán, militante socialista en la organización clandestina de Baleares, escribía al secretario general de la UGT Pascual Tomás en septiembre de 1965 para presentar su dimisión, concluyéndola de la siguiente forma: “Mañana en España nuestra organización pagará muy caro el error que comete hoy el exilio político”<sup>77</sup>.

La triste realidad era que la mayoría de esos exiliados iban a cumplir treinta años lejos de su tierra, y en el momento de volver muchos comprobarían que ya no eran españoles. Fernando Fernán Gómez eligió 1968 como la fecha en la que transcurriría su película *El mar y el tiempo*. En ella, Jesús, un emigrado en Argentina que consigue volver a España para reencontrarse con su familia, se acaba dando cuenta que el Madrid de sus recuerdos de infancia ya no se parece en nada al actual. Tras subirse al coche de su hermano Eusebio, que ha ido a buscarle al aeropuerto, Jesús le pregunta sobre qué se piensa en España de la labor de los exiliados. “¿Qué labor?”, le responde Eusebio. Jesús sigue insistiendo y pregunta entonces qué piensan los jóvenes del Gobierno republicano en el exilio. “Nada”, contesta Eusebio sorprendido por ese tipo de cuestiones<sup>78</sup>.

---

<sup>75</sup> Santos JULIÁ y Miguel MARTORELL, *op. cit.* p. 255

<sup>76</sup> *ABC Madrid*, 07/04/1965, p. 39

<sup>77</sup> Pablo AGUIRRE HERRAINZ, *op. cit.* p. 431

<sup>78</sup> *El mar y el tiempo*. Dirigido por Fernando Fernán Gómez. Ion Films, Televisión Española, 1988

Como este Jesús de ficción hubo otros muchos exiliados que además de encontrarse con una realidad distinta cuando llegaron a España fueron usados por el régimen para presumir de aperturismo y de su progresiva “relajación”. En 1967 *ABC* hablaba amistosamente de las breves visitas que Jorge Guillén realizaba por España, algo que mencionaría también con Francisco Ayala, Max Aub, Ramón J. Sender, Claudio Sánchez Albornoz y tantos otros. Incluso en algunos artículos parecía que el exilio había sido algo positivo ya que había permitido a muchos intelectuales y artistas producir una obra que era reconocida en todo el mundo<sup>79</sup>. La realidad era que muchos exiliados, aquellos que todavía no habían muerto, estaban cansados y solo buscaban paz y tranquilidad. Pero el régimen no parecía dispuesto a dejarles descansar, y una semana antes de la muerte del dictador y bajo el título “Reconciliación” se volvía a atacar, una vez más, a los exiliados. El artículo decía que estos emigrados parecían encarnar la “quintaesencia de la irreconciliación”, exigiendo en un tono soberbio que por una vez se mostraran fieles a “esa reconciliación de la que tanto hablan”<sup>80</sup>. Pero ni siquiera con Franco desaparecido las gentes del exilio pudieron reconfortarse en su contacto con España. Wenceslao Roces, histórico del Partido comunista, pudo participar en las elecciones libres de 1977. Pese a resultar electo, abandonó el cargo poco tiempo después para regresar a México, donde falleció en 1992<sup>81</sup>. Para muchos el deseo de morir en España era más grande que cualquier otra aspiración, y aunque no fuera el país que ellos recordaban seguían sintiendo que era su patria. Tras la Matanza de Atocha, Francisco Umbral le pedía a Rafael Alberti que no volviera a España: “No vengas, Rafael, no vengas desterrado. Espera, espera. Te matarán, nos matarán, nos matan... España es lo de siempre, España negra, un coro de letales ciudadanos sobre el silencio enorme de los pobres”. El poeta gaditano no pudo sino responderle que: “Y sin embargo, amigo, yo tengo que ir, aunque mi viejo nombre haya querido ser reducido a cenizas con una librería por aquellos sueltos y respaldados asesinos del viva la muerte...”<sup>82</sup>.

Claudio Sánchez Albornoz, que pudo regresar a su Ávila natal en 1976, pronunció algunas de las palabras que podrían resumir a la perfección lo que provoca en

<sup>79</sup> José María PEMÁN, “Exilio”, *ABC Madrid*, 15/06/1967, p. 3

<sup>80</sup> “Reconciliación”, *ABC Madrid*, 13/11/1975, p. 3

<sup>81</sup> María ARÁNDZU DÍAZ-REGAÑÓN LABAJO y Antonio SANTOS GARCÍA, “Wenceslao Roces: El exilio cultural republicano en México”, en Jose María BALCELLS Y Jose Antonio PÉREZ BOWIE (eds.), *El exilio cultural de la guerra civil (1936-1939)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2001, pp. 77-78

<sup>82</sup> José Luis ABELLÁN, *op. cit.* 1983, p. 82

un ser humano cuarenta años de exilio: “Dije que vendría llorando y llorando estoy”. El político e historiador defendió que su regreso era en nombre de la reconciliación y la paz, buscando llenarse “de España otra vez y para siempre”<sup>83</sup>. Conseguía así incumplir su propio pronóstico cuando declaró que le tendrían que llevar muerto a España. Apenas seis años después de la vuelta de Sánchez Albornoz, José Luis Garci filmaba *Volver a empezar*, una película centrada en el regreso de un exiliado a su ciudad natal en Asturias. El protagonista, Antonio Miguel Albajara, era un anciano profesor que quería ver España por última vez antes de su muerte, anunciada por una enfermedad crónica. A pesar de la amabilidad del film y de su carencia de discurso político, Garci dedicaba su obra a las personas que comenzaron a vivir su juventud en los años treinta: “A esa generación perdida, gracias”<sup>84</sup>.

Por desgracia, hubo otros muchos que no consiguieron ver a su país libre de dictadura. Tras la muerte de Franco, Francisco Martínez de la Vega comparaba la muerte del Caudillo en una cama con la de Manuel Azaña, cuya tumba se encontraba perdida y olvidada en una aldea francesa<sup>85</sup>. A Azaña se le podrían unir Pablo Picasso, Max Aub, Américo Castro, Largo Caballero, Juan Negrín, Margarita Xirgu, Margarita Nelken, Juan Ramón Jiménez, Luis Cernuda, Pedro Salinas, María de la O Lejárraga, Manuel Chaves Nogales... Tras casi cuarenta años de exilio, de repente esa condición parecía haber dejado de tener sentido. Su fin podía pronunciarse rápido pero lo que dejaba tras de sí era inmenso. Juan Cuatrecasas escribió en 1976 un artículo en el que casi no podía creer que por fin la dictadura hubiera caído. Ahora tocaba mirar al pasado por última vez: “Dramática aventura la del exilio republicano”<sup>86</sup>, concluyó.

---

<sup>83</sup> “Hoy llega a Madrid don Claudio Sánchez Albornoz”, *ABC Madrid*, 23/04/1976, p. 55

<sup>84</sup> *Volver a empezar*. Dirigida por José Luis Garci. Nickel Odeon, 1982.

<sup>85</sup> Francisco MARTÍNEZ DE LA VEGA, “Franco muere. ¿Renacimiento español?”, *Cuadernos Americanos*, nº 1, enero-febrero de 1976, vol. CCIV, pp. 7-11

<sup>86</sup> Juan CUATRECASAS, “El final del exilio”, *Cuadernos Americanos*, nº 4, julio-agosto de 1976, vol. CCVII, pp. 60-65

## 4. Jorge Semprún y Federico Sánchez

“Soy español sin ganas, Que vive como  
puede lejos de su tierra, sin pesar ni  
nostalgia”

Luis Cernuda, *Díptico español*

### 4.1. La forja de un intelectual (1923-1955)

Jorge Semprún nació en 1923 en el seno de una familia de marcado carácter republicano, aunque por parte de madre era nieto del político conservador Antonio Maura, cuya imponente presencia retuvo Semprún en la memoria durante el resto de su vida. Su padre, José María Semprún Gurrea, había formado parte de las filas republicanas desde la dictadura de Primo de Rivera<sup>87</sup> y durante la II República ejerció como gobernador civil. En el verano de 1936, como siempre, la familia de Semprún viajó a Lequeitio para pasar las vacaciones sin saber que el golpe de estado les cogería allí. Tras la caótica situación que se vivió en las semanas posteriores, un joven Semprún de apenas catorce años partió con su padre y sus hermanos en una embarcación con destino a Bayona. En octubre del mismo año José María Semprún acudió a Ginebra para ponerse en manos del ministro de Estado Álvarez del Vayo, que le encargó acudir a la legación española de La Haya<sup>88</sup>. Algo le decía al joven Jorge que se habían ido para no volver, ya que fue en ese momento cuando comenzó a sentir que había empezado “la noche sin sueño del exilio (...). Una noche que aún no ha terminado, no obstante las

---

<sup>87</sup> Felipe NIETO, *La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y ruptura*. Barcelona, Tusquets Editores, 2014, p. 20

<sup>88</sup> *Ibíd.* pp. 22-24

apariencias. Que sin duda no terminará nunca”<sup>89</sup>. Fue en Suiza donde tiempo después leyeron la noticia que anunciaba la victoria del bando sublevado en 1939, hecho que asentó todavía más las convicciones de un joven Jorge Semprún que estaba comenzando a formarse intelectualmente.

Definitivamente en el exilio, su familia se trasladó a París sin saber que apenas un año después pasarían a vivir bajo la ocupación nazi. La lógica evolución intelectual y política de Semprún le llevaron a unirse al PCE y posteriormente a la resistencia en 1943, grupo en el que veía una segunda oportunidad de vengar a la República española derrotada, tal y como él dijo: “los mismos enemigos en presencia, y también las mismas fuerzas en frente de los mismos enemigos”<sup>90</sup>. Ese mismo año fue detenido y, tras duros interrogatorios en los que no faltó la tortura, fue enviado al campo de concentración de Buchenwald en 1944<sup>91</sup>. Allí se encontró con algunos comunistas españoles con los que pudo entablar relación y que serían decisivos a la hora de conformar su destino como un verdadero exiliado español. Fue en ese campo alemán donde el joven Semprún se erigió a sí mismo como luchador contra la España franquista<sup>92</sup>.

El sentimiento que invadió a los españoles liberados de los campos en 1945 lo recoge a la perfección el protagonista que Semprún escribió para *El largo viaje*, quien ve que la victoria sobre el nazismo tiene que llevar inevitablemente a la derrota de la dictadura de Franco: “El fin de los campos es el fin del nazismo, y será por lo tanto el fin del franquismo, está claro, vamos, no hay ni la sombra de una duda”<sup>93</sup>. Pero la realidad era bien distinta, y tras ser liberado no supo a donde ir porque no tenía patria o, mejor dicho, no podía regresar a la que había conocido como tal. Tragedia que compartió con el resto de prisioneros españoles que habían sido deportados a los campos de trabajo alemanes.

Semprún volvió a Suiza, donde permaneció hasta 1947 para trasladarse posteriormente a París, lugar donde encontró trabajo como traductor de la UNESCO. En esta etapa colaboró también con gente como Rafael Alberti en la revista *Independencia*, una publicación cultural para los españoles emigrados. En ella, Semprún trataba de

---

<sup>89</sup> Soledad FOX MAURA, *Ida y vuelta. La vida de Jorge Semprún*, Barcelona, DEBATE, 2016, p. 49

<sup>90</sup> De *La escritura de la vida*, p. 189. *L'Express*, 8-14 de diciembre de 1969, p. 165. En Felipe NIETO *op. cit.* p. 29

<sup>91</sup> Se calcula que entre 1940 y 1945 hubo más de 9.000 españoles internados en el sistema de campos alemanes. Para el final de la guerra cerca de 5.000 habían sido asesinados solo en Mauthausen. Diego GASPAR CELAYA, “Resistencia, deportación y políticas de la memoria. Españoles en Francia 1940-1945”, *Hispania Nova*, nº 1 extraordinario, 2019, pp. 66-99

<sup>92</sup> Felipe NIETO *op. cit.* p. 46

<sup>93</sup> En Soledad FOX MAURA, *op. cit.* p. 130

contrarrestar las opiniones que comenzaban a surgir entre algunos entorno a la idea del exilio como una “identidad eterna” a la que estaban condenados. Así, uno de sus escritos decía: “Los motivos de nuestro destierro son políticos, y política será la solución que le dé fin (...). Es erróneo creer que nuestra vida ha perdido su medida histórica; ninguna vida puede perderla y menos la nuestra, identificada con la historia de la patria”<sup>94</sup>

Fue en la capital francesa donde entró a la *cellule* 722, el grupo más distinguido del Partido Comunista Francés, gracias a su gran formación filosófica y cultural. Allí entabló relación con algunos de los mayores intelectuales y artistas del momento: Marguerite Duras, Lacan, Sartre o la pareja de intérpretes formada por Simone Signoret e Yves Montand, que terminarían por convertirse en grandes amigos para el resto de su vida a partir de los años sesenta. Entrado el año 1949, tras una serie de discusiones, parece que Semprún, junto con otro compañero, vertió acusaciones hacia Duras por su supuesta conducta burguesa decadente que implicaría actitudes de “moralidad dudosa”. Sería expulsada formalmente del Partido en 1950. Esta acción adelantaba algunas de las maneras a las que más tarde se tuvo que enfrentar Semprún en el PCE, demostrando que en el mundo comunista los miembros sentían una cierta represión que preferían omitir porque su militancia se convertía en una forma de vida en la que nunca se estaba a solas. Era, al fin y al cabo, como una especie de familia<sup>95</sup>.

En esta época el Partido Comunista Español se enfrentaba además a un completo aislamiento político y a la derrota de la táctica armada como medio para acabar con la dictadura. El proyecto de crear una Coalición Nacional<sup>96</sup> tras la derrota del régimen agrupada por todas las fuerzas opositoras antifranquistas, como había expresado Pasionaria en un discurso de 1945, se había demostrado fallido. Incluso el planteamiento guerrillero, del que los comunistas eran expertos gracias a los años de la ocupación alemana, se mostraba ineficaz<sup>97</sup>. Ante esta situación, el mismo Stalin realizó una serie de recomendaciones que instaban a Santiago Carrillo —que había escalado

---

<sup>94</sup> Recogido en Pablo AGUIRRE HERRAINZ, *¿Un regreso imposible? Expatriación y retorno desde el exilio republicano (1939-1975)*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2017, p. 507

<sup>95</sup> *Ibíd.* p. 151

<sup>96</sup> Anteriormente ya se había intentado una organización parecida a través de la Unión Nacional Española, ideada por Jesús Monzón como cabeza del PCE en Francia, ya que era consciente de la fuerza de su partido frente a la desintegración que el resto de formaciones políticas habían sufrido a consecuencia del exilio y del inicio de la Segunda Guerra Mundial. La UNE se disolvió definitivamente en 1945. En Javier CERVERA GIL, *La guerra no ha terminado. El exilio español en Francia 1944-1953*, Madrid, Taurus, 2007, p. 453

<sup>97</sup> Joan ESTRUCH TOBELA, *El PCE en la clandestinidad 1939-1956*, Madrid, Siglo XXI, 1982, p. 121 y 152



puestos dentro del partido tras desastres como la invasión del Valle de Arán— a abandonar la lucha armada para que los comunistas españoles pasaran a engrosar, progresivamente, las filas de los sindicatos reaccionarios, iniciando la táctica conocida como “entrismo”<sup>98</sup>. Con lo que no contaban los comunistas españoles era la molestia cada vez mayor que suponían para el gobierno francés, que llevaría a cabo la ilegalización del PCE tras la puesta en marcha de la operación Bolero-Paprika el 7 de septiembre de 1950, durante la que se detuvo a más de doscientos militantes comunistas, de los que más de ciento cincuenta eran españoles. La mayoría fueron deportados a Argel y Córcega, una parte de la dirección se instaló en Praga y el resto permaneció en Francia de forma clandestina<sup>99</sup>.

A pesar del descalabro inicial que supuso la ilegalización, Carrillo, dispuesto a cumplir con lo ordenado por Stalin, renovó la cúpula del PCE con los más jóvenes que le habían acompañado en América y con los que volvían también de la URSS. Dentro de esta nueva estrategia Semprún ocupó el papel de encargado de la revista *Cultura y democracia*, primer intento del PCE desde la guerra civil de realizar una labor sistemática dentro del mundo intelectual<sup>100</sup>. Pero los primeros pasos del Partido en este ámbito dejaban clara la desconexión que había entre su análisis de la situación española y la realidad que se estaba dando en el interior del país. Como ejemplo valdría la crítica realizada a la novela *Nada* de Carmen Laforet —publicada siete años después de su aparición— a la que se calificaba como un mero “producto del franquismo”<sup>101</sup>. Seguir escribiendo con tal rotundidad esta serie de afirmaciones respecto a la producción artística en España muy pronto se acabó mostrando inútil, y los líderes del PCE en seguida optaron por elevar la lucha cultural del interior al primer plano, dejando de lado ese discurso anterior que señalaba la pobreza intelectual y creativa del franquismo. La relectura de esas voces nuevas como la de la propia Carmen Laforet o el tremendismo de Cela en *La familia de Pascual Duarte* detuvieron las calificaciones en las que se trataba a España como un “páramo cultural” según el PCE<sup>102</sup>.

De esta forma, un Semprún dedicado a escribir poesías proletarias que honraban la memoria del hijo fallecido de Dolores Ibárruri durante los combates en Stalingrado, o la del propio Stalin tras su muerte en 1953 —“Se nos ha muerto el padre, el camarada,

---

<sup>98</sup> Felipe NIETO, *op. cit.* pp. 119-120

<sup>99</sup> Javier CERVERA GIL, *op. cit.* pp. 587-590 y Joan ESTRUCH TOBELLÀ, *op. cit.* p. 169

<sup>100</sup> Joan ESTRUCH TOBELLÀ, *op. cit.* p. 158

<sup>101</sup> Soledad FOX MAURA, *op. cit.* 162

<sup>102</sup> Felipe NIETO, *op. cit.* p. 141

se nos ha muerto el Jefe y el Maestro, Capitán de los pueblos...”<sup>103</sup>, comenzó a participar en las reuniones de los comunistas españoles que trataban sobre la acción en el “interior” con el deseo de ser el elegido para infiltrarse de manera clandestina en la España de Franco. Lo consiguió finalmente en 1953, con la misión de viajar por distintas ciudades en las que se adivinaban grupos comunistas con los que el Partido podría iniciar acciones en concordancia con su nueva estrategia respecto a España. Sus ansias por regresar a un país que había abandonado siendo niño se pueden explicar por esa “escena primitiva” que el propio Semprún seguía recordando en 1998 sobre los tiempos de la República. Ángel Duarte defiende que esta sensación viene de la nostalgia infantil, de recordar a “la madre, joven, hermosa y cariñosa, colgando en el balcón de la casa familiar una bandera republicana”<sup>104</sup>. Semprún volvía por fin a su hogar, al Madrid que veía como el “paisaje de sus sueños infantiles”<sup>105</sup>, reflejando en su *Autobiografía de Federico Sánchez* los escasos medios con los que contó para entrar clandestinamente en el país:

El aparato del partido no me facilitó un pasaporte falso. Me pidió que me lo procurara yo por mi cuenta (...) ¿Por qué se procedió así conmigo? (...) ¿Para ponerme a prueba? Nunca me lo he explicado y, a decir verdad, nunca pedí explicaciones. Tenía tantas ganas de volver a España que hubiera aceptado incluso pasar la frontera sin pasaporte, de rodillas, a rastras, a nado, como fuera<sup>106</sup>.

Este primer viaje duró más o menos un mes, lo realizó bajo el nombre de Jacques Grador y del total de ciudades que quería visitar solo pudo actuar en cinco: Barcelona, Valencia, Madrid, Salamanca y San Sebastián<sup>107</sup>. Todo con el objetivo de realizar un primer contacto con aquellos que pudieran estar interesados en colaborar con el PCE y permitirle actuar en la oposición desde el interior. Incluso llegó a entrevistarse con Vicente Aleixandre, el poeta de la generación del 27 que vivía una suerte de exilio interior, haciéndose pasar por un hispanista francés. Él también le transmitirá su deseo

---

<sup>103</sup> Jorge SEMPRÚN, “Juramento español en la muerte de Stalin”, *Cuadernos de cultura*, nº 11, enero de 1953, pp. 15-16

<sup>104</sup> Ángel DUARTE, *El otoño de un ideal. El republicanismo histórico español y su declive en el exilio de 1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, p. 373

<sup>105</sup> Jorge SEMPRÚN, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1977. p. 267

<sup>106</sup> *Ibíd.* p. 69

<sup>107</sup> Felipe NIETO, *op. cit.* p. 170

de apoyar “iniciativas culturales opositoras”<sup>108</sup>. Fue durante este viaje cuando Semprún se terminó por convertir en Federico Sánchez debido a que debía firmar una serie de cartas que escribiría para indicar al resto de compañeros del Partido que se encontraba bien. Él mismo contaba el nacimiento de su otro yo de esta forma: “Elegí Federico, no sé por qué... Y elegí Sánchez porque es un apellido totalmente banal, corriente”<sup>109</sup>.

El informe que Semprún redactó a su vuelta en París permitió a los comunistas constatar que en España existía un verdadero movimiento intelectual y cultural que quería acabar con la dictadura o, al menos, colaborar en la oposición a la misma. Pero también reflejaba la cruel realidad española en apenas una frase: “Sólo se ven dos cosas: fascismo y miseria”<sup>110</sup>. Durante la celebración del V Congreso del PCE, en 1954, Semprún pudo hablar de sus impresiones respecto a España con el resto de militantes. En su discurso habló del “surgimiento de nuevas promociones de intelectuales antifranquistas que simpatizaban con el partido”, situación que se plasmaba en la aparición de una poesía social con referentes comunistas o de películas que conseguían esquivar la censura y lanzaban al público pequeños mensajes antiamericanos como *Bienvenido, mister Marshall* —estrenada en 1953— o *Todo es posible en Granada* —de 1954—. Semprún concluía su intervención dejando claro que había amplios sectores intelectuales y universitarios dispuestos a colaborar con el PCE<sup>111</sup>. Adelantándose a las palabras de Semprún, *Mundo Obrero* publicaba el mismo año un artículo en el que definía la labor del Partido al lado de los estudiantes y los intelectuales en la lucha antifranquista. Estos dos grupos debían ejercer una función “casi pedagógica” para el resto de la militancia asumiendo su papel como “ingenieros de almas”, calificativo pronunciado por el propio Stalin<sup>112</sup>. Por primera vez en mucho tiempo parecía que los comunistas españoles comenzaban a entablar una estrategia encaminada al éxito.

---

<sup>108</sup> Ibíd. p. 179

<sup>109</sup> Soledad FOX MAURA, *op. cit.* 164

<sup>110</sup> Felipe NIETO, *op. cit.* p. 181

<sup>111</sup> Joan ESTRUCH TOBELLÀ, *op. cit.* p. 213

<sup>112</sup> “Sobre el trabajo de los intelectuales con el partido”, *Mundo Obrero*, nº 15, 30 de junio de 1954.

## 4.2. Federico Sánchez y los nuevos intelectuales españoles (1955-1958)

Tras pasar apenas un año preparando su vuelta a España, Jorge Semprún, convertido en Federico Sánchez —nombre que le acompañaría durante todo el tiempo que trabajó de forma clandestina— llegó a Madrid en 1955. Ahora ya no era el joven idealista que tuvo que huir junto con su familia del golpe de estado de 1936 o que se unió a la Resistencia francesa para luchar por la libertad, sino que contaba con 32 años, había sobrevivido al horror de los campos nazis y formaba parte de la cúpula dirigente del PCE. Su principal misión era movilizar a los intelectuales contra el régimen de Franco.

Como militante infiltrado, Semprún se tuvo que acostumbrar a los constantes cambios de domicilio, a la precaución exacerbada, a su falso nombre, a vivir “guerrillamente en Madrid”<sup>113</sup>. A pesar de eso se hizo rápido al terreno, adaptándose a una realidad de constantes peligros. El resultado: nunca fue detenido. En 1966 un informe de la Dirección General de Seguridad<sup>114</sup> demostraba que se conocía tanto su nombre real como el clandestino, pero no se tenía ninguna información sobre que alguna vez hubiera actuado en España. Ante esto, Semprún calificaba a la policía española de ser “una mierda, digámoslo claramente”<sup>115</sup>. Solo recordaba haberse sentido verdaderamente en peligro en una ocasión, cuando en una conversación sobre fútbol en un bar preguntó quién era ese Di Stéfano del que tanto hablaban. El repentino silencio y las miradas de todo el bar recayendo sobre él le hicieron percatarse de que no podría volver a permitirse un fallo así<sup>116</sup>.

Retomando la principal tarea de Semprún en España, enseguida fue consciente de los movimientos que llevaban haciendo desde hace tiempo los estudiantes de la universidad de Madrid. El constante encuentro entre unos y otros facilitó enormemente la tarea de Federico Sánchez, que durante este periodo vivió entre continuas presentaciones y charlas que le llevaban de una persona a otra. Esto se explica gracias a las “dimensiones familiares” existentes entre los estudiantes, permitiendo su reunión en

---

<sup>113</sup> Ibíd. p. 226

<sup>114</sup> Organismo encargado del orden público creado ya en el siglo XIX. Durante la dictadura franquista su sede fue tristemente conocida por ser un centro de torturas.

<sup>115</sup> Jorge SEMPRÚN, *op. cit.* 1977, p. 86

<sup>116</sup> Véase en el artículo “Federico Sánchez vuelve con ustedes... por una noche” de Juan Cruz, *El País*, 31/03/2009. [https://elpais.com/cultura/2009/03/31/actualidad/1238450403\\_850215.html](https://elpais.com/cultura/2009/03/31/actualidad/1238450403_850215.html) Consultado el 15/05/2019.

espacios como la propia facultad, las tertulias o los bares<sup>117</sup>. Así Javier Pradera, que se convertirá en uno de los más allegados a Semprún, aunque lo conoció tarde, podía encontrarse con Rafael Sánchez Ferlosio, Dionisio Ridruejo —ya en proceso de alejamiento respecto a sus primeras posiciones falangistas— o Ruiz Gallardón en la misma tarde. El ambiente universitario de ese momento estaba plagado de publicaciones, cine-clubs y organizaciones que fueron permitiendo, a partir de la década de los cincuenta, un inmenso abanico de posibilidades para la sociabilidad de una nueva generación de jóvenes estudiantes que comenzaban a sentirse asfixiados por la dictadura. En otras palabras, era el caldo de cultivo perfecto para los planes del PCE en el interior, canalizados a través de la presencia de Jorge Semprún. En 1955, un informe reservado para estudiar las posiciones políticas de los estudiantes calculaba que alrededor de un 70% de los mismos tenían una idea negativa de la estructura socioeconómica que se estaba dando en España y, además, tres cuartas partes de los encuestados acusaban a los dirigentes políticos de incompetencia<sup>118</sup>.

Para comprender esta dinámica de entendimiento y cooperación que se vino dando entre estudiantes hay que hablar primero de las organizaciones y actividades culturales en las que participaban y, por otro lado, del progresivo distanciamiento que sufrieron muchos jóvenes —y no tan jóvenes— falangistas y católicos respecto del régimen franquista, desafección que les llevaría a buscar un acercamiento con sectores de corte moderado o izquierdista para llegar juntos a una solución que acabara por liberalizar la dictadura.

Respecto a estas organizaciones, publicaciones o actividades culturales hay que resaltar que serán muchas de ellas las principales causantes del cambio de mentalidad que sufrirán la gran mayoría de los estudiantes. Revistas como *El Ciervo*, de corte católico y aparecida en 1951, que irá reflejando una reticencia cada vez mayor a la unión de la Iglesia y el Estado y dará espacio incluso a colaboradores radicales de izquierda<sup>119</sup>; *Destino*, en la que además de escribir autores de la talla de Miguel Delibes o Ana María Matute se encontraban informaciones acerca del chabolismo en Barcelona o narraciones de Juan Marsé o Luis Goytisolo, ya comunista por aquel entonces<sup>120</sup>; o la

---

<sup>117</sup> Santos JULIÁ, *Camarada Javier Pradera*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012, p. 39

<sup>118</sup> Carme MOLINERO y Pere YSÀS, *De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista en España (1956-1982)*, Barcelona, Planeta, 2017, p. 49

<sup>119</sup> Jordi GRACIA, *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo*, Barcelona, Anagrama, 2006, p. 166

<sup>120</sup> Jordi GRACIA, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004, p. 302

publicación que dirigía Camilo José Cela, llamada *Papeles de Son Armadans*, que buscaba, entre otras cosas, recuperar la voz de los escritores españoles en el exilio. De esta forma pedía colaboración a Max Aub escribiéndole: “ayudadme León Felipe y tú”<sup>121</sup>. El acercamiento a los exiliados venía también por iniciativa particular, como la del joven de provincias Alberto Gil Novales, que trataba de colmar sus imaginaciones del perdido “espíritu liberal” tendiendo sus primeros puentes con la cultura nacional española del exilio: “oíamos hablar de “exiliados” en vagos contextos oscilantes entre admiración y temor”, diría<sup>122</sup>. Y es que la rebelión intelectual de estos jóvenes estudiantes pasaba también por reclamar las voces de los “emigrados” —como se les llamaba en la prensa española del momento— cuyas obras debían conseguirse en España de manera extra oficial a través de ediciones latinoamericanas o francesas. El propio Javier Pradera recordaba:

El descubrimiento del exilio cultural español era inevitable en los años cincuenta para cualquier estudiante universitario algo despierto y que mirara más allá de los apuntes de clase, cualesquiera que fuesen sus orígenes familiares, su formación escolar en el bachillerato y sus creencias políticas. ¿Cómo se hubiera podido leer poesía y no preguntarse por Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Rafael Alberti o Luis Cernuda? ¿Cómo se hubiese podido estudiar historia medieval sin conocer la obra de Claudio Sánchez-Albornoz? ¿Cómo los cinéfilos hubiesen podido no interrogarse sobre Luis Buñuel; los melómanos sobre Pau Casals; o los aficionados al teatro sobre Alejandro Casona y Margarita Xirgu?...<sup>123</sup>.

Otro espacio reconvertido por los estudiantes fueron los cine-clubs, vinculados al SEU y nacidos ya a partir de 1945. Permitían el visionado de obras prohibidas por la censura —especialmente las que procedían de países comunistas, sobre todo las

---

<sup>121</sup> Jordi GRACIA, *op. cit.* 2006, p. 303

<sup>122</sup> Ignacio PEIRÓ, “La vida a los 25 años: Novela de formación y aprendizaje”, capítulo dentro del proyecto de investigación HAR2016-77292-P, *Política, historiografía y derecho: intercambios internacionales y «superación del pasado» en los siglos XIX y XX. España, Europa y América Latina*, del Ministerio de Economía y Competitividad, y en el grupo H02\_17R, *Politización, políticas del pasado e historiografía en Aragón y la España contemporánea*, de la Dirección General de Investigación e Innovación del Gobierno de Aragón, p. 38

<sup>123</sup> Javier PRADERA, “El descubrimiento del exilio en España” en Nicolás SÁNCHEZ-ALBORNOZ (ed.), *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Madrid, Siruela, 1991, p. 239

soviéticas—<sup>124</sup>. El mundo del cine sería uno de los mayores y más tempranos apoyos de Semprún. En 1955, en Salamanca, se convocaron una serie de encuentros bajo el nombre de Primeras Conversaciones Cinematográficas Nacionales, donde se quiso poner de relieve la falta de ideas que azotaba el cine español y durante las que el cineasta Juan Antonio Bardem señaló que se trataba de una industria políticamente ineficaz, socialmente falsa, intelectualmente ínfima y estéticamente nula<sup>125</sup>. Palabras que causaron gran impacto, más aun teniendo en cuenta que venía de ser galardonado en Cannes por su película *Muerte de un ciclista*.

Otro medio de extrema importancia a la hora de hacer que muchos se percataran de la auténtica realidad española será el SUT, o Servicio Universitario del Trabajo, que empleaba a estudiantes durante el verano para la participación en construcciones públicas. Como se ha mencionado en el apartado anterior, será gracias a esta actividad por la que muchos jóvenes como Javier Pradera tomaron conciencia de las paupérrimas condiciones que se seguían viviendo en la España de los cincuenta. En este aspecto, también Jordi Gracia recoge en *Estado y cultura...* las declaraciones de un joven católico que comenzó a replantearse sus bases ideológicas tras conocer “la angustiosa distancia que separa a las clases de nuestro país, el abandono social en el que yacen precisamente los que realizan mayor esfuerzo...”<sup>126</sup>.

Debido a esta toma de conciencia se puede explicar cómo poco a poco los estudiantes empezaron a interesarse en posicionarse junto a ideologías de izquierda, sobre todo la comunista, o a alejarse de su propia conciencia falangista o nacionalcatólica. Esto acabaría llevando a la larga a una búsqueda común en el momento de buscar una alternativa a la dictadura. Semprún veía ya en 1955 un ambiente de reforzamiento de la posiciones a favor de la democracia: “Se refuerzan en las viejas generaciones liberales y universitarias, se refuerzan en otros grupos de la intelectualidad burguesa, como los orteguistas, algún grupo católico progresista (...) así como otros grupos de ideología más confusa y revuelta (...) Pero por encima de todo, se refuerzan en las nuevas promociones”. Por supuesto, Semprún tenía claro que este cambio de mentalidad arraigaba de forma muy consciente en la labor de los comunistas<sup>127</sup>.

---

<sup>124</sup> Jordi GRACIA, *op. cit.* 2006, pp. 96-97

<sup>125</sup> Felipe NIETO, *op. cit.* pp. 231-232

<sup>126</sup> Jordi GRACIA *op. cit.* 2006, p. 90

<sup>127</sup> Soledad FOX MAURA, *op. cit.* p. 177

Enlazando con lo dicho anteriormente, los jóvenes falangistas comenzaron también a mirar con recelo no solo a Franco, sino a todo lo que Falange tenía que ver en la organización del estado. Al respecto, Sáez Marín escribió: “Me importa España, su juventud, que hemos perdido totalmente, nuestra dignidad de hombres españoles, mi condición de hombre falangista que mantiene la misma insatisfacción que hace veinte años...”<sup>128</sup>. Si esto era un pensamiento más o menos extendido entre aquellos que llevaban tiempo sirviendo al régimen desde dentro, ¿cómo no iba a haber otros que quisieran oponerse diametralmente a la dictadura mediante la militancia en el comunismo? Hastiados de la propaganda franquista que repetía “Franco sí, comunismo no, nada más lógico que darle la vuelta: Franco no, comunismo sí”<sup>129</sup>. Pero no sólo serían los jóvenes falangistas los que tomaron conciencia. Algunos miembros de primera hora como Dionisio Ridruejo o Pedro Laín Entralgo ya tenían bastante claro, hacia la década de los cincuenta, que el franquismo no ofrecía ninguna evolución posible. El propio Ridruejo había sido consciente desde el final de la guerra civil de que Franco no iba a seguir los preceptos de Falange: “No teníamos contra Franco ningún prejuicio absoluto, pero de ningún modo lo consideramos nuestro”<sup>130</sup>. No mucho después, en 1942, le escribió una carta al Caudillo sin ningún rasgo de pleitesía, sugiriéndole que muchos como él preferirían una dictadura militar pura en vez de “esta cosa que no hace sino turbarnos la conciencia”. Este supuso un momento clave en la evolución política de Ridruejo, demostrando que en un primer momento no se desvinculó del régimen por demócrata sino por fascista<sup>131</sup>. Pero tras vivir una serie de destierros obligados y desencantos y asumir también los errores y la violencia que su ideario había desatado en España —fruto de una profunda reflexión interior—, dejaba escrito en 1951 que se encontraba “radicalmente distanciado” de sus posiciones originales<sup>132</sup>.

La progresiva concienciación de todos estos grupos dejaba patente que se veían a sí mismos como una generación distinta a la Guerra Civil, capaz de dejar atrás los errores de sus padres para construir algo nuevo y mejor, algo que trajera unidad y olvidara el enfrentamiento pasado. Idea que sería claramente retomada durante la Transición, lo que tiene sentido ya que sería construida por muchos de esos mismos

---

<sup>128</sup> Jordi GRACIA *op. cit.* 2006, p. 78

<sup>129</sup> Santos JULIÁ, *Camarada Javier Pradera*. Barcelona, Galaxia Gutemberg, 2012. p. 43

<sup>130</sup> Dionisio RIDRUEJO, *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 172

<sup>131</sup> Francisco MORENTE, *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis, 2006, p.

15

<sup>132</sup> *Ibíd.* p. 394



estudiantes. El propio Indalecio Prieto, desde el exilio, había visto también en esta generación una nueva oportunidad de acabar con la dictadura. Sin importar la posición que sus padres habían ocupado durante la guerra, estos jóvenes de la “casta dominadora” habían elegido formar parte de la “casta dominada”, o mejor dicho, “unirse a ésta para crear una nueva situación en la que no haya castas, sino solo ciudadanos libres, de un país libre”<sup>133</sup>.

Federico Sánchez se mostraba tremendamente ilusionado en 1955 por la acción que empezaba a llevar a cabo junto a los jóvenes comunistas, que ganaban adeptos incluso dentro del SEU<sup>134</sup>. Ese año fallecía también Ortega y Gasset, y en su funeral una vez más los estudiantes dejaban clara su disidencia difundiendo por las facultades un recordatorio sin cruz y que calificaba al pensador con una palabra maldita para el franquismo: filósofo liberal español<sup>135</sup>. Para hacerse una idea del debate intelectual “oficial” que existía en España sirve como ejemplo el recogido por Santos Juliá acerca de la discusión que levantaba la filosofía de Ortega en la segunda mitad de la década de los cincuenta, a la que se acusaba de ser “una fábrica de rojos”<sup>136</sup>.

1955 fue también la fecha en la que España fue admitida en la ONU, lo que fue percibido por el PCE como un breve avance en el camino que culminaría con la democratización del país<sup>137</sup>. Pero un sector dentro del Partido, encabezado por *Pasionaria*, no encontró nada positivo en la resolución de la ONU, a la que calificó de “ataque a la legalidad republicana encarnada en el exilio”<sup>138</sup>.

Lo que no supo ver en ese momento Dolores Ibárruri es que para las acciones en el interior los exiliados contaban poco. La República era algo tan viejo<sup>139</sup> y lejano como Franco, y casi sonaba igual. Los movimientos que estaban surgiendo en España se identificaron por vez primera como “generación ajena a la Guerra Civil”, definiéndola en uno de sus manifiestos como “inútil matanza fratricida”<sup>140</sup>. Las acciones conjuntas que iban a unir a jóvenes falangistas con jóvenes comunistas no podían tomar en cuenta conceptos por los que España se había roto, ya que ahora se estaban ocupando de

---

<sup>133</sup> Santos JULIÁ, *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, p. 442

<sup>134</sup> Jorge SEMPRÚN, *Autobiografía de Federico Sánchez*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1977, p. 227

<sup>135</sup> Jordi GRACIA *op. cit.* 2004, p. 278

<sup>136</sup> Santos JULIÁ, *op. cit.* 2004, p. 387

<sup>137</sup> *Mundo Obrero* hablaba en su nº 2 de enero 1956 acerca de que la admisión en la ONU no suponía un triunfo para Franco sino un apoyo para las fuerzas democráticas. La Unión Soviética había demostrado que no tenía ningún plan secreto de actuación en España y se abonaba así el camino para la paz.

<sup>138</sup> Santos JULIÁ, *op. cit.* 2004, p. 228

<sup>139</sup> Santos JULIÁ, *op. cit.* 2012, p. 58

<sup>140</sup> Santos JULIÁ, “Nuestra guerra”, *El País*, 23/03/2019.

[https://elpais.com/elpais/2019/03/22/ideas/1553266186\\_419791.html](https://elpais.com/elpais/2019/03/22/ideas/1553266186_419791.html) Consultado el 05/04/2019.

volverla a unir. La visión optimista de los comunistas se vio todavía más reforzada cuando se percataron de que también había gentes anteriormente identificadas con el régimen que buscan ahora cambiarlo. El PCE no quería convertir a los falangistas o católicos en comunistas, sino que necesitaba que se identificaran como lo que eran a la hora de protestar contra el régimen para demostrar la inestabilidad en las bases del mismo. La acción emprendida para conseguir una democracia en España contó así con la participación de personas que iban desde el falangismo al comunismo, pasando por católicos, monárquicos y democristianos y sin contar a republicanos, socialistas o comunistas. Las predicciones de Carrillo y su camarilla eran que de esta forma podrían ganarse incluso a la pequeña y mediana burguesía capitalista, opuesta a los viejos latifundistas y monopolistas que parecían copar el poder económico del franquismo<sup>141</sup>.

La unión a la que llegaron las diversas fuerzas de la oposición se vio reflejada en las protestas que tuvieron lugar a comienzos de 1956 en la Universidad de Madrid. Acontecimiento histórico ya que también tomaron parte los hijos de los vencedores en 1939, que se sentían igual de asfixiados y desolados que el resto de sus compañeros<sup>142</sup>. El Frente Universitario Español presentaba sus intenciones en un documento bajo el título *Propósito fundamental* en el que se exigía liquidar la guerra civil mediante la concordia nacional así como cualquier otro rastro de conflicto civil que el país venía arrastrando desde el siglo XIX<sup>143</sup>. Ridruejo recordaba casi diez años después que lo ocurrido en 1956 marcó una nueva etapa en la oposición antifranquista<sup>144</sup>, que comenzó a saber entremezclar conceptos de la lucha clásica con otros de una más novedosa<sup>145</sup>. El conflicto armado se había demostrado en fracaso, pero tampoco se podía esperar a que el régimen se reformara a sí mismo. Quedaba claro que lo que antes se adivinaba como pequeños movimientos internos era ya un posicionamiento claramente marcado contra la dictadura, que veía enfrente de ella a sus propios hijos. Aunque una minoría radical seguía defendiendo los intereses del régimen. Laín Entralgo, por entonces rector de la Universidad, relata un episodio en el que varios falangistas exaltados irrumpieron en las

---

<sup>141</sup> Santos JULIÁ, *op. cit.* 2012, pp. 66-67

<sup>142</sup> Santos JULIÁ, *Transición*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017, p. 216

<sup>143</sup> Santos JULIÁ, *Nosotros, los abajo firmantes*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, p. 389

<sup>144</sup> Sánchez Dragó recordaba, con motivo del fallecimiento de Semprún, la enorme influencia este que había ejercido sobre los estudiantes de entonces: “No creo que ninguno de ellos, entre los que siguen vivos, me lleve la contra si sostengo que sin él, sin Federico Sánchez, que luego, misteriosamente, pasó a llamarse Agustín, no se habría producido la gran algarada antifranquista de febrero del 56”. En Fernando SÁNCHEZ DRAGÓ, “¿Jorge o Federico?”, *El Mundo*, 08/06/2011.

[https://www.elmundo.es/especiales/2011/06/cultura/jorge-semprun/firmas\\_sanchez\\_drago.html](https://www.elmundo.es/especiales/2011/06/cultura/jorge-semprun/firmas_sanchez_drago.html)

Consultado el 23/07/2020

<sup>145</sup> Dionisio RIDRUEJO, *Escrito en España*, Buenos Aires, Losada, 1964, p. 119

instalaciones universitarias con porras para ensañarse especialmente con los locales del SEU. Tras esta acción cantaron el “Cara al Sol” y expresaron que repudiaban al Estado que desunía a la juventud. “Pero ese Estado; ¿no era el suyo, el de Franco y la Falange unificada que él había urdido veinte años antes?”<sup>146</sup>, se preguntaba Entralgo.

Estos actos no solo terminaron con el cierre temporal de la Universidad, sino que muchos de los participantes de la rebelión acabaron en la cárcel, desde Dionisio Ridruejo de Falange a Enrique Múgica del PCE. Las protestas también se saldaron con el cese del Ministro de Educación Joaquín Ruiz Giménez, que llevaba desde 1951 tratando de generar un ambiente que asentara unas ciertas condiciones de aperturismo dentro de la universidad española, y con el de Pedro Laín Entralgo<sup>147</sup> como rector de la universidad. Con esta acción el régimen liquidaba todos los intentos de “cualquier reformismo político, cultural o ideológico”<sup>148</sup>. El rechazo del régimen a cualquier rasgo de intelectualismo liberal era tal que hasta los padres del krausismo eran considerados subversivos<sup>149</sup>. Aun así los apoyos no tardarían en dejarse ver, y la protesta de los estudiantes llenó de esperanza a buena parte de las generaciones anteriores que, estando en el exilio o en el interior del país, comenzaron a adivinar “el principio del fin”. Un fin llevado a buen término gracias a unos jóvenes que terminarán con la Guerra Civil<sup>150</sup>, como escribió Vicens Vives a finales de 1956. Llenos de gratitud, los exiliados protestaron formalmente por las detenciones llevadas a cabo por el régimen en una carta firmada incluso por Pablo Picasso:

Con emoción y orgullo, los intelectuales españoles exiliados hemos conocido la noticia de las espléndidas manifestaciones estudiantiles de Madrid contra la tiranía. Y con indignación profunda las que nos informan de las detenciones, sanciones y destierros de que Franco hace víctimas a destacados intelectuales, representantes de la oposición liberal y a jóvenes universitarios insertos en el movimiento antifranquista y democrático. A todos ellos les enviamos nuestro mensaje de solidaridad. A todos ellos les aseguramos que, en las tierras del exilio, nos esforzaremos por promover la protesta de la

---

<sup>146</sup> En Pedro LAÍN ENTRALGO, *Descargo de conciencia*, Barcelona, Barral Editores, 1973, p. 420

<sup>147</sup> En sus memorias Entralgo menciona cómo, al iniciarse el curso 1956-1957, decidió acudir a la ceremonia de apertura sólo para encontrarse con que su sustituto fingía no conocerlo. En Pedro LAÍN ENTRALGO, *op. cit.* p. 395

<sup>148</sup> Jordi GRACIA *op. cit.* 2004, p. 273

<sup>149</sup> Ignacio PEIRÓ, *op. cit.*, p. 45

<sup>150</sup> Jordi GRACIA *op. cit.* 2004, p. 219

intelectualidad democrática contra estos nuevos desmanes represivos que, queriendo ser un acto de fuerza, acusan la agónica debilidad del régimen<sup>151</sup>.

La respuesta de la dictadura fue un discurso de Franco pronunciado en julio de ese mismo año. El Caudillo rescataba todo el abanico de falsedades y mentiras que habían abonado la propaganda del régimen en contra de la República y de los “antiespañoles”. Procuraba dejar claro que la guerra civil había sido una “cruzada de la Liberación” no sólo contra los “rojos” o la “anti-España”, sino que había significado una contienda en la que se decidía “la Unidad y la Independencia de España contra la escisión del territorio y la sumisión a Moscú”. Por último parecía advertir a todos aquellos que vieran con buenos ojos las acciones de la oposición: “Ante cualquier movimiento intelectual, político, laboral o religioso hay que preguntarse dos cosas: ¿Qué representa ese movimiento en relación con la unidad de España? ¿Qué representa ese movimiento en relación con la independencia de España?”<sup>152</sup>. Las palabras de Franco despejaban cualquier duda acerca de las opciones integradoras del régimen y ponían de manifiesto su intención de mantenerse inmóvil. Pero la recuperación de un lenguaje tan belicoso también dejaba ver la preocupación que las acciones de los estudiantes habían levantado en la cúpula de la dictadura, que comenzaba a percatarse de que sus bases podían no estar tan fijas como se esperaba. En sus memorias, Ridruejo definía esta reacción del régimen como “un espectáculo de confusión y temor difícilmente subsanable”<sup>153</sup>.

Los resultados de 1956 aumentaron una especie de creciente optimismo que se generalizaría todavía más gracias a una nueva estrategia en la política del PCE bautizada como “reconciliación nacional”. Ideada por Ibárruri antes de abandonar la presidencia del Partido y retomada por Santiago Carrillo —su sucesor— y Fernando Claudín en mayo de 1956, venía a institucionalizar a nivel de partido la idea compartida entre los jóvenes estudiantes españoles en referencia a la búsqueda de una salida común al régimen de Franco. Para ello el PCE mostraba también la necesidad de acabar con el espíritu de guerra civil y posteriormente establecer un marco que pudiera englobar a todos los españoles<sup>154</sup>. Juan Rejano decía al respecto en el Pleno del Comité Central del

---

<sup>151</sup> Santos JULIÁ, *op. cit.* 2014, p. 379

<sup>152</sup> “Escarmiento de España”, *ABC*, 21/07/1956, p. 20

<sup>153</sup> Dionisio RIDRUEJO, *op. cit.* 1976, p. 354

<sup>154</sup> Felipe NIETO, *op. cit.* p. 295

PCE, realizado durante el verano de 1956, que no era necesario plantear una nueva guerra civil en España ya que los únicos que seguían imbuidos por un “espíritu fratricida” eran Franco y su cohorte. La dureza del régimen, no obstante, no le había permitido mantener una base social que se encontraba ya en descomposición. Por ello la política de la Reconciliación nacional iba a triunfar, porque permitía acercar la fecha de la llegada de la democracia a España y además servía como “instrumento de educación” para poner fin a cualquier intento de conflicto civil futuro<sup>155</sup>. No quedaba ninguna duda sobre el apoyo total que las bases del Partido mostraban al proyecto que pondría fin a la dictadura. Este apoyo no solo vendría desde el ámbito comunista, sino que encontraría la aceptación de gente como Dionisio Ridruejo, que en su *Escrito en España* recordaba que la reconciliación nacional era una propuesta “incuestionablemente oportuna y aceptable” a la hora de plantear una salida a la dictadura que no pasara por el conflicto civil<sup>156</sup>.

En junio de ese mismo año Radio Española Independiente anunciaba la declaración del Partido Comunista de España bajo el lema “Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español”. En el documento, se analizaban los distintos factores que habían permitido llevar a cabo esa decisión —desde la actitud de las fuerzas políticas exiliadas a la evolución de la sociedad española, pasando por la situación pacífica internacional con la URSS como gran mediadora por la paz— y se descubrían las grietas del régimen en forma de pérdida de apoyos, que iban desde un sector de los monárquicos hasta los falangistas desencantados como Ridruejo y Entralgo. Los objetivos para conseguir el fin de la dictadura pasaban por unir a todo el conjunto de las fuerzas opositoras —“Nadie hubiera podido concebir en 1936 una colaboración sobre la base de objetivos concretos, entre la CEDA, por ejemplo, y republicanos de izquierda, socialistas y comunistas. Sin embargo, esa colaboración (...) aparece hoy como una posibilidad real y como una necesidad”, precisaba la declaración—, y conseguir un apoyo social relevante en el interior de España<sup>157</sup>.

En estas formas de proceder del PCE se adivinaba una especie de solapamiento entre los grupos de jóvenes que actuaban en el interior de España y la camarilla del

---

<sup>155</sup> Manuel AZNAR SOLER (eds.), *Juan Rejano. Artículos y ensayos*, Sevilla, Renacimiento, 200, pp. 266-267

<sup>156</sup> Dionisio RIDRUEJO, *op. cit.* 1964, p. 264

<sup>157</sup> *Declaración del Partido Comunista de España. Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español*, junio de 1956, <http://www.filosofia.org/his/h1956rn.htm>  
Consultado el 17/05/2020

Partido en el exilio, que trató de capitalizar los avances conseguidos y dirigirlos hacia donde se considerara oportuno. De hecho, en 2011, Carrillo se seguía reconociendo como el ideólogo de la reconciliación nacional<sup>158</sup>. Por su parte, la buena labor de Semprún en el marco de coordinación de la resistencia clandestina en Madrid le valió pasar a formar parte del Comité Ejecutivo del Partido<sup>159</sup>. Los tiempos parecían por fin ofrecer un sustento a las maniobras de los comunistas en España, que conseguían aglutinar a la perfección cualquier reacción contraria a la dictadura. En 1951 ya se había producido una más que notable movilización popular en Barcelona, en forma de huelga, por el aumento de las tarifas del tranvía, acción que según la prensa extranjera llegó a contar con casi medio millón de participantes<sup>160</sup>. Cinco años después y al calor de los sucesos universitarios de 1956, la situación económica y social de los españoles no parecía haber mejorado. A finales de 1955 Carlos Esplá, antiguo político republicano y periodista exiliado en los Estados Unidos, anotaba en su diario: “Carestía de vida en España: Se necesitan dos o tres empleos para vivir peor que antes. Hay una inflación galopante”<sup>161</sup>.

Carrillo y el PCE parecían encontrarse en el momento idóneo para poner fin al franquismo y conseguir un cierto reconocimiento entre el resto de las fuerzas políticas del exilio. Contaban no sólo con el trabajo que estaban llevando a cabo los militantes clandestinos sino que además veían a su lado a una parte importante de la población española entre la que se encuentra un grupo relevante de desafectos del régimen.

---

<sup>158</sup> Con motivo de su aparición en el documental *Queridísimos intelectuales (Del placer y el dolor)*. Dirigido por Carlos Cañeque. Anareia Films, 2011

<sup>159</sup> Soledad FOX MAURA, *op. cit.* p. 182

<sup>160</sup> Carme MOLINERO y Pere YSÀS, *op. cit.* pp. 19-20

<sup>161</sup> Carlos ESPLÁ, *Mi vida hecha cenizas*, Sevilla, Renacimiento, 2004, p. 140

### 4.3. Un exceso de optimismo. La JRN y la HNP (1958-1960)

Tras un breve periodo de tiempo en el extranjero Semprún volvió a España en 1956, donde se percató del pequeño estancamiento que había sufrido su misión con motivo de las detenciones de febrero del mismo año. Aun así retomó su ronda de contactos con los principales cabecillas del mundo universitario, gracias sobre todo a Javier Pradera, que le presentó a Ridruejo, Vicente Girbau de la ASU<sup>162</sup> o al mismo José María Gil Robles. El buen hacer de Pradera será recordado por Semprún como “una ayuda inestimable por su calidad y su visión de la realidad española”<sup>163</sup>. En este ambiente de conversaciones, negociaciones y pactos en los que Semprún iba y volvía de España constantemente, el PCE presentó lo que debería ser un nuevo golpe a la dictadura: la Jornada de Reconciliación Nacional o JRN. Este nuevo proyecto venía dado por la reunión del comité central en 1957, en el que Carrillo quiso dar solución al sector mexicano del Partido, del que se dudaba constantemente por su visión heterodoxa y su falta de intenciones a la hora de movilizar a la militancia<sup>164</sup>. Para acabar con cualquier rastro de disidencia se les exigió que dejaran de lado las críticas y que se sumaran a la iniciativa de la JRN<sup>165</sup>.

Una vez solucionado el asunto mexicano, el PCE se zambulló de lleno en la preparación de la JRN, recalcando en todo momento su carácter pacífico y su intención de congrega a todas las fuerzas posibles. Su puesta en práctica se pospuso debido a otra oleada de detenciones a comienzos de 1958<sup>166</sup>, durante las cuales se plasmó la obsesión de la Dirección General de Seguridad respecto a la identidad de Federico Sánchez, del que no volvieron a saber nada hasta 1963<sup>167</sup>. A pesar de todo será un duro golpe para Semprún y su actividad ya que Javier Pradera pasará casi un año —de enero a noviembre de 1958— en prisión. Y no solo será un golpe por la función que cumplía Pradera a la hora de concertar citas y posibilitar encuentros, sino que su estancia en la cárcel le permitió tanto a él como a otros jóvenes percatarse del exceso de optimismo que el PCE había depositado en la JRN por un mal cálculo respecto a la situación de la

---

<sup>162</sup> Asociación Socialista Universitaria, otra de tantas agrupaciones estudiantiles que ayudarían al PCE en su acción en el interior

<sup>163</sup> Felipe NIETO, *op. cit.* p. 321

<sup>164</sup> Jorge de HOYOS PUENTE, *La utopía del regreso. Proyectos de Estado y sueños de nación en el exilio republicano en México*, Santander, Universidad de Cantabria, 2012, p. 311

<sup>165</sup> Felipe NIETO, *op. cit.* p. 337

<sup>166</sup> Carlos Esplá escribiría en su diario acerca de las noticias que le llegaban sobre las detenciones de este año: “Al pasar se oye una voz: ¡Viva la Unión Soviética! (por esto han detenido en Madrid a unos cincuenta estudiantes, entre ellos al nieto de Victor Pradera y un tal Sánchez Dragó), *op. cit.* p. 198

<sup>167</sup> Felipe NIETO, *op. cit.* pp. 341-342

sociedad española<sup>168</sup>. Pero el Partido seguía viendo que la situación en España era inmejorable a la hora de llevar a cabo una movilización como la que se esperaba. La guerra del Ifni, las huelgas en Asturias y Vizcaya e incluso el acuerdo entre monárquicos carlistas y los partidarios de Don Juan parecían demostrar sin ningún tipo de dudas que la Jornada de Reconciliación Nacional se iba a saldar con un éxito rotundo<sup>169</sup>. Semprún, firmando como Federico Sánchez, explicaba la situación de la Iglesia española, cuya jerarquía se encontraba cada vez más alejada de un sector católico que se posicionaba claramente en contra del franquismo<sup>170</sup>, siendo susceptible de agrandar aún más las filas de las protestas que el PCE estaba preparando.

En abril de 1958 el Partido hacía un llamamiento a “todas las fuerzas políticas y sociales del país” para participar junto a los comunistas en la organización y puesta en marcha de la Jornada, dejando de lado cualquier tipo de rencillas y aclarando la predisposición del Partido a no tomar ningún tipo de protagonismo. Para finales de mes, la fecha ya estaba fijada: “El 5 de mayo ¡Todos a una en la Jornada de Reconciliación Nacional!” podía leerse en la portada de *Mundo Obrero*<sup>171</sup>. El trabajo de Semprún y sus contactos —los que habían conseguido esquivar la cárcel— fue incesante, obligados a organizar los preparativos de la mejor forma posible a la vez que debían actuar con pies de plomo para evitar cualquier tipo de detención, aunque Semprún, o Sánchez, se movía por Madrid como quería. Domingo Dominguín recordaba cómo en casa de su padre se habilitó una especie de zulo en el que Semprún pudiera ocultarse en caso de ser detectado o perseguido por la policía. A pesar de todo el tiempo que Semprún trabajó en la capital, ese escondite nunca fue usado<sup>172</sup>. Esta suerte fue también producto de esos “silencios multiplicados” que Semprún honraba décadas después, agradeciendo que sus diez años de libertad en España fueron gracias a los que jamás revelaron nada a la policía, incluso bajo tortura<sup>173</sup>.

Pese a todas las dificultades y contratiempos, la Jornada seguía adelante. Con este tipo de actuación el PCE se aseguraba también de hasta qué punto llegaba la capacidad de respuesta de la oposición antifranquista en el interior de España al mismo tiempo que obligaba a un estado que quería abrirse al mundo a enroscarse en un ciclo

---

<sup>168</sup> Santos JULIÁ *op. cit.* 2012. p. 83

<sup>169</sup> *Mundo Obrero*, nº 7, 15 de marzo de 1958

<sup>170</sup> Federico SÁNCHEZ, “La Iglesia española y la paz”, *Mundo Obrero*, nº 8, 31 de marzo de 1958

<sup>171</sup> *Mundo Obrero*, nº 10, 30 de abril de 1958

<sup>172</sup> Soledad FOX MAURA, *op. cit.* p. 184

<sup>173</sup> Jorge SEMPRÚN, *Ejercicios de supervivencia*, Barcelona, Tusquets Editores, 2016, p. 58



represivo<sup>174</sup>, lo que volvería a manchar la imagen pública de la dictadura y alentaría de nuevo a la protesta internacional. El llamamiento a participar en la Jornada ya no iba dirigido solamente a los sectores politizados, sino que se apelaba a las mujeres, a los estudiantes, a los trabajadores, a los comerciantes e industriales, e incluso a los miembros del Ejército, la Guardia Civil y la Policía, a los que se recordaba que participar en la movilización no requería de identificarse con un partido concreto sino que se buscaba denunciar la situación del país. El PCE buscaba prácticamente el apoyo de todos los sectores de la sociedad española.

Tras el 5 de mayo quedó patente que la estrategia del Partido no había sido la correcta a la hora leer bien las señales del interior, pues la Jornada resultó en un fracaso absoluto. Manuel Sacristán entendió que el fallo residía en que:

La idea de reconciliación nacional es eminentemente política y en esa formulación resulta seguramente adecuado el trato con los demás partidos, pero no para ser presentada a la masa obrera. Pensamos ahora (es decir, no se nos ocurría antes) que quizás sea excesivo pedir al proletariado “reconciliación” con la burguesía, y que acaso sea incluso un exceso que supone una falta de seriedad ideológica<sup>175</sup>.

Esto no fue un impedimento para que Carrillo definiera este acto como “el primer movimiento político nacional contra la dictadura”<sup>176</sup> que vendría a culminar las protestas aisladas que se venían dando desde los inicios de la década en sectores como el del transporte o la industria. Además era “la primera vez que las masas se habían movido por objetivos políticos, no solamente económicos, pronunciándose abiertamente contra la dictadura (...) La conclusión no podía ser otra que mirar hacia delante y marchar todos unidos hacia un gran movimiento de masas que ponga fin a la aborrecida dictadura y traiga el triunfo de la libertad y la democracia”<sup>177</sup>. A pesar del discurso del Partido y la gran movilización que se había puesto en marcha para llevar la acción a buen puerto, la JRN apenas fue percibida por la población española. En *Mundo Obrero* se trataba de salvar la situación comentando la gran participación que había encontrado

---

<sup>174</sup> Carme MOLINERO y Pere YSÀS, *op. cit.* p. 27

<sup>175</sup> Manuel GUERRERO BOLDÓ, “Rossana Rossanda, la Política de Reconciliación Nacional y la oposición antifranquista”, *Nuestra Historia*, nº 6, 2018, pp. 35-54

<sup>176</sup> Felipe NIETO, *op. cit.* p. 344

<sup>177</sup> De la Declaración del PCE sobre la Jornada de Reconciliación Nacional en *Mundo Obrero* recogida en Juliá, Santos. *Camarada Javier Pradera*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012. p. 84

la JRN en los sectores industriales de muchísimas ciudades españolas. Por tanto, los objetivos de la movilización se daban por cumplidos y se demostraba la falta de bases del franquismo, que no podía organizar a nadie en la calle como respuesta<sup>178</sup>. Estas deducciones tan positivas en cuanto al apoyo recibido chocan cuando al final del mismo texto puede leerse que la Jornada de Reconciliación Nacional había servido como ensayo para “un gran movimiento nacional” que una a todas las fuerzas opositoras, ya que en un inicio ese argumento era uno de los principales para llevar a cabo un proyecto como el de la Jornada. Por su parte, Dolores Ibárruri elogiaba la unión vista entre los trabajadores y los sectores de la pequeña y mediana burguesía, demostrando que había opciones para derrocar pacíficamente a Franco<sup>179</sup>. En la misma publicación Santiago Carrillo cargaba contra aquellos que denunciaban el proyecto pacífico de la huelga, aludiendo a que si la Jornada “había sido un éxito” era, precisamente, por su pacifismo. Jorge Semprún buscaba también rebajar tensiones cuando publicaba un artículo acerca de la necesaria unión entre las fuerzas de izquierda y las conservadoras, que cada vez se sentían más alejadas de un dictador que no hacía más que reafirmar su carácter vitalicio y no daba espacio a ningún tipo de reforma buscada por monárquicos o ultraderechistas. Antes esta situación se dejaba claro que el único camino para la democracia era el iniciado por la JRN<sup>180</sup>.

Esta especie de falseamiento de los hechos solo llevó a Carrillo y a los dirigentes comunistas a planear algo todavía mayor y que resultaría en un fracaso más estruendoso: la Huelga Nacional Pacífica.

La Huelga Nacional Pacífica, o HNP, o Hache Ene Pe fue el siguiente movimiento del PCE a la hora de demostrar nuevamente el apoyo que toda la sociedad española confiaba a la oposición antifranquista, traducida en la unión de todo tipo de fuerzas políticas que acabarían por canalizar la democratización del país. Esto puede deberse, en parte, al aislamiento que sufría el Partido a nivel del exterior, ya que siempre era excluido cuando otras fuerzas políticas se reunían a la hora de decidir la salida a la dictadura, como ocurrió en 1959 en el conocido como Banquete de Menfis o como pasaría en lo que la dictadura calificó como “contubernio de Múnich” en 1962<sup>181</sup>. Esta situación puede entenderse como la detonante a la hora de que Carrillo y su

---

<sup>178</sup> *Mundo Obrero*, nº 11, 12 de mayo de 1958

<sup>179</sup> Dolores IBÁRRURI, “Un plebiscito nacional contra la dictadura franquista”, *Nuestra Bandera*, nº 21, julio de 1958

<sup>180</sup> Federico SÁNCHEZ, “Una lección que puede ser útil”, *Mundo Obrero*, nº 14, 30 de junio de 1958

<sup>181</sup> Felipe NIETO *op. cit.* pp. 356-357

camarilla buscaran la realización de acciones de mayor envergadura en suelo español, apelando siempre al deseo de las masas. Esta nueva idea de la HNP tuvo incluso la oposición de Dolores Ibárruri, a la que Semprún recuerda “intentando convencer a Carrillo a través de repetidas cartas (...) de la necesidad de renunciar a esta consigna”<sup>182</sup>. Pero Carrillo estaba dispuesto a sacar el proyecto adelante y Semprún, como hasta el momento, cumplió su cometido a la hora de movilizar en Madrid a los efectivos necesarios. Actitud que posteriormente el propio Semprún emborronaría en cierto modo en su *Autobiografía de Federico Sánchez* mostrándose particularmente crítico hacia la decisión del Partido, siendo que el propio Javier Pradera recuerda cómo fue Federico Sánchez quien “me comunicó personalmente la decisión de separarme del trabajo de la organización” tras las críticas vertidas hacia la HNP<sup>183</sup>. A las tareas de Semprún, que se encargaba de movilizar a los intelectuales y estudiantes, se unió Simón Sánchez Montero, cuya misión era hacer lo mismo con el sector obrero. Ambos, junto con Romero Marín, se reunían una vez por semana para dar cuenta de la situación y de la movilización que se esperaba para la huelga<sup>184</sup>. Una vez más la maquinaria propagandística del Partido se ponía en marcha, y en sus distintos canales de comunicación comenzaban a leerse los diversos apoyos que la huelga iba recibiendo. Se pedía el abandono de los puestos de trabajo, el cierre de los establecimientos y la movilización de todos los sectores de la población —en palabras muy parecidas a las que se habían usado durante el llamamiento a la JRN—. Las protestas contra el régimen venían a su vez refrendadas por un documento que pedía la amnistía para los presos políticos y los exiliados y que firmaban Azorín, Marañón, Calvo Sotelo, Aleixandre, Cela, y Ridruejo, entre otros<sup>185</sup>.

Con la intención de poner fin a su aislamiento el PCE tanteó un posible apoyo del PSOE a la huelga, e imaginando su negativa, los comunistas pudieron una vez más presentarse como el grupo que era atacado igualmente por el franquismo y por el resto de los partidos políticos del exilio. Este nuevo rechazo de los socialistas permitía a Semprún, que una vez más firmaba como Federico Sánchez, recordar a los estudiantes la necesidad de unirse pero no como lo hacía la Unión Democrática de Estudiantes, demasiado ligada al PSOE y condenada a un fracaso que podía afectar al resto de

---

<sup>182</sup> Jorge SEMPRÚN, *op. cit.* 1977. p. 22

<sup>183</sup> Javier PRADERA, “La extraterritorialidad de Jorge Semprún”, *Claves de razón práctica*, 2011. Recogida en Santos JULIÁ, *op. cit.* 2012, p. 421

<sup>184</sup> Felipe NIETO, *op. cit.* p. 360

<sup>185</sup> *Mundo Obrero*, nº 11, 30 de abril de 1959

fuerzas estudiantiles. La solución era seguir la política del Partido, que confiaba verdaderamente en la unidad<sup>186</sup>.

El día de la huelga general fue fijado definitivamente el 18 de junio de 1959, y conforme se acercaba esa fecha más crecían las dudas entre algunos de los organizadores. Tras una reunión pocos días antes de celebrarse la HNP, Muñoz Suay<sup>187</sup>, Semprún y Pradera cogieron un taxi y, una vez montados en él, éste último expresó que ya no creía en nada y que la huelga iba a ser un fracaso<sup>188</sup>. A pesar de todos los esfuerzos propagandísticos que el PCE y sus militantes invirtieron en anunciar lo que iba a suceder el 18 de junio los hechos le terminaron por dar la razón a Pradera. La HNP fue “un fracaso rotundo”<sup>189</sup> en palabras de Jorge Semprún. Por otra parte, Javier Pradera recordaba con Rossana Rossanda —militante comunista italiana enviada por el PCI para investigar la situación española en 1962— cómo la mañana del 18 vio “a un dependiente que levantaba el cierre metálico de la tienda. Después todos los comercios abrieron (...) Todos los autobuses circulaban. Todas las oficinas. Todas las fábricas”<sup>190</sup>. Lo mismo vivió el organizador del Comité de Coordinación Universitaria, Manolo López, cuando junto con un compañero se cansó de esperar a la masa de huelguistas que nunca llegaba. Los dos, solos, se dirigieron hacia Atocha<sup>191</sup>. Por si fuera poco, en los días anteriores se produjeron multitud de detenciones, incluida la de Simón Sánchez Montero un día antes de la huelga, poniendo en riesgo la actividad de Federico Sánchez y Romero Marín. Tras la noticia, ambos decidieron acudir a sus domicilios confiando en que Simón no los delataría<sup>192</sup>. Obraron bien, y a pesar de la tortura jamás se supo quiénes eran o dónde se alojaban. Años después un Sánchez Montero ya libre le diría a Semprún: “Me daba fuerzas pensar que estabas en tu casa”<sup>193</sup>.

Sin embargo el PCE actuó de la misma forma que un año antes y convirtió la HNP en un éxito que las fuerzas democráticas podían apuntarse contra la dictadura<sup>194</sup>,

---

<sup>186</sup> Federico SÁNCHEZ, “Ante un nuevo curso universitario”, *Mundo Obrero*, nº 20, 31 de octubre de 1958

<sup>187</sup> Ferviente cineasta español y militante del PCE, conseguiría desde la productora UNINCI ocultar su papel de reclutamiento de intelectuales en Madrid.

<sup>188</sup> Santos JULIÁ, *op. cit.* 2012. p. 99

<sup>189</sup> Jorge SEMPRÚN, *op. cit.* 1977. p. 93

<sup>190</sup> Santos JULIÁ, *op. cit.* 2012. p. 100

<sup>191</sup> *Ibíd.* p. 101

<sup>192</sup> Felipe NIETO, *op. cit.* p. 363

<sup>193</sup> Jorge SEMPRÚN, *op. cit.* 1977. p. 93. Juan Rejano también le dedicaría un poema que finalizaba diciendo: “A los veinte años de mi destierro y de agonía de España, con España metida entre los huesos y el corazón mirando al horizonte”. En *Nuestras Ideas*, nº 7, diciembre de 1959

<sup>194</sup> Santos JULIÁ, *op. cit.* 2012. p. 103

falseando hasta tal punto la realidad que la misma Dolores Ibárruri renunció a su cargo. Carrillo, en palabras de Fernando Claudín —que en esos momentos era miembro del Buró Político del Partido— comenzaba a delirar<sup>195</sup>. Ni siquiera *Mundo Obrero* podía hablar de la huelga como un éxito: “Esto ha sido como un ensayo general. La próxima nos saldrá mejor” decía el periódico que se escuchaba por Madrid. A pesar de hablar de que la experiencia que había dado la movilización del 18 de junio ya se podía considerar como un golpe a la dictadura, la realidad no dejaba mucho más de donde rascar. Sin embargo, en *Nuestra Bandera* se hablaba muy positivamente de la HNP, alegando a que había servido para unir de una vez por todas a la oposición antifranquista. Se acusaba también a los socialistas de ser los únicos que llamaban “fracaso” a la movilización defendiendo que el camino de la reconciliación era el más rápido para acabar con el régimen de una forma pacífica<sup>196</sup>. Carme Molinero entiende este tipo de reacción por los grandísimos costes humanos que tenía el trabajo clandestino, lo que llevó durante esta etapa a buscar cualquier tipo de aliento siempre que se divisaba el más leve cambio en la sociedad española. El ansia por poder llegar a una estrategia ganadora provocó que “las conclusiones a las que llegaba [el PCE] se caracterizaran por altos niveles de irrealismo político en relación, sobre todo, con la crisis del régimen”<sup>197</sup>

El cuadro que intentaba pintar Santiago Carrillo, creando gigantes a partir de casos aislados, consiguió que muchos de los militantes que actuaban en España comenzaran a dudar de la capacidad de sus dirigentes tras comprobar que apenas conocían la realidad española. A otros como Javier Pradera, que llevaban ya un tiempo poniendo en tela de juicio las decisiones del Partido, acabaron por despejarse las dudas. El PCE entraba en la nueva década de los sesenta con dos rotundos fracasos convertidos dialécticamente en éxitos y con una militancia cada vez más consciente de la incapacidad de Carrillo a la hora de comprender el problema español. Dos meses antes de llevarse a cabo la HNP se había inaugurado el Valle de los Caídos y el mismo año se daría comienzo al Plan de Estabilización. Ambos serían hechos fundamentales en el afianzamiento del régimen y en el desarrollo de la sociedad española bajo la dictadura. Por un lado Franco se consolidaba en el poder, y por otro el conjunto de españoles comenzarían a alcanzar unas cotas de bienestar como nunca habían conocido.

---

<sup>195</sup> Felipe NIETO, *op. cit.* p. 364

<sup>196</sup> Editorial, “Después del 18 de junio: Problemas y perspectivas de la unidad antifranquista”, *Nuestra Bandera*, n° 24, agosto de 1959

<sup>197</sup> Carme MOLINERO, “La política de reconciliación nacional. Su contenido durante el franquismo, su lectura en la Transición”, *Ayer*, n° 2, 2007, pp. 201-225

Ahora habría que esperar a que el PCE fuera consciente del cambio. Cuando Rossana Rossanda vio en 1962 la situación que se estaba viviendo en España se percató de que no existía una clase trabajadora antifascista ni un poder monolítico o un fascismo fragoroso fácilmente reconocible. Ella misma diría que “si alguien hablaba, no sería el pueblo”<sup>198</sup>.

Incluso los jóvenes españoles parecían haberse adaptado a la vida tolerada por la dictadura. Ya en 1959, Alberto Gil Novales le escribía a un conocido confesándole que “esto de la juventud me parece otro mito. Muchos de los jóvenes en cuanto logran una posición se vuelven indiferentes a la suerte del país. No todos, por fortuna”<sup>199</sup>. Conforme avanzara la década de los sesenta, esos estudiantes que habían estado dispuestos a pagar el precio por ser los únicos en reclamar un nuevo país se encontraron adaptados a las formas y costumbres que se esperaban de ellos. Una imagen plausible a la hora de entender esta situación puede encontrarse en la película *Nueve cartas a Berta*, dirigida por Basilio Martín Patino en 1966. El protagonista del film es Lorenzo, un joven salmantino que durante un viaje a Reino Unido conoce a Berta, hija de españoles exiliados, de la que se enamora. A través de una serie de epístolas Lorenzo busca transmitir a su amada cómo es ese país en el que no ha conseguido crecer, haciendo que la realidad española se descubra a través de sus propios pensamientos. En un momento dado, el joven estudiante le escribe a Berta: “Mi padre me lo permite y me perdona todo menos pensar”<sup>200</sup>. Al clima opresivo de la familia, y de la propia dictadura, se une el desinterés y la falta de motivación a la hora de formarse en un país que ya ha marcado el camino a seguir.

---

<sup>198</sup> Manuel GUERRERO, *op. cit.* pp. 35-54

<sup>199</sup> Ignacio PEIRÓ, *op. cit.* pp. 53-54

<sup>200</sup> *Nueve cartas a Berta*. Dirigida por Basilio Martín patino. Eco Films, Transfisa, 1966

#### 4.4. Reconsideración y expulsión. Adiós a Federico Sánchez. (1960-2011)

A pesar de que en *Autobiografía de Federico Sánchez* Jorge Semprún intenta hacer ver que tras lo sucedido en 1959, e incluso antes, comenzó a distanciarse del Partido, el contraste con los hechos demuestra que aún le llevaría un tiempo darse cuenta de la situación fantasiosa que se estaba viviendo dentro del PCE. En su libro escribe la sorpresa que le causó descubrir que un tiempo después de la HNP todos los dirigentes del Partido se habían ido de vacaciones sin ni siquiera haber organizado una reunión del Comité Central<sup>201</sup>, y aunque es cierto que esta actitud sorprende teniendo en cuenta que las dos grandes acciones emprendidas por Carrillo había resultado fallidas, parece olvidar que en 1960 —apenas un año después de la huelga nacional— él mismo pasó el verano junto con Santiago Carrillo y su familia en Crimea. Todavía sorprende más cuando es el propio Semprún el que sitúa en 1960 el momento en el que comenzó a perder el interés por la militancia<sup>202</sup>. Ese sería además el mismo año en el que Federico Sánchez apartaría a Pradera de la organización. Poco tiempo después Pradera escribió una carta al Partido tratando de explicar por qué se había leído mal la situación española, por qué era un error intentar contar con la burguesía nacional a la hora de cambiar el régimen y cómo se podía solucionar la aplicación de medidas con respecto a la acción en el interior. Esta escritura honesta por parte de un joven militante que solo deseaba ayudar fue demasiado para el ego de Carrillo y de la directiva del Partido, que encargaron a Semprún la respuesta para un imberbe que se creía demasiado listo. La carta con la que Semprún contestó a Pradera, firmada por F. Sánchez, está llena de toda la retórica marxista que uno pueda imaginar, y terminó por dar la estocada final a la relación entre Pradera y Semprún, que se enfriará durante mucho tiempo. Este hecho también parece convenientemente olvidado por Semprún en su *Autobiografía de...* que incluso le dedicó a Javier Pradera. Éste se sentiría bastante molesto con la obra, ya que en ciertos momentos parecía que “Jorge ha montado, sobre hechos reales, una historia en la que la acumulación de verdades parciales no da como producto final, paradójicamente, un libro veraz”<sup>203</sup>. En este sentido, Javier Sánchez estudiaba la

---

<sup>201</sup> Jorge SEMPRÚN, *op. cit.* 1977. p. 262

<sup>202</sup> Santos JULIÁ, *op. cit.* 2012. p. 121

<sup>203</sup> Javier PRADERA, “Las verdades parciales de Semprún”, *Cambio16*, nº 317, 1978. Recogido en Santos JULIÁ, *op. cit.* 2012. p. 364

escritura de Semprún como una forma estilizada de contar la verdad, haciendo creíble lo increíble gracias “a su capacidad de otorgar trascendencia y concentrar la experiencia de lo humano trascendiendo su concreción”. La obra de Semprún se asentaría entonces sobre una exposición que, tratando los hechos de la forma más respetuosa posible, rechazaría una verdad “histórica o documental”<sup>204</sup>.

Con el inicio de la década de los sesenta sí que es cierto que en Semprún comenzó a surgir un cierto desasosiego producido por el cambio que se estaba dando en la sociedad española, pero en ningún momento dejó aparcadas sus tareas de militante, como demuestra su intervención en el VI Congreso del Partido, durante la cual propuso una serie de cambios en la forma de actuación en el interior de España. Semprún defendía que si el partido quería conseguir miles de militantes necesitaba cambiar la estrategia de los contactos por la creación de una serie de comités que pudieran mantener una buena comunicación entre sí. Achacaba que había sido esta anticuada táctica la que había provocado que la HNP no se hubiera convertido en un “triunfo arrollador” —habría que ver si siquiera puede considerarse un triunfo—. Semprún finalizaba su intervención dando muestras de confianza en la evolución del Partido y en sus cuadros más jóvenes<sup>205</sup>. Como puede apreciarse, la supuesta desafección de Semprún para con el PCE brillaba por su ausencia.

En estos momentos, y tras los errores de cálculo que llevaron al fracaso de la JRN y la HNP, Federico Sánchez era testigo de una España que comenzaba a urbanizarse y a secularizarse, a rendirse a la sociedad de consumo. Incluso era una España que recibía la visita del presidente Eisenhower, alcanzando un reconocimiento internacional que no había disfrutado anteriormente<sup>206</sup>. Al respecto del aperturismo de los sesenta, Semprún recordaba en una entrevista:

---

<sup>204</sup> Javier SÁNCHEZ ZAPATERO, “Memoria y deshumanización en la narrativa concentracionaria de Jorge Semprún”, *Hispania nova*, nº 1 Extraordinario. Año 2019, pp. 216-233

<sup>205</sup> “Intervención de Federico Sánchez con motivo del VI Congreso del Partido”, *Nuestra Bandera*, nº 25, marzo de 1960

<sup>206</sup> Felipe NIETO, *op. cit.* 2014. p. 370



Un buen día, en la plaza de España, hacia finales de los cincuenta, me di cuenta de que algo había cambiado definitivamente. Había allí chicos y chicas que volvían de pasar el día en el campo, y por su forma de tratarse, por su frescura, por el color de sus ropas y sus ademanes, comprendí que ya no era la España contra la que luchábamos los comunistas. Existía una clase media, ya no eran los tiempos del hambre y de la terrible represión. Había que cambiar de estrategia<sup>207</sup>.

A finales de 1962 Semprún realizaría su último viaje a España diez años después de haberse infiltrado por primera vez en el país para dar inicio a una misión que parecía no haber servido de mucho. Para colmo, Julián Grimau, que ocupó la residencia en Madrid anteriormente habitada por Federico Sánchez, fue detenido pocos días antes de la llegada de Semprún, siendo sometido a una tortura brutal para posteriormente ser ejecutado en abril de 1963. La condena se llevó a cabo a pesar incluso de la protesta internacional<sup>208</sup> y de la acción de los propios exiliados españoles, poniendo de manifiesto que aparte del aparente aperturismo del régimen la dictadura también podía llevar a cabo una represión que recordaba a la de la inmediata posguerra. Esta capacidad de reacción violentísima viene muy bien explicada en el ensayo de Francisco Ayala *España, a la fecha*, aludiendo a que la victoria de los sublevados había traído consigo una especie de venganza secular en la que se practicaba una catalogación de lo que significaba ser español y de aquello que era contrario al carácter natural de la patria. Todo lo que no cupiera dentro de los rasgos de la españolidad debía ser exterminado por completo<sup>209</sup>. Tal impacto causó la ejecución de Grimau en la oposición antifranquista que el mismo día de su muerte Chicho Sánchez Ferlosio, hermano del autor de *El Jarama* y muy próximo a la acción clandestina del PCE, compuso una canción tan

---

<sup>207</sup> Véase en la entrevista a Jorge Semprún “El siglo XX no se puede entender sin la generosidad de los comunistas” de José Andrés Rojo, *El País*, 04/09/2003. [https://elpais.com/diario/2003/09/04/cultura/1062626401\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2003/09/04/cultura/1062626401_850215.html) Consultado el 07/04/2019.

<sup>208</sup> El alcalde de Florencia llegó a decir que este acto “pone el doloroso sello de la sangre sobre el definitivo crepúsculo de una tiranía”. En *Mundo Obrero*, nº extraordinario, abril de 1963. En Francia, dos de las personas que más protestaron para levantar la conciencia de la opinión pública fueron Montad y Signoret, momento en el que establecieron una relación de gran cercanía con Semprún, como demuestran sus futuras colaboraciones en el mundo del cine.

<sup>209</sup> Francisco AYALA, *España a la fecha*, Buenos Aires, Sur, 1965, p. 34

melancólica que no dejaba sitio ni a la reivindicación política: “Silencio de mi tierra, ¡qué amargo sueñas! / Las piedras del camino / hoy sangre llevan, hoy sangre llevan”<sup>210</sup>.

Aduciendo tanto al peligro de ser detenido como al cansancio que producía la vida de clandestino, Carrillo decidió apartar a Federico Sánchez del trabajo en el interior en las últimas semanas de 1962<sup>211</sup>. Según el propio Semprún, Carrillo tenía miedo de la nefasta influencia que podía ejercer sobre el resto de militantes<sup>212</sup>. La tensión entre los antiguos camaradas empezó a dispararse a partir de este momento, Semprún criticó la estrategia del Partido de la misma forma que Javier Pradera lo había hecho años antes, y terminó pagando de la misma manera. Tanto él como Fernando Claudín señalarían, a partir de 1964, aspectos importantes a tener en cuenta a la hora de seguir con la acción en el interior, como el turismo, el aumento de los salarios, la mejora económica tras el Plan de Estabilización<sup>213</sup>... Declaraciones que fueron interpretadas por Carrillo o La Pasionaria como “insultos a la clase obrera”<sup>214</sup> que demostraban poca confianza en el Partido e incluso que podían revelar una naturaleza disidente. Ante la negativa a matizar —cuando no directamente a rechazar— sus posiciones, el Partido decidió expulsar a Claudín y Semprún<sup>215</sup>. Al respecto, Semprún escribió: “Me embargaban en ese momento dos sentimientos contradictorios. Por un lado, la certeza de que se terminaba un periodo esencial de mi vida (...) Por otro, la íntima satisfacción de haber sido fiel hasta el fin de mis convicciones más profundas”<sup>216</sup>. El joven que más de veinte años antes se había unido a la Resistencia salía ahora, ya adulto, del Partido que le había permitido volver al Madrid de sus sueños. La expulsión supuso una auténtica tragedia para Claudín y su familia, que consiguió salir adelante gracias al apoyo de algunos familiares y amigos, entre los que estaba el propio Jorge Semprún. Aun así, y pasado el tiempo, fue un momento que se siguió recordando como un golpe durísimo<sup>217</sup>. Por parte del PCE, aparecía en un pequeño texto de *Mundo Obrero* la siguiente frase: “El Comité

---

<sup>210</sup> La antigua compañera de Chicho recordaba que era la única canción de la que podía decir la fecha exacta de su creación en el documental *Si me borrara el viento lo que yo canto* dirigido por David Trueba en 2019. El título de la canción es *Canción de Grimau* y tuvo un gran éxito en muchos países, pero especialmente en Suecia.

<sup>211</sup> Felipe NIETO, *op. cit.* 2014, p. 415

<sup>212</sup> Jorge SEMPRÚN, *op. cit.* 2016, p. 84

<sup>213</sup> Jorge SEMPRÚN, *op. cit.* 1977, pp. 277-280

<sup>214</sup> Felipe NIETO, *op. cit.* 2014, p. 459

<sup>215</sup> Esta expulsión se produjo en un momento en el que el PCE se enfrentaba a constantes choques internos y disidencias que llevarían, por ejemplo, a la escisión del PCE (internacional) en 1967 o a la ruptura total de algunos veteranos como Enrique Lister a finales de la década. En José Carlos RUEDA LAFFORD, “El PCE y el uso público de la historia (1956-1978)”, *Ayer*, nº 1, 2016, pp. 241-265

<sup>216</sup> Jorge SEMPRÚN, *op. cit.* 1977, p. 291

<sup>217</sup> Soledad FOX MAURA, *op. cit.* p. 211

Central hace un último llamamiento al camarada Federico Sánchez a que se someta a la disciplina del Partido y a que cumpla con su deber de militante comunista”.

La sensación agri dulce que le quedó a Semprún en la espalda la reflejaría en el guion de la película *La guerre est finie*, rodado dos años después de abandonar su militancia. En la película, Semprún volvía a convertirse en un personaje distinto, Diego Mora, exiliado español al que le invade una sensación de abatimiento constante que a la larga acabará produciendo su distanciamiento del Partido y de todo lo que tiene que ver con una huelga que están preparando. Quizás, en cierto modo, Semprún trataba de redimir de esta forma a su otro personaje, Federico Sánchez, que trabajó de lleno en los preparativos de la HNP. El desencanto general que sufre el intelectual, tanto con la realidad española como con la realidad de su partido, se hace patente cuando escribe este monólogo para Diego Mora:

Pobre, infeliz España. Heroica, galante España. ¡Me pone enfermo!  
España está convirtiéndose en la conciencia lírica para toda la izquierda. Un mito para los veteranos de guerras pasadas. Y mientras, catorce millones de turistas van de vacaciones a España cada año. España solo es un sueño para el turista o un mito de la guerra civil (...) España ya no es el sueño del 36 sino la realidad del 65<sup>218</sup>.

A Jorge Semprún empezaba a dominarle un sentimiento que no era nuevo para la mayoría de exiliados que, como él, habían tenido que abandonar España. Con todo, empezó un proceso para legalizar su situación en España, obteniendo por fin el pasaporte en 1969 a pesar de la decepción que le provocaba volver a un país que seguía gobernado por un dictador contra el que había luchado durante diez años. Ahora Federico Sánchez parecía finalmente derrotado y su lucha olvidada. Soledad Fox rescata en su libro una anécdota de la época en la que “una señora de la alta burguesía le comentaba a una amiga que se había descubierto que el famoso líder clandestino del PCE era un Semprún Maura, a lo que su amiga replicó que al final eran los mismos apellidos en todas partes”<sup>219</sup>. Pero Semprún, haciendo gala una vez más de su fortaleza espiritual, asumía su nueva vida:

---

<sup>218</sup> *La guerre est finie* (1966). Dirigida por Alain Resnais y escrita por Jorge Semprún. Edición de regia Films.

<sup>219</sup> Soledad FOX MAURA, *op. cit.* p. 226

Pues bien, sanseacabó. Ya solo era un turista más, un viajero más, un español residente en el extranjero que volvía a respirar los aires de la patria, algo así como un viejo indiano. Cosa de muy poco alcance y de dudosa importancia en realidad. Ya no era más que un escritor francés de origen español. Como para llorar, vamos<sup>220</sup>.

A pesar de su expulsión del Partido Semprún seguía manteniéndose fiel a los ideales que había adoptado veinte años atrás: “No soy un antiguo comunista. Soy un comunista”, recogía *Cuadernos Americanos* en un artículo escrito dos años antes de la muerte de Franco<sup>221</sup>. Su compromiso político quedó patente cuando en el verano de 1972 filmó *Las dos memorias*, una película que contraponía la opinión de personas que habían combatido en los dos bandos de la guerra civil, desde Gil Robles y Ridruejo hasta Federica Montseny o incluso su antiguo camarada Santiago Carrillo. El film no pudo estrenarse hasta dos años después y una noticia en 2011 anunciaba que el negativo, guardado en la Cinemateca Francesa, estaba al borde de la desaparición<sup>222</sup>

A medio caballo entre Francia y España, Semprún siguió cultivando su literatura y su pulsión artística, escribiendo novelas y ensayos semi-autobiográficos al mismo tiempo que ejercía de guionista en varias películas que casi siempre tocaban alguna temática relacionada con el exilio o con su labor dentro del Partido Comunista. Fue durante esta etapa cuando a Max Aub se le preguntó por los jóvenes autores españoles que escribían en castellano. Al aparecer el nombre de Semprún, el anciano escritor respondió que a pesar de acercarse al tema español en varias de sus obras lo hacía casi desde una perspectiva de extranjero. Y aunque conocía muy bien el terreno, porque sin duda lo había vivido, era como si se situara a un nivel distinto de la realidad que estaba observando<sup>223</sup>. Desconociendo casi por completo el trabajo que había desempeñado

---

<sup>220</sup> Ibíd. p. 226

<sup>221</sup> Maryse BERTRAND MUÑOZ, “La Guerra Civil española no ha terminado”, *Cuadernos Americanos*, nº 3, mayo-junio de 1973, vol. CLXXXVIII

<sup>222</sup> A. VICENTE y C. PRIETO, “La memoria de Jorge Semprún, en peligro de extinción”, *Público*, 10/06/2011 <https://www.publico.es/culturas/memoria-jorge-semprun-peligro-extincion.html> Consultado el 22/10/2020. Por suerte, cuando Costa-Gavras, conocido y colaborador de Semprún, llegó a la presidencia de la Cinemateca consiguió que se restaurara el negativo original en colaboración con la Filmoteca Española y la Filmoteca de Catalunya.

<sup>223</sup> Max AUB, *La gallina ciega*, Madrid, Visor Libros, 2015, p. 390

durante tantos años en España, Aub escribía en su diario: “Sí: soy importante para él, pero no ha leído nada mío”<sup>224</sup>.

Con el fin de la dictadura Jorge Semprún se atrevió a escribir por fin acerca de sus tiempos como militante clandestino en la ya mencionada *Autobiografía de Federico Sánchez*, publicada en 1977. La aparición de esta obra levantó no pocas ampollas entre sus antiguos camaradas, aunque en *Mundo Obrero* se podría decir que obtuvo una reseña bastante calmada e incluso positiva. Sí se señalaba que el libro aparecía en un momento en el que la figura de Carrillo parecía estar acosada por todos lados, pero también se apreciaba que no era la obra de un político, ya que este “corrige su memoria cada mañana” mientras que el intelectual “la recupera, esclavo de nostalgias y esperanzas”<sup>225</sup>.

Lo que sin duda fue un hecho sorprendente en la, por otra parte, apasionante biografía de Semprún fue su nombramiento como Ministro de Cultura en 1988 por parte del presidente socialista Felipe González. Su tiempo en el cargo le otorgó la ocasión para tomarse una especie de revancha cuando tuvo un encuentro con un viejo comisario que posiblemente podía haber participado en la búsqueda y captura de muchos de sus compañeros. “Comisario, puede retirarse”, recordaba haberle espetado<sup>226</sup>. Tras dejar el cargo en 1991 continuó dedicándose no sólo a la escritura sino a asegurarse de que lo ocurrido en los campos alemanes jamás se olvidara, gracias en parte a su sentido europeísmo.

Jorge Semprún falleció en 2011 cuando contaba 87 años. Sus restos fueron enterrados en suelo francés pero orientados hacia España, con una bandera republicana sobre su ataúd.

---

<sup>224</sup> Recogido en Manuel AZNAR SOLER (ed.), *Nuevos diarios inéditos [1939-1972]*, Sevilla, Renacimiento, 2003, p. 530

<sup>225</sup> *Mundo Obrero*, nº 47, 24 de noviembre de 1947

<sup>226</sup> Jorge SEMPRÚN, *op. cit.* 2016, p. 96

## 5. Francisco Ayala. La mente del exilio

“Deja de ser tiempo y se hace fechas. Y después el tiempo se hace distancia: cinco años después de la guerra, nueve años después de la guerra, veinte años después de la guerra...”

Jordi García Ascot, *En el balcón vacío*

### 5.1. De Granada a Buenos Aires (1906-1939)

Francisco Ayala García Duarte nació en Granada en 1906, en una familia relativamente acomodada pero caída en desgracia. Por parte de padre era descendiente de terratenientes aristocráticos y su abuelo materno murió siendo rector de la universidad de Granada. Aun así, a comienzos de su carrera su familia había gastado tres fortunas rápidamente, por lo que las condiciones durante su niñez eran precarias<sup>227</sup>. Esto no impidió, por otro lado, que el joven Ayala no tuviera seguro la clase social a la que pertenecía, añadiendo como pequeña anécdota el sentimiento germanófilo que había en su hogar durante la Primera Guerra Mundial y que se daba también entre sus amigos: “como la mayoría de los niños [que] asistimos al colegio de Calderón llevábamos prendida una insignia o distintivo con la bandera imperial alemana, para consternación de las monjas, que eran francesas”<sup>228</sup>. A los dieciséis años se mudó con su familia a Madrid, donde cursó estudios en Derecho y en Filosofía y Letras. Su afición por la lectura le llevó a descubrir a numerosos autores que durante sus años granadinos habían

---

<sup>227</sup> Palabras del propio Ayala en el programa de Televisión Española *A fondo*, realizado en 1977.

<sup>228</sup> Francisco AYALA, *Recuerdos y olvidos*, Madrid, Alianza Editorial, 2011, p. 48

permanecido ocultos para él: Juan Ramón Jiménez, Azorín, Unamuno...<sup>229</sup> procurándole una gran influencia en su posterior producción literaria, ejerciendo de bisagra entre el realismo y la vanguardia por la que tanto se interesó en su juventud.

En el verano de 1924 escribió su primera novela, momento que todavía recordaba tantísimos años después, durante la redacción de sus memorias: “La escribí —me veo escribiéndola— en la mesa del comedor de mi casa —a cuyo balcón nunca dejo de mirar ahora, en la vejez, cuando paso por aquel sitio—, con el calor hermoso del verano madrileño, ardiente pero seco, y en medio del ruido”<sup>230</sup>. Tal fue el éxito y la calidad de su escrito que le valió acercarse a círculos intelectuales como el de Manuel Azaña y a la prestigiosa *Revista de Occidente*, fundada por José Ortega y Gasset en 1923. Allí conocería, entre otras figuras relevantes del panorama cultural español, a María Zambrano, a la que recordaba como “una figura legendaria de rasgos míticos”<sup>231</sup>. Su crecimiento intelectual, y la curiosidad a la que suele ir parejo, le llevaron también a fascinarse por un pequeño invento que había dado la vuelta al mundo: el cine, al que consideraba un elemento fundamental de su generación —“había nacido con nosotros”—<sup>232</sup> y sobre el que escribió varios ensayos como *El cine, arte y espectáculo* o *El escritor y el cine*, todos ellos en una etapa mucho más madura de su vida.

El gran cambio para Ayala, así como un paso indispensable en la evolución de su obra y su pensamiento, fue trasladarse a Berlín en 1929 para proseguir sus estudios, no sin antes pasar por un momento verdaderamente traumático como fue para él el servicio militar, asemejándose con una especie de tortura que no parecía terminar. En Alemania descubrió el ambiente de la República de Weimar, donde brotaba un nacionalismo que apenas podía verse ya que estaba oculto tras un mundo cultural que, como el propio escritor definía, era “el hogar fecundo de tantas obras admirables y respetadas, de tantos sabios filósofos y científicos, los autores de los libros que se traducían en las colecciones patrocinadas, animadas, orientadas o dirigidas por Ortega”<sup>233</sup>. Tras un año en el que Ayala se zambulló de lleno en la literatura vanguardista regresó a España para posteriormente volver al país germano en 1931 y casarse con Etelvina Silva, una estudiante chilena que como él había acudido a Berlín a

---

<sup>229</sup> Santos JULIÁ, *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, p. 229

<sup>230</sup> *Ibíd.* p. 98

<sup>231</sup> Francisco AYALA, *El tiempo y yo, o el mundo a la espada*, Madrid, Visor Libros, 2006, p. 38

<sup>232</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, p. 140

<sup>233</sup> *Ibíd.* pp. 154-155

proseguir su formación académica. Ese mismo año escucharía la proclamación de la República rodeado de amigos y entusiastas. Ayala rememoraba mucho tiempo después un momento ocurrido durante ese día que puede definir a la perfección la actitud independiente y cauta del escritor, ya que fue una pauta que se repitió constantemente durante su exilio y que resulta extremadamente interesante si se compara, por ejemplo, con la emoción desgarrada que podían sentir algunos de sus compañeros como Max Aub o Rosa Chacel. Volviendo atrás, Ayala contaba cómo tuvo que aceptar casi a la fuerza una solapa con los colores de la bandera republicana, ya que “no era cuestión, en aquellos momento de general euforia, de ponerse uno a explicarle a cada cual la resistencia que siempre he tenido a embanderarme, a catalogarme, mi repugnancia a hacer alarde de unas convicciones que, como ellos bien sabían, compartía con “todo el mundo”. Y tan pronto como me vi de nuevo a solas me quité el monito”<sup>234</sup>.

Durante los años de la República realizó el doctorado en Derecho y aprobó las oposiciones a Letrado de las Cortes. Vio también nacer a su primera hija, Nina, en 1934 y fue propuesto de manera unánime para ocupar la Cátedra de Derecho en la Universidad Central de Madrid. Estos momentos de prosperidad y alegría familiar se fueron entremezclando con diversos momentos de crisis social y política conforme se acercaba el fin del proyecto republicano<sup>235</sup>. En 1936 Ayala, junto con Etelvina y Nina, viajó a Santiago de Chile por invitación del Rector de la Universidad. Allí se enteraron, para su consternación, primero del asesinato de Calvo Sotelo y, posteriormente, del intento del golpe de estado producido el 18 de julio. A pesar de que el episodio de la solapa republicana se podría interpretar como una acción de cobardía, la decisión inmediata de Ayala por volver a España para cumplir con su deber demuestra a un hombre seguro y firme en sus ideas que simplemente renegaba de cualquier tipo de ostentación o identificación burda. Tras la noticia del golpe, Ayala viajó a Lisboa para ponerse en contacto con Sánchez Albornoz, quien le dijo que se fuera rápidamente a España ya que todo el personal a sus órdenes, salvo los que tenían acreditación diplomática, los había deportado la policía portuguesa y habían sido fusilados en Badajoz<sup>236</sup>. De esta forma tomó un barco alemán junto con su mujer rumbo a Cherburgo. Durante el trayecto se vieron obligados a esconderse en su camarote,

---

<sup>234</sup> Ibíd. pp. 175-176

<sup>235</sup> Luis GARCÍA MONTERO (ed.), *Francisco Ayala. De mis pasos en la tierra*, Málaga, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 2006, pp. 62-64

<sup>236</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, p. 214



preparados incluso para suicidarse, ya que la embarcación se había detenido en el puerto de Vigo —que en ese momento ya era territorio controlado por las fuerzas golpistas— y un pasajero alemán empezó a obligar a todos los españoles del pasaje a realizar el saludo fascista<sup>237</sup>. A pesar del incidente ambos pudieron regresar a la España que todavía permanecía bajo control del gobierno, tomando Ayala cargo inmediatamente de sus funciones. Durante los años de la guerra se encontraría con Max Aub, quien debido a su conocimiento de varias lenguas, se encargaba de atender a los visitantes extranjeros que buscaban saber más acerca del conflicto, dando lugar a situaciones rocambolescas como el disgusto de una aristócrata francesa ante unas caricaturas de corte anticlerical. Ante esto Aub le confesó “que iba a dimitir de su cargo, que prefería pegarse un tiro en la frente”<sup>238</sup>.

Como en cualquier conflicto armado, y más si se trata de una guerra civil, la inmensa mayoría de personas implicadas pueden contar a uno o varios conocidos y familiares que han muerto, han sido apresados o están desaparecidos. El caso de Francisco Ayala no es una excepción, ya que además de tener a su familia desperdigada por todo el territorio español sufrió pérdidas importantísimas. Su padre, junto con sus dos hermanos, había sido conducido a la prisión de Burgos y fusilado poco después, y a su hermano menor Rafael, que apenas contaba con diecisiete años, lo habían ejecutado por desertar. En medio de la tragedia, Ayala casi agradeció que su madre hubiera fallecido un año antes del inicio de la guerra para evitarse tanto sufrimiento.

Pero no todos los familiares del escritor habían sufrido las penalidades de la guerra. En sus memorias, Ayala recuerda como cuando pudo regresar a España, ya en la década de los años sesenta, estuvo a punto a llamar a la puerta de su vieja casa granadina, pero al final desistió. “¿Para qué? Los viejos habrían muerto hacía ya quién sabe cuánto, y si alguna de las hijas seguía viviendo allí con su propia familia, ¿qué podría significar mi visita? La guerra civil estaba todavía relativamente cercana, y en la guerra civil todos ellos se pusieron, por supuesto, en el bando que les correspondía; y ese bando era el opuesto al mío”<sup>239</sup>. A pesar de los notables esfuerzos que demostró durante la guerra, trabajando en la legación de Praga e intentando conseguir apoyo extranjero para el bando republicano, la victoria del ejército franquista significó para

---

<sup>237</sup> Luis GARCÍA MONTERO (ed.), *op. cit.* p. 70

<sup>238</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, pp. 227-228

<sup>239</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, p. 54

Ayala, como para tantos otros, una condena al exilio. Uno de sus hermanos, Vicente, que también estuvo preso en Burgos junto con su padre y su otro hermano, expresaba años después la sorpresa que muchos vivieron ante la derrota republicana: “No porque creyéramos que los republicanos eran más y más fuertes militarmente, no por eso. Pero veíamos que con los rebeldes estaban los italianos y los alemanes y no podíamos creer que los ingleses y los franceses iban a consentir una cosa que no les convenía, no podíamos creer que nos abandonaran”<sup>240</sup>.

Si durante la mayor parte de su exilio Francisco Ayala se mostró como una figura cauta, reflexiva y paciente, durante la inmediata posguerra sus escritos demuestran un gran orgullo por la resistencia española ante el fascismo, comparándolo con la pobre respuesta que le supieron dar en países como Francia<sup>241</sup>. Este rasgo no deja de ser curioso por la desafección que sentía el autor granadino ante cualquier tipo de exhibición nacionalista, pero si demuestra algo es el gran compromiso que tuvo con el proyecto republicano y con los ideales de intentar modernizar España. Una vez cruzada la frontera con Francia, a la espera de un futuro incierto, Ayala escribía: “toda Francia olía a caca. El estado de descomposición en que se hallaba el país vecino nos levantaba el estómago y nos producía bascas a quienes acabábamos de asistir a la numantina resistencia del pueblo español contra el fascismo”. Pero dando muestras de su fuerte carácter y de su capacidad para analizar cualquier situación, por dramática que fuese, sentenciaba más adelante: “Yo no me hacía ilusiones ningunas acerca del futuro. Sabía que había salido de España para muchísimo tiempo, quizá para siempre, y sin querer engañarme con falsas esperanzas, me dispuse a rehacer mi vida al otro lado del océano”<sup>242</sup>.

Tiempo después, en España, una ficha de la Sección Político Social que recogía información del escritor definía los motivos de su sentencia al exilio: “Francisco Ayala, asociado en la Asociación de Funcionarios Públicos UGT de Valencia”<sup>243</sup>.

---

<sup>240</sup> Luis GARCÍA MONTERO (ed.), *op. cit.* p. 71

<sup>241</sup> *Ibid.* p. 78

<sup>242</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, p. 256

<sup>243</sup> *Ficha de Francisco Ayala García Duarte, 1937-1977*, CDMH, Fondo de la Delegación Nacional de Servicios Documentales de la Presidencia del Gobierno – Secretaría General, Sección Político Social, Fichero nº 5, signatura A0176124. Consultado a través de PARES en 23/09/2020

## 5.2. Pensando el exilio desde Argentina (1939-1949)

La familia Ayala fue una de las afortunadas que pudo partir para América en muy breve tiempo, por lo que apenas conoció el drama que sufrieron otros tantos miles de compatriotas en los campos de concentración franceses. El destino fijado fue Buenos Aires, un lugar que Ayala ya conocía con anterioridad y en el que contaba con importantes amigos. Casi recién llegado encontró trabajo en la revista *Sur* y en el diario *La Nación*. Acomodado entre la clase intelectual argentina y también rodeado de otros compañeros del exilio, el autor comenzó a rehacer poco a poco su nueva vida, pero sin dejar de analizar en ningún momento su condición y lo que significaban el exilio y España. Jordi Gracia lo definió en uno de sus trabajos como “un exiliado frío”<sup>244</sup>, adjetivo idóneo para un hombre que apenas dejó llevarse por la emoción a la hora de escribir sobre su país, sobre América, o incluso sobre sí mismo. En contraste con otros autores que no podían dejar de agradecer a los países latinoamericanos su predisposición a la hora de acogerlos, Ayala escribía en sus memorias:

Lo de la hospitalidad generosa con que tal o cual país acogió a los exiliados españoles es, ha llegado a ser, un lugar común que, como tantos otros tópicos, cualquiera fuere su base de realidad, resulta en último análisis falso, y hasta un poco irritante. En mi personal experiencia, tengo yo que agradecer a varios amigos su buena voluntad, su generosa disposición de ánimo en circunstancias tales o cuales; pero frente a los países donde he vivido no me creo obligado a la menor gratitud ni, por supuesto, autorizado tampoco a emitir la menor queja<sup>245</sup>.

Tampoco guardaba palabras más compasivas para sus compañeros de exilio. Si muchos de ellos sentían ya no solo el desarraigo de haberse vistos obligados a abandonar su país por la fuerza sino la incapacidad de volver a conectar con un público nuevo —que desconocía los códigos de la literatura peninsular—, Ayala les respondía

---

<sup>244</sup> Jordi GRACIA, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004, p. 158

<sup>245</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, p. 267. También es una cita recogida en la obra de Jose María BALCELLS y Jose Antonio PÉREZ BOWIE (eds.), *El exilio cultural de la guerra civil (1936-1939)*, Salamanca, Ediciones Universidad Salamanca, 2001, p. 21

de la siguiente forma en la revista *Cuadernos Americanos* bajo el título *Para quién escribimos nosotros*:

¿Para quién escribimos nosotros? Para todos, y para nadie, será la respuesta. Nuestras palabras van al viento: confiemos en que algunas de ella son se pierdan. Pues la emigración pertenece de lleno, lejos de ser un accidente inconsiderable y accesorio, al destino de la literatura española como le pertenece —lo que no es sino la otra faz de ese mismo destino— al cautiverio de España; pues si hay una llamada España peregrina es, precisamente, porque hay una España cautiva. (...) No olvidemos, por lo pronto —algunos tienden a olvidarlo— que ambas Españas, la peregrina y la cautiva, la fugitiva de sí misma y la aherrojada en sí, se anhelan recíprocamente, víctimas del mismo destino. Olvidarlo, pudiera ser fatal para todos<sup>246</sup>.

En el mismo artículo cargaba también contra una de las posiciones que más aborrecible encontraba: el nacionalismo. Pensar y añorar constantemente a una España que parecía pura y perfecta hizo sentir a Ayala que era necesario analizar desde la distancia la situación que les había llevado a exiliarse. Los lamentos que muchos exiliados proferían hacia su triste destino eran para el intelectual granadino, en parte, una forma de contradecir el ejemplo mundial que había sido España en la lucha contra el fascismo. La idolatría que el exilio rendía a su patria le llevó a escribir: “Y es que aun la universalidad simbolizada por España en la hora de la guerra civil como sujeto de una absoluta demanda moral, proviniendo como provino de la rebuscada apasionada de la “esencia” española, presentaba una proclividad hacia el nacionalismo, es decir, hacia la más cerril negación de lo universal”.

Durante su etapa argentina, a pesar de su prestigio, parecía que no gozaba del mismo respeto que otros colegas que ya habían sido contratados en diversas universidades americanas y trabajaban impartiendo clases y conferencias. Quizás por eso, en 1945, aceptó la petición de un alto funcionario brasileño para impartir clases en

---

<sup>246</sup> Francisco AYALA, “Para quién escribimos nosotros”, *Cuadernos Americanos*, n° 1, enero-febrero de 1949, vol. XLIII, pp. 36-58

Río de Janeiro durante un año. Ayala siguió produciendo una obra literaria casi inabarcable: escribía novelas, ensayos, traducía y colaboraba con multitud de revistas. Fue también en su estancia argentina donde tuvo contacto con el interior de España, por primera vez en varios años, producto de una visita de Dámaso Alonso, al que encontró en un estado de “irritada prevención”<sup>247</sup>. Aunque no lo conocía demasiado sí advirtió severamente los efectos que la dictadura había tenido sobre él, describiendo cómo en cierto momento, tras asistir a un encuentro en el que León Felipe leía un poema de producción propia, Dámaso Alonso se acercó para abrazarle y llorar “sobre sus barbas a aquella España nuestra que —decía— ya nunca volveremos a ver”<sup>248</sup>. El poeta seguramente se sentía también afectado por el desierto artístico que había surgido en España, ya que de sus colegas sólo habían permanecido en España Gerardo Diego, Vicente Aleixandre y él mismo<sup>249</sup>.

Con la década de los cincuenta a punto de comenzar, Ayala empezó a mostrarse profundamente irritado por el peronismo, creador de una “mefítica atmósfera”<sup>250</sup> muy parecida a la que el escritor vivió en Alemania con el auge del nazismo. Decidido a marcharse, concertó un ciclo de conferencias por distintos puntos de América en los que contaba con amigos y conocidos, siendo la primera parada Puerto Rico, lugar que le terminaría por acoger en su segunda etapa como exiliado a partir de 1949. Puerto Rico se acabaría convirtiendo no solo en un periodo de plenitud y satisfacción, sino que significaría el inicio de una toma de contacto con el interior de España a través de estudiantes e interesados en recuperar a sus compatriotas del exilio. Ya en 1953 Jose Luis Aranguren le invitó a colaborar en la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* al mismo tiempo que otros exiliados ya habían tomado parte en otras publicaciones<sup>251</sup>. Todo parecía indicar que en España empezaban a darse las condiciones de apertura necesarias para construir un futuro prometedor, pero, ¿significa eso que se pudiera volver?

---

<sup>247</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, p. 371

<sup>248</sup> *Ibíd.* p. 175

<sup>249</sup> Jordi GRACIA y Miguel Ángel RUIZ CARNICER, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001, p. 151

<sup>250</sup> Raquel MACCIUCI, “Entre líneas: memoria y exilio argentino de Francisco Ayala”, en Miguel CABAÑA BRAVO, Dolores FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Noemí DE HARO GARCÍA e Idoia MURGA CASTRO (coord.), *Analogías en el arte, la literatura y el pensamiento del exilio español de 1939*, Madrid, Doce Calles, 2010, p. 269. En *Recuerdos y olvidos* el propio Ayala compararía al fascismo italiano, al nazismo alemán y al peronismo argentino: “Si el totalitarismo italiano era grotesco, y ahora el totalitarismo alemán era siniestro, el totalitarismo argentino sería abyecto”. pp. 380-381

<sup>251</sup> Jordi GRACIA, *op. cit.* 2004, p. 158

### 5.3. Puerto Rico, Estados Unidos y la promesa del regreso (1949-1960)

A pesar de la impronta de frialdad que suele dejar Ayala en sus propios escritos, para Puerto Rico solo guardaba buenas palabras, fruto sin duda de una experiencia vital que colmó todas sus expectativas: “El país me gustó, en efecto; me gustó su gente, y yo debí de caerle bien a ellos, el rector de la Universidad, Jaime Benítez, me propuso que me quedara con un contrato permanente para organizar el curso básico de ciencias sociales”<sup>252</sup>. Siempre dispuesto a continuar con su labor intelectual, en seguida puso en funcionamiento una publicación universitaria bajo el nombre de *La Torre* a la par que prosiguió escribiendo incansablemente.

Puerto Rico supuso también el reencuentro con algunas de las grandes figuras de la cultura española, en concreto Juan Ramón Jiménez, al que recuerda algo alicaído e incluso obsesivo. Poco después de la llegada del poeta a Puerto Rico, Ayala recuerda cómo Zenobia, acercándose a él y susurrándole, le pidió: “Ayala, por favor, hablele a Juan Ramón de algo relacionado con la literatura para que se distraiga. Está obsesionado con su salud. Dice que se va a morir”<sup>253</sup>. Por otro lado, recuerda también otra faceta de Juan Ramón bastante chocante, y era su capacidad para proferir comentarios hirientes. Aunque nunca se lo comentó a la cara, Ayala supo a través de terceros que el poeta solía decir de él que “aprendió a leer en mi casa; a escribir no, porque nunca ha sabido”. Más allá de la anécdota, sin duda parece que a pesar del respeto intelectual y el cariño que se profesaban, Ayala todavía recordaba muchos años después esa actitud del autor de *Platero y yo*, ya que en una entrevista televisiva, al preguntarle por él, el escritor granadino comentaba: “Muy difícil Juan Ramón Jiménez. Capaz de estar un día entero pensando en una frase para herir a alguien”<sup>254</sup>. En el fondo, ambos pensaban parecido sobre el futuro de España en esos años de exilio, aunque lo sintieran diferente. Para Francisco Ayala la historia demostraba que el liberalismo acababa triunfando siempre en España, con lo que era cuestión de tiempo que el régimen franquista acabara por desintegrarse. Por su parte, Juan Ramón Jiménez consideraba que el cambio se

---

<sup>252</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, p. 383

<sup>253</sup> *Ibíd.* p. 420

<sup>254</sup> Programa de Televisión Española *A fondo*, realizado en 1977

produciría primero en las mentes más jóvenes del interior del país, resurgiendo de las cenizas de la guerra<sup>255</sup>.

No se equivocaba el poeta al afirmar esas palabras ya que durante la década de los cincuenta, como se ha visto, surgió en España una juventud universitaria comprometida que, acompañada por aquellos mayores que no habían marchado al exilio o que cada vez se sentían más alejados del franquismo —el caso de Ridruejo es el perfecto ejemplo—, quiso acercarse a un mundo y a una forma de pensar que la dictadura les había negado. Juan Ramón Jiménez ya se había percatado de este hecho cuando en 1946 le escribió una carta a Carmen Laforet felicitándola por el éxito de su novela *Nada*. Ayala tampoco se había quedado rezagado y, demostrando una amplitud de miras con la que muchos otros exiliados ni siquiera contaban, había empezado a entablar relaciones con el mundo cultural español desde 1948. Poco a poco serán otros muchos autores los que comiencen a vislumbrar un foco de luz en medio de la roca oscura que representaba la Península. Jorge Guillén, Pedro Salinas o Américo Castro entablaron de igual forma comunicaciones con España. Con el paso del tiempo, no sólo formarán parte de revistas como *Ínsula* o *Papeles de Son Armadans*, sino que comenzarán a ver publicadas sus obras gracias al surgimiento de nuevas editoriales como Taurus o Seix Barral<sup>256</sup>. Un tiempo después, en 1961, el propio Ayala le reconocía por carta a Camilo José Cela la labor de su revista: “En cuanto a sus *Papeles de Son Armadans*, es una revista admirable que, desde luego, sigo siempre con el mayor interés. Si tiene usted gusto en ello, me será muy grato darle alguna colaboración”<sup>257</sup>

Aranguren respondió casi directamente al llamamiento hecho por Ayala en 1948 cuando en 1953 escribió: “¿No es absurdo que entre ellos y nosotros esté cortada casi toda comunicación pública? En lo que a nosotros concierne, ¿es hoy tan rica nuestra vida intelectual como para que, sin gravísimo menoscabo, pueda prescindir de la aportación de los emigrados?”<sup>258</sup>. Este espíritu reivindicativo creó una nueva fase de esperanza en el mundo del exilio ya que les brindó la oportunidad de reencontrarse con unos lazos que consideraban perdidos desde hace tiempo. Pero la realidad demostró que a pesar de los intentos de un pequeño grupo intelectual la dictadura seguía pesando

---

<sup>255</sup> Jordi GRACIA, *op. cit.* 2004, p. 256

<sup>256</sup> *Ibíd.* p. 374

<sup>257</sup> Carta de Francisco Ayala a Camilo José Cela, 28/07/1961, en la Fundación Francisco Ayala, [http://www.ffayala.es/epistolario/cartas\\_con/](http://www.ffayala.es/epistolario/cartas_con/) Consultado el 08/08/2020

<sup>258</sup> *Ibíd.* p. 258

demasiado. Así lo demuestra la carta que Américo Castro le escribió a Ramón Menéndez Pidal en 1951, recogida por Jordi Gracia en *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*:

En cuanto a lo [de regresar a España], vamos a dejarlo para otro día. No se trata de gobiernos, sino de poder vivir libremente y no como un apestado o un amordazado (...). Las cárceles morales y espirituales no pueden servirme ya de patria. Lo cual no quita para que entienda y respete a quienes por entender la libertad de otra manera, o por creer en cosas distintas de las mías, no se sientan aherrojados.<sup>259</sup>

En realidad Francisco Ayala tampoco parecía mostrarse demasiado preocupado por regresar a España. Su labor universitaria y las ocupaciones como escritor parecían tenerle sereno y relajado. Él mismo se definía como alguien capaz de adaptarse sin demasiados contratiempos a cualquier país nuevo, aunque sin embargo en otros aspectos podía sentirse profundamente ansioso por motivos que a cualquier otra persona le resultarían indiferentes<sup>260</sup>. A priori esto puede sorprender, ya que en la misma entrevista admitía que “ante un acontecimiento de tan dramática proyección como la guerra civil española (...) es fácil sentir la tentación de explicar el destino personal de uno mediante el magno acontecimiento ligando a él la propia vida. Pero (...) no opera sobre las existencias individuales de manera distinta a tantos otros de importancia quizá menor y aun mínima”<sup>261</sup>. Cuesta comprender cómo una persona que tuvo que exiliarse, y que perdió a amigos y familiares durante el conflicto, otorgue tan poca importancia a un fenómeno sobre el que otros colegas nunca dejaron de reflexionar y que muchos no pudieron superar. Lo que representan las palabras de Ayala es la capacidad pragmática a la que se puede llegar con la suficiente frialdad de pensamiento. Esto no quiere decir que se trate de alguien a quien le ha dejado de importar la existencia de una dictadura — los numerosos escritos que tiene sobre la situación en España así como su fuerte compromiso por la democracia demuestran lo contrario— sino que, al contrario que otros exiliados, puso por delante su futuro y el de su familia antes que permitir que la

---

<sup>259</sup> Ibíd. p. 157

<sup>260</sup> Rosario HIRIART, *Conversaciones con Francisco Ayala*, Granada, Fundación Francisco Ayala y la Universidad de Granada, 2014, p. 24

<sup>261</sup> Ibíd. p. 31



pena se apoderara de él. Francisco Ayala demostraba ser un hombre seguro y fiel a sus principios, ya que había cumplido con lo que se había dicho a sí mismo una vez se vio en Francia: “Sabía que había salido de España para muchísimo tiempo, quizá para siempre, y (...) me dispuse a rehacer mi vida al otro lado del océano”. En *Recuerdos y olvidos* él mismo explicaría el distanciamiento que procuraba mantener hacia sus vivencias en España aludiendo a que con la guerra había perdido desde su casa y su trabajo hasta su nombre. Nombre que “el régimen franquista se [había empeñado], no sin algún éxito, en borrar y tachar”<sup>262</sup>. Ayala nunca decía nada sin estar muy seguro de lo que hablaba y, en efecto, llegó a sus oídos un episodio que ejemplificaba hasta qué punto el nombre de algunos exiliados podía seguir siendo un tabú en el interior de España. Al parecer, un joven estudiante de sociología estaba contestando a las preguntas de un examen cuando su profesor le dijo que dónde había leído “esas cosas que respondía”. El estudiante le comentó que venían del libro de Francisco Ayala, provocando en el profesor una reacción colérica que casi le cuesta el suspenso. Pero la peor parte, que se trasluce detrás de las palabras de Ayala, es que el estudiante pensaba que Francisco Ayala era un sociólogo argentino, ya que la edición del libro marcaba que había sido impreso en Buenos Aires. “Hasta tal punto había sido eficaz el empeño del régimen franquista por suprimir el nombre (...) de los intelectuales emigrados”<sup>263</sup> finalizaba el escritor.

La seguridad que le arropó en Puerto Rico le devolvieron las ganas por volver a Europa, aunque dejando claro que no pensaba pisar España: “cuando todavía desde *Arriba* babeaban y gruñían, amenazadores, unos perros —según antes he referido— frente al mero comentario crítico que de cierto libro mío había osado Ricardo Gullón publicar en *Ínsula*”<sup>264</sup>. El destino elegido para viajar fue Italia, donde tuvo la oportunidad de reencontrarse con Max Aub<sup>265</sup> y también de sentirse un poco más cerca de España. Es curioso que, a pesar de la supuesta distancia que proyectaba sobre su emigración forzada, Italia le hizo sentir que se encontraba “en una España más suave, apacible, graciosa y sutil, tierna y nueva y sonriente, no adusta. Allí volví a sentirme en paz conmigo mismo...”. La cercanía del hogar ablandó los sentimientos de Ayala, reconociendo en sus memorias que “el recuerdo de España, además, revolvía en el

---

<sup>262</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, pp. 475-476

<sup>263</sup> Rosario HIRIART, *op. cit.* p. 62

<sup>264</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, p. 437

<sup>265</sup> En el mismo *Recuerdos y olvidos*, Ayala le dedicaba estas palabras: “La [amistad] que Max y yo mantuvimos fue excelente siempre, y nuestro recíproco afecto no hizo sino crecer con los años”. p. 444

fondo de mi alma pozos muy amargos”<sup>266</sup>. Seguramente fue durante este viaje europeo cuando el escritor granadino comenzó a pensar seriamente en volver a pisar su país, pero la forma y el momento seguían siendo un misterio. A partir de 1951 Ayala y su familia viajarían todos los veranos a Europa, pero sin pasar por España.

De vuelta en Puerto Rico, Ayala seguía sintiéndose profundamente orgulloso de su labor universitaria reconociendo que gracias al grupo de españoles que se encontraban en la institución se había ayudado a conformar otra universidad distinta a la que existía antes de su llegada. Se mostraba también entusiasmado por el progreso y la transformación de la que había sido testigo, permitiendo en el momento actual una incontable serie de actividades culturales cuya “parte sustancial era resultado de la presencia más o menos permanente de los notables extranjeros reclutados por Benítez<sup>267</sup> para enseñar en sus aulas”<sup>268</sup>. Al poco tiempo de su regreso a Puerto Rico recibió una invitación para acudir a la Universidad de Princeton, en los Estados Unidos, a ocupar la cátedra de Literatura española de su amigo Vicente Llorens. Ayala abría otra etapa de su vida universitaria permaneciendo en Princeton hasta su jubilación, lugar que le llevó a conocer a estudiantes que posteriormente marcarían tanto su vida como Rosario Hiriart, a la que contaría como una de sus pocas amistades verdaderas<sup>269</sup>. Sus años de residencia en Norteamérica tampoco parece que le dejaran demasiado satisfecho ya que cuando en el programa de Televisión Española *A fondo* le preguntaron acerca de cómo era adaptarse a la vida americana respondió con un escueto “nadie se asimila. Yo desde luego nada”.

En 1956 acontecería un momento clave en la vida de Ayala y en su relación con España. El mismo año que los estudiantes universitarios de Madrid se movilizaban, Nina, la hija del escritor, le dijo a su padre que quería viajar a su tierra natal. De 1956 data también el informe que el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo entregó a la Dirección General de Seguridad, encontrándose el nombre de Ayala entre una lista de abogados masones de Madrid<sup>270</sup> y recordando que el escritor

---

<sup>266</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, p. 440

<sup>267</sup> Jaime Benítez, rector de la Universidad de Puerto Rico, apostó por contratar a numerosos intelectuales españoles como Jorge Guillén o María Zambrano.

<sup>268</sup> Fernando AGRAIT, “El exilio republicano y la transformación de la universidad de Puerto Rico” en Nicolás SÁNCHEZ-ALBORNOZ (ed.), *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Madrid, Siruela, 1991, p. 134

<sup>269</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, p. 491

<sup>270</sup> Luis GARCÍA MONTERO (ed.), *op. cit.* p. 126

todavía no había realizado “la declaración de retractación prevenida”<sup>271</sup>. La dictadura parecía dispuesta a perdonar<sup>272</sup> pero no a olvidar.

Nina regresó de su viaje a España hablando de las condiciones opresivas que sufría toda la población, todavía temerosa a levantar la voz. El relato de los hechos por alguien tan cercano a Francisco Ayala sin duda tuvo algún efecto definitivo en él, porque apenas cuatro años después, y acompañado de Etelvina, cruzaba la frontera con España a través de los Pirineos. Daba por finalizado, en cierta medida, un exilio que hasta el momento había sido constante —veinte años sin pisar España— y comenzaba un ciclo que se repetiría cada año durante las vacaciones. El regreso de Ayala podía significar un triunfo si en el acto hubiera algún tipo de intencionalidad política o reivindicativa, pero en el fondo sólo se trataba de un hombre que quería volver a reencontrarse con una parte de su vida a la que tenía que haber dicho adiós a la fuerza. Por supuesto la vuelta del escritor no era tampoco sinónimo de perdonar o aceptar a una dictadura que seguía manteniéndose firme, gracias en parte a su capacidad de adaptación, por mucho que la propaganda o la prensa del régimen celebraran incluso las visitas que, como Ayala, comenzaron a realizar otras importantes personalidades del exilio. Así en *ABC*, una década después, se podía leer: “Dentro de este fenómeno actual, tan positivo, del reencuentro de los novelistas exiliados con España es preciso destacar que, en el caso de Francisco Ayala, esta vuelta ha tenido caracteres singulares: ha sido discreta, inteligente y progresivamente eficaz”<sup>273</sup>. Para Pablo Aguirre, este tipo de acercamientos a España vendrían recogidos en el término de “viajes exploratorios”, que alude a una forma de regresar al lugar del que se tienen recuerdos desfasados. Sirve también para que sea la propia persona la que vuelva a explorarse a sí misma, desde dentro, percatándose de los efectos que el paso del tiempo ha tenido sobre ella y sobre el país al que regresa. Este reencuentro con la realidad funcionaría como “una terapia de choque, y como cualquier terapia similar sus resultados nunca fueron predecibles”<sup>274</sup>.

---

<sup>271</sup> Fórmula recogida en el Artículo séptimo de la Ley de represión de la masonería y el comunismo de 1940, por la que se debía presentar una declaración de retractación ante el Gobierno en el plazo de dos meses. BOE, nº 62, p. 1537

<sup>272</sup> Ya en 1945 Francisco Franco había decretado un indulto general referido las penas impuestas o que correspondía imponer a los autores de delitos de rebelión militar cometidos hasta el 1 de abril de 1939 —se exceptuaban los casos de crueldad, muerte, violaciones y otros hechos— en Pablo AGUIRRE HERRAINZ, *¿Un regreso imposible? Expatriación y retorno desde el exilio republicano (1939-1975)*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2017, p. 311

<sup>273</sup> Antonio BURGOS, “El honrado retorno de Francisco Ayala”, *ABC Sevilla*, 15/10/1970, p. 24

<sup>274</sup> Pablo AGUIRRE HERRAINZ, *op. cit.* p. 406

#### 5.4. El reencuentro con España (1960-1975)

La primera visita de Francisco Ayala a su tierra desde que se vio obligado a abandonarla en 1939 produjo en él, como no podía ser de otra forma, una fuerte impresión que no pudo olvidar durante el resto de su vida. De camino a Madrid, en el trascurso de su primer viaje, paró el coche en un parador de la sierra y preguntó a una camarera dónde quedaba el Escorial, a lo que ella respondió que era mejor “visitar el Valle de los Caídos, que es mucho más bonito”<sup>275</sup>. La mirada que España le devolvía a Ayala era gris y triste, con un Madrid “sórdido” en el que la pobreza saltaba a primera vista<sup>276</sup>. Ante la pregunta de qué impresión le había producido la España de 1960, Francisco Ayala respondió que era país bastante diferente de lo que había dejado, donde la gente estaba “amargadísima, silenciosa, taciturna y con un espíritu muy retorcido”<sup>277</sup>. De una mente como la del escritor granadino, tan poco dada a la exageración y al sentimentalismo, se puede esperar que sus palabras reflejen de manera auténtica un clima que parece contradecir a la impresión general provocada por la España del desarrollismo. Esa vuelta “discreta” que tanto celebraba el *ABC* en 1970 había permitido a Ayala descubrir la cara real de un país oculto bajo la propaganda que celebraba el aperturismo y la vuelta de los “emigrados”. En ningún momento tuvo el escritor la intención de seguir el juego del régimen, su visita buscaba “tomar el pulso a la realidad, y sin entablar otros contactos que los de orden estrictamente privado y familiar”<sup>278</sup>. Con esta intención quedaba claro que la siguiente parada del escritor iba a ser Granada, la ciudad de su infancia y primera juventud, donde por fin tras tantos años pudo visitar los santos lugares de su infancia: “santos, por haber sido purificados en la destilación del recuerdo”<sup>279</sup>.

Con este retorno, que apenas comprendió las vacaciones del ya asentado profesor universitario, Ayala fijó el inicio de una serie de visitas que realizaría de manera constante hasta su instalación permanente en España una vez terminada la dictadura. Durante el trascurso de estos viajes, a pesar de lo que pueda parecer por sus palabras, Ayala no sintió la desazón de encontrar un país distinto como sí le pudo ocurrir a otros amigos como Aub, quien después de sufrir amargamente por su exilio

---

<sup>275</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, pp. 496-497

<sup>276</sup> *Ibíd.* p. 498

<sup>277</sup> Rosario HIRIART, *op. cit.* p. 53

<sup>278</sup> *Ibíd.* p. 53

<sup>279</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, p. 500

pasó a sufrir de una forma desoladora tras su visita a España. La comparación entre esta impresión, compartida por otros exiliados, y la aparente calma de Ayala le llevaron a él mismo a reflexionar sobre su actitud:

Ni había idealizado en la ausencia a la España perdida, ni tampoco me decepcionó después la hallada. O quizá sea que no soy capaz de identificarme a fondo con nada del mundo, y eso me hace despegado, me reduce la profunda soledad. (...) no había sufrido la nostalgia de España, ya que ni antes ni después me ha afligido nunca ese patriótico dolor<sup>280</sup>.

Aunque fuera contrario a sus intenciones, las idas y venidas de Ayala comenzaban a ser noticia, a lo que habría que sumar la aparición de sus libros en las librerías y las reseñas de los mismos publicadas en los periódicos. En 1964 *ABC* contaba con una crítica al ensayo *De este mundo y el otro* en la que se decía que Ayala buscaba “desespañolizar” algunos de los rasgos más característicos de España<sup>281</sup>. Por lo menos estas palabras, que podrían considerarse de una determinada dureza, permanecían en el ámbito de la crítica puramente intelectual. Ayala aprovechó también esta serie de viajes para ponerse en contacto con viejos conocidos y cartearse con personalidades de cierta relevancia en el ámbito de la lucha antifranquista. Durante su segunda visita en 1961 quiso quedar con uno de sus más antiguos amigos, Melchor Fernández Almagro, al que encontró nervioso y casi incómodo. Pudo ver así de primera mano el efecto de destrucción que tantos años de represión habían dejado sobre una persona que Ayala recordaba bondadosa y erudita, produciendo un gran dolor en el intelectual, que escribía al respecto: “Lo peor de tiranías como la padecida por España es que su excesiva presión sobre los particulares, si bien hace brotar las cualidades más excelsas de unas cuantas almas excepcionales, extraen en cambio del común de los mortales, que no tenemos madera de héroes ni de santos, nuestras posibilidades más ruines”<sup>282</sup>. Se encontró el escritor en una extraña dinámica en la que aquellos a los que el régimen había atosigado y castigado apenas se atrevían a protestar, mientras que los

---

<sup>280</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, pp. 517-518

<sup>281</sup> *Blanco y Negro Sevilla*, 22/02/1964, p. 105

<sup>282</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, pp. 502-503

que despotricaban de la dictadura alegremente eran parientes suyos que durante la república y la guerra habían sido fervorosos “sostenedores de la rebelión”<sup>283</sup>.

Ese mismo año le escribió también una carta a Dionisio Ridruejo con motivo de la defensa que éste había prestado a otro exiliado —Bergamín— tras un infame artículo de Luca de Tena<sup>284</sup>. Ayala felicitó a Ridruejo por sus palabras y su forma tan elegante de encarar “la situación de nuestro desdichado país, de la que el régimen, que la promovió, es exponente (...). El repulsivo episodio, visto desde ambos lados, revela una abyección que da ganas de echarse a llorar, y que, sin la carta de usted, sería para desesperar de España”. Aprovechaba también el escritor para hablar del cambio que debían ejercer en España siempre y cuando se quede a salvo de las maniobras del “tironeo comunista”<sup>285</sup>.

Francisco Ayala tuvo que hacer auténticas maniobras para sortear los encantos del régimen y evitar convertirse en una pieza más de la propaganda franquista. Él mismo reconoce en varios libros y conversaciones las numerosas ofertas que tuvo que rechazar y la cautela con la que debió moverse para no dar lugar a ningún malentendido. En *Conversaciones con Francisco Ayala*, la que fuera su antigua alumna, Rosario Hiriart, le pregunta si recuerda la primera entrevista que le hicieron en España. Ayala responde:

No recuerdo con exactitud. Solo puedo decirle que en todas he procurado mantener una actitud de independencia, sin hacer compromisos de ninguna clase ni dejarme decir aquello que se desea que diga; hablar yo con mis propias palabras, ideas y criterios, aunque no satisfaga expectativas de unos u otros, basadas en imágenes estereotipadas<sup>286</sup>.

---

<sup>283</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2006, p. 132

<sup>284</sup> En enero de 1961, Luca de Tena, por entonces Procurador de las Cortes Franquistas, había publicado un artículo en *ABC* en el que hacía burla de los exiliados afirmando: “El exilio es duro y triste, por muy pródigos que sean las arcas del Partido”. Podría considerarse este hecho como una muestra de la visión y entendimiento que se seguía teniendo hacia los exiliados por parte del régimen, que a pesar de buscar el acercamiento se continuaban sintiendo los vencedores absolutos de la guerra más de veinte años después.

<sup>285</sup> Carta de Francisco Ayala a Dionisio Ridruejo, 11/03/1961, en la Fundación Francisco Ayala, [http://www.ffayala.es/epistolario/cartas\\_con/](http://www.ffayala.es/epistolario/cartas_con/) Consultado el 08/08/2020

<sup>286</sup> Rosario HIRIART, *op. cit.* p. 61

Quizá uno de los ejemplos que mejor ilustran las tácticas del régimen a la hora de buscar una imagen de reapertura y paz fue el encuentro que el propio Manuel Fraga concertó con Ayala en 1963. Reunidos ambos, Ayala le expresó al ministro que éste conocía de sobra su actitud ante la dictadura y que si quería hablar de una posible vía futura lo mejor era que Franco dejara para sí únicamente el título de Jefe de Estado y nombrara un presidente del Gobierno. Fraga le respondió: “Sí, es verdad, y somos varios los que así pensamos; pero la cuestión es: ¿quién le pone el cascabel al gato?”. La conversación no duró mucho más pero Ayala recordaba cómo tiempo después Fraga le definió en sus memorias como “un gran escritor, pero no es buena persona”<sup>287</sup>. Un año después de su encuentro, Francisco Ayala le escribía a Fraga acerca de la posibilidad de editar un volumen en España que contuviera todas sus obras, siempre que pudiera hacerse “sin supresiones”. El ministro le respondió rápidamente diciendo que sus escritos ya se estaban revisando “con espíritu tan amplio como el que en todo momento se procura tener hacia la obra de los intereses españoles”, para añadir, de manera sutil, que en caso necesario se iba a aplicar censura: “Estoy seguro que Vd. comprenderá que (...) es muy conveniente proceder con cuidado si queremos evitar errores que tan perjudiciales han sido a nuestro país en los tiempos contemporáneos”<sup>288</sup>. El régimen demostraba una vez que más que, tras sus buenas palabras, no pretendía ceder ni un milímetro.

Volviendo al anterior encuentro que Ayala mantuvo con Fraga, la posición del escritor demuestra una cierta suerte de moderantismo, aceptando como la mayoría de las fuerzas antifranquistas del momento que la solución a la dictadura pasaba por una acción pacífica. El problema para Ayala surgía cuando, desde su defensa de la democracia, también rechazaba posicionarse claramente a favor de un determinado partido o agrupación. Una decisión que podía suscitar dudas hacia su figura y hacia su verdadero compromiso en contra de la dictadura. Él trataba de defenderse aludiendo a que había sido una tarea dura la de “rechazar una vez y otra a lo largo de los años las tentativas de quienes (...) reclamaban, acaso mi firma para exigir tal o cual cosa, que con frecuencia podía ser razonable y justa en sí misma”<sup>289</sup>. A pesar de sus reticencias no se puede dudar de su posicionamiento firme a favor de la libertad y la democracia. Si de forma pública trataba de ser una persona independiente y de juicio claro y sereno, en la

---

<sup>287</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, pp. 513-514

<sup>288</sup> Luis GARCÍA MONTERO (ed.), *op. cit.* pp. 126-127

<sup>289</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, p. 509

privacidad de sus cartas se adivina lo que pensaba realmente de Franco y la dictadura. Por ejemplo, el último día del año 1961 le decía a su amigo Max Aub que quería escribirle “para hacer constar mis deseos de que el próximo [año] sea menos chingado, y que lo del dedito de Franco le ocurra en la cabeza, y vaya a encontrarse con su compinche Trujillo en el Père Lachaise o en la Mère que los parió”<sup>290</sup>. Ayala no podía olvidar las penalidades y sufrimientos que había soportado por culpa de la guerra, y cuando ya anciano se le seguía preguntando el motivo por el que había abandonado España en 1939 respondía: “Pues, hombre, porque deseaba seguir viviendo”. En una ocasión, ante el balbuceo incrédulo de un periodista que le había hecho la misma pregunta añadió: “Hombre, por Dios, no sea inocente”<sup>291</sup>. La franqueza de estas respuestas, que contrastan tanto con la actitud calmada que solía mantener en público, son prueba suficiente para saber lo muchísimo que Ayala aborrecía la dictadura.

En 1965, el escritor granadino publicaba un pequeño ensayo fundamental a la hora de tratar de explicar lo que estaba sucediendo en España a la vez que analizaba su deriva histórica y su posible futuro. El libro *España, a la fecha* despejaba cualquier duda acerca de las intenciones políticas de Ayala. En él, denunciaba claramente el golpe de estado e incluso veía el triunfo de las fuerzas sublevadas como un error histórico:

En el siglo XIX todas las guerras civiles habían terminado con el triunfo del bando liberal y, de consiguiente, en un intento de reconciliación nacional generosa, acorde con los postulados ideológicos y con el programa político de los vencedores. Ahora, en el segundo tercio del siglo xx, por vez primera ganaba la guerra el bando absolutista, se imponía el integrismo, y trataban de entronizarse unos criterios de gobierno que si alguna analogía tienen en el pasado es la reacción fernandina. El propósito era, pura y simplemente, restablecer las condiciones de la España de la Contrarreforma, cerrando para ello el país frente al resto del mundo<sup>292</sup>.

---

<sup>290</sup> Carta de Francisco Ayala a Max Aub, 31/12/1961, en la Fundación Francisco Ayala, [http://www.ffayala.es/epistolario/cartas\\_con/](http://www.ffayala.es/epistolario/cartas_con/) Consultado el 08/08/2020

<sup>291</sup> Rosario HIRIART, *op. cit.* p. 64

<sup>292</sup> Francisco AYALA, *España, a la fecha*, Buenos Aires, Sur, 1965, p. 34



Tampoco le temblaba el pulso a la hora de hablar de la oleada de represión que el régimen había llevado a cabo desde el mismo momento de su nacimiento, y citando a Ridruejo —que había escrito otro breve ensayo de características muy similares titulado *Escrito en España* y publicado también en Buenos Aires en 1964— acusaba al franquismo de continuar una dinámica —más de veinte años después de finalizada la guerra y durante la celebración de los XXV Años de Paz— de división social entre los que habían ganado la guerra y los que la habían perdido:

Los supervivientes de aquella desmesurada represión —añade—, los que sufrieron penas de prisión o medidas de depuración administrativa o profesional, quedaron —y muchos siguen aún— en situación legal y social disminuida. Lo cual significaba que a su vez, los otros, los legales, gozaban y siguen gozando de situación legal y social privilegiada. Ello quiere decir que —a pesar de las numerosas excepciones impuestas por la negligencia del ambiente y la acomodación— la partición real entre vencedores y vencidos sigue estando vigente<sup>293</sup>.

Durante toda la década de los sesenta continuó Ayala viajando a España a la vez que seguía ejerciendo como profesor y se mantenía en contacto con sus amigos que, como él, iban envejeciendo poco a poco, algunos incluso muriendo. El aperturismo de la dictadura no parecía haberla hecho temblar en ningún momento, y muchos exiliados ya empezaban a imaginarse que nunca verían una España libre de nuevo. Con una mezcla de tristeza, esperanza, y mucha ironía, el escritor granadino le decía a Jorge Guillén:

Espero que el año entrante nos favorezca a todos, y muy en especial a los pobres nativos de la triste España, con las bendiciones que el concilio vaticano postula y casi promete. — ¿Quién nos hubiera dicho, querido Guillén, que la clerigalla terminaría situada a la extrema izquierda, que es el camino por donde parecen marchar las diferentes iglesias?... —<sup>294</sup>.

---

<sup>293</sup> *Ibíd.* p. 43

<sup>294</sup> Carta de Francisco Ayala a Jorge Guillén, 14/12/1965, en la Fundación Francisco Ayala, [http://www.ffayala.es/epistolario/cartas\\_con/](http://www.ffayala.es/epistolario/cartas_con/) Consultado el 08/08/2020

Parecía, incluso a pesar de no querer admitirlo, que la dictadura les derrotaba por segunda vez. Ellos, que habían tenido que verse obligados a marchar de España y empezaban a contar casi treinta años de exilio, podían ver cómo en la prensa española comenzaban a hablar de sus obras o de su biografía aderezando las partes más “problemáticas” y ofreciendo una interpretación casual de su salida del país. Un claro ejemplo es el ejercido en un artículo de *ABC Sevilla* en el que se reseña otro libro de Ayala, *Los usurpadores*, para darle una interpretación adecuada a la línea del régimen, en la que se ve el conflicto civil como una denuncia de lo que las ideologías pueden llegar a conseguir a la hora de enfrentar a padres, hijos y abuelos<sup>295</sup>. Una actuación similar realizó *Blanco y Negro* en 1974 con la llegada de Sender a España. En el artículo se ofrecía una breve biografía informativa del escritor oscense que omitía el fusilamiento de su mujer en Zamora por parte de los sublevados y que hablaba como una coincidencia del hecho de haber vivido durante tantos años lejos de España, en lugares como México o California. Desde luego, se matizaba también cómo de forma muy temprana evolucionó desde sectores de ultra izquierda a una posición mucho más acorde con el socialismo democrático<sup>296</sup>.

Resulta chocante hasta cierto punto que Francisco Ayala no hiciera demasiadas denuncias al respecto, y que en sus cartas con otros amigos del exilio apenas mencione sucesos o pensamientos políticos. En el correo que mantuvo con Max Aub, del que quedan unas 138 cartas digitalizadas en la Fundación Francisco Ayala, apenas puede encontrarse algún rastro de opinión política más allá del mencionado con anterioridad en la carta de 1961, limitándose sobre todo a mensajes en los que se habla sobre futuros encuentros en persona o se comparten opiniones acerca de los nuevos libros o artículos que han escrito. En enero de 1962, Aub le escribió un brevísimo mensaje a Ayala: “Querido Paco: Feliz Año y que nos veamos en Madrid”<sup>297</sup>. También estaban preparando un encuentro cuando la muerte sorprendió a Aub diez años después, en 1972. “Desde Madrid, en el pasado junio, nos habíamos citado para vernos en México al

---

<sup>295</sup> *ABC Sevilla*, 30/11/1969, p. 60

<sup>296</sup> Ignacio CARRIÓN, “El regreso de Sender”, *Blanco y Negro Madrid*, 08/06/1974 pp. 36-39

<sup>297</sup> Carta de Max Aub a Francisco Ayala, 09/01/1962, en la Fundación Francisco Ayala, [http://www.ffayala.es/epistolario/cartas\\_con/](http://www.ffayala.es/epistolario/cartas_con/) Consultado el 08/08/2020

mes siguiente. Llegué tarde: el día de mi llegada acababan de enterrarlo...”<sup>298</sup> escribió Ayala en el homenaje que la revista *Cuadernos Americanos* le brindó a Max Aub.

A pesar de las estrategias propagandísticas del régimen, era cierto que la obra de Ayala, así como la de otros exiliados, comenzaba a tener calado en la vida literaria española. Para celebrarlo, varias personalidades le dedicaron una carta en 1970 bajo el título *Salutación a Francisco Ayala* en la que se celebraba que a sus visitas a España se pudiera unir también la aparición de sus novelas y ensayos en las librerías. El homenaje venía firmado por Laín Entralgo, Delibes, Buero Vallejo, Vicente Aleixandre o Dámaso Alonso, entre otros<sup>299</sup>.

### 5.5. Regreso y reconocimiento (1975-2009)

El fin de la dictadura en 1975 supuso para Francisco Ayala, que ya contaba con sesenta y nueve años, el comienzo del retorno definitivo a España. Su llegada final debió de ser una mezcla de emociones contradictorias, ya que la oportunidad de poder volver a su país de nacimiento no se había presentado para otros muchos compañeros de exilio, que o bien habían fallecido o bien ya no querían ni pensaban en regresar a España. Sí pudo reencontrarse con otros, como Rafael Alberti, con el que había coincidido intermitentemente durante su largo exilio: “Echo una mirada retrospectiva hacia los encuentros que la vida nos ha deparado a lo largo del tiempo: en Madrid, primero; después, en Buenos Aires; en Roma, luego; por fin, otra vez en Madrid de nuevo — ¡las vueltas que da el mundo!”<sup>300</sup>. Los nuevos aires y la convulsión que vivió España durante la Transición provocaron en el intelectual una implicación política nunca vista, ya que si con anterioridad había defendido su independencia a la hora de firmar por cualquier causa, sorprende ver su nombre en una carta que varios intelectuales españoles redactaron para pedir la amnistía de los presos políticos y los

---

<sup>298</sup> VV. AA. “Homenaje a Max Aub”, n° 2, marzo-abril de 1973, vol. CLXXXVII, pp. 57-104

<sup>299</sup> Recogido en Santos JULIÁ, *Nosotros, los abajo firmantes*, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 2014, p.

521

<sup>300</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2006, p. 179

exiliados, el restablecimiento de las libertades democráticas o la abolición de la censura, entre otras demandas<sup>301</sup>.

Poco a poco España comenzaba a reconocer a las gentes del exilio tras tantos años de ostracismo y ocultación. En 1977, año de su instalación definitiva en España, Ayala era entrevistado en Televisión Española acerca de su vida pero sobre todo de su obra, ya que en ningún momento se habló del motivo de su exilio ni la razón de su ausencia durante tantos años. Por supuesto tampoco se mencionó a la dictadura. El único momento en el que Ayala pudo decir algo acerca de sus visitas a España fue al recordar la primera impresión que tuvo cuando entró en el país en 1960, alegando que las cosas “todavía iban bastante mal” y que en general vivió una sensación de pobreza<sup>302</sup>. Con el paso de los años comenzaron a sucederse los homenajes y los actos que el país le debía a Ayala: en 1984 ingresó en la Real Academia Española, en 1988 recibió el Premio Nacional de las Letras —con un discurso de agradecimiento en el que a pesar de su avanzada edad recordaba cómo de pequeño le daba vergüenza recibir cualquier tipo de premio y cómo tantos años después se seguía sintiendo algo incómodo—<sup>303</sup>, en 1998 recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras... Pero a pesar de los galardones, Ayala seguía teniendo la memoria suficiente como para recordar a los que durante décadas habían corrido su misma suerte y ahora parecían caer en el olvido. En 1989 criticó duramente al gobierno del PSOE por no haber celebrado ni asistido al homenaje realizado en honor a Jiménez de Asúa, militante socialista y presidente de la República española en el exilio, muerto casi veinte años atrás en Argentina<sup>304</sup>.

Manteniendo una mente despierta y lúcida hasta el final de sus días, pudo celebrar su centenario en la Biblioteca Nacional en 2006, durante la que el presidente José Luis Rodríguez Zapatero definió al escritor como “uno de los ejemplos más emocionantes de dignidad y de compromiso de la historia reciente de España”, resaltando que gracias a sus bases morales España pudo convertirse en democracia<sup>305</sup>.

---

<sup>301</sup> Aparecido en la revista *Triunfo* el 26 de junio de 1976 y recogida en Santos JULIÁ, *op. cit.* p. 562

<sup>302</sup> Programa de Televisión Española *A fondo*, realizado en 1977

<sup>303</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2006, p. 69

<sup>304</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2011, pp. 623-624

<sup>305</sup> “Zapatero destaca a Ayala como “ejemplo de dignidad y compromiso”, *El País*, 03/02/2006.

[https://elpais.com/cultura/2006/02/03/actualidad/1138921202\\_850215.html](https://elpais.com/cultura/2006/02/03/actualidad/1138921202_850215.html) Consultado el 24/07/2020

Consultado el 08/09/2020

Su compromiso con los valores democráticos ya había quedado claro cuando a los pocos meses del 23-F, escribió un artículo en el que afirmaba que de haber triunfado el golpe España no sufriría una involución, sino su propia destrucción. Porque la democracia en España se había establecido gracias a la “maduración de la sociedad” en su conjunto<sup>306</sup>. Francisco Ayala fallecería en 2009, tras ciento tres años de vida, dejando un legado impagable a la hora de entender la historia reciente de España y la de su exilio. Gracias a su longevidad y la claridad mental que nunca le falló, pudo escribir y conformar una serie de memorias espléndidas que a día de hoy continúan sirviendo para explicar y estudiar qué supone el exilio, qué consecuencias tiene, las maneras que hay de afrontarlo y la forma de superarlo. Más allá del hombre, Francisco Ayala se convierte en una figura fundamental del exilio republicano en parte por querer escribir sobre su propia vida, a pesar de su intención por desmerecerse cuando dejó escrito: “Dos rasgos míos bastante lamentables: mi falta de memoria y mi escaso gusto en repasar los viejos escritos de mi mano”<sup>307</sup>.

---

<sup>306</sup> Francisco AYALA, “¿Involución?”, *El País*, 13/05/1981.

[https://elpais.com/diario/1981/05/13/opinion/358552808\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1981/05/13/opinion/358552808_850215.html) Consultado el 11/10/2020

<sup>307</sup> Francisco AYALA, *op. cit.* 2006, p. 15

## 6. Max Aub. Desgarro de exilio

“Tonto del culo... ¡le dijo tonto del culo!  
Gilipollas, tonto del culo, vete a hacer  
puñetas... Tras oír todas esas malas  
palabras sentí por primera que había  
vuelto”

Fernando Fernán Gómez, *El mar y el  
tiempo*

### 6.1. Aub y su primera España (1903-1939)

Para comprender el sentimiento de profunda tristeza que produjo en Max Aub Mohrenwitz abandonar España en 1939 habría que entender que este no fue su primer exilio. Tras nacer en París en el año 1903 en una familia de origen judío —identidad de la que no fue consciente hasta su juventud, cuando escuchó por primera vez insultos antisemitas como “puerco judío”—<sup>308</sup> continuaría viviendo en la capital francesa hasta 1914, año del comienzo de la Primera Guerra Mundial. Como su padre era alemán y su nacionalidad podía ser más que problemática en un contexto de guerra contra Alemania, la familia Aub decidió abandonar París. Llegaron finalmente a España, instalándose en Valencia, donde el joven Aub continuaría sus estudios. Su destino parecía abocado al constante movimiento, ya que con apenas doce años podía decir que había crecido en dos tierras distintas, aunque abrazaría rápidamente la españolidad en 1924, consiguiendo la nacionalidad. Aceptaría, a pesar del dolor que tantas veces le causó, la identidad española durante el resto de su vida, definiéndola perfectamente con la frase:

---

<sup>308</sup> Behjat MAHDAVI, *El tema del retorno en las obras de Max Aub*. Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 2017, p. 82

“Uno es de donde hace el bachillerato”. A pesar de su extremada inteligencia prefirió no cursar estudios universitarios para seguir los pasos de su padre como viajante de bisutería.

El joven Aub, deseoso de conocer su nueva tierra, pudo emprender un viaje por toda la geografía ibérica gracias a su oficio, lo que le permitió contactar con importantes publicaciones culturales y descubrir su pasión por la literatura y el teatro<sup>309</sup>, llegando a escribir su primera obra dramática titulada *Crimen* en 1923. También encontró el amor por esas fechas, casándose con Perpetua Barjau Martín en 1926, compañera con la que compartirá el resto de su vida, incluido su viaje de vuelta a España en 1969. En este tiempo nació el Aub más político, afiliándose al PSOE en 1928<sup>310</sup> tras la experiencia de la dictadura de Primo de Rivera, que ya comenzaba a flaquear. La proclamación de la II República en España llenaría al escritor de sueños y esperanzas, viajaría a la URSS y empezaría a dirigir la compañía de teatro universitario *El Búho*, entre otras muchas actividades.

El 18 de julio de 1936 Aub se enteró a su paso por Madrid del golpe de estado, y durante toda la guerra civil combatió por la República con la mejor arma que podía manejar: su pluma. Dirigió el periódico *Verdad* junto con Josep Renau y se unió a la Alianza de Escritores Antifascistas para la Defensa de la Cultura de Madrid. A finales de 1936 fue nombrado Agregado Cultural de la Embajada de España en París para su colaboración en la organización del Pabellón de España con motivo de la Exposición Universal de 1937. Conseguirá encargar “una escultura a Alberto Sánchez, una tabla a Miró y un lienzo a Picasso, que se convertirá en el *Guernica*”<sup>311</sup>. Además seguirá escribiendo en publicaciones como *Hora de España*, de la que la pensadora María Zambrano dijo en 1937: “Conmueve porque nunca en medio de tanta sangre y muerte se ha escrito y publicado nada semejante (...) Los temas solamente muestran ya la autenticidad de estas inteligencias, que forman parte del pueblo al trabajar con él y por lo que él”<sup>312</sup>. La actividad de Max Aub durante todo el conflicto fue frenética, trabajando en todas las labores culturales posibles como la de ayudante de dirección en

---

<sup>309</sup> Ibíd. p. 82

<sup>310</sup> En 1930 pronunciaría una conferencia en la Casa del Pueblo en la que reconocía: “Yo he venido al Socialismo porque es el único Partido hoy y en España que ofrece la posibilidad de un mundo mejor”. Recogido en Manuel AZNAR SOLER, “Política y literatura en los ensayos de Max Aub”, dentro de las Actas del Congreso internacional Max Aub y el laberinto español, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1996, vol. II, p. 568

<sup>311</sup> Ibíd. p. 83

<sup>312</sup> Testimonio recogido en Andrés TRAPIELLO *Las armas y las letras. Literatura y Guerra Civil (1936-1939)*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2010, p. 219

el rodaje de *L'Espoir*, dirigida por André Malraux en un desesperado intento de convencer a la opinión internacional a favor de la República. Rodada en Cataluña en 1938, tuvo que ser finalizada en Francia debido al rápido avance franquista.

En 1939 Max Aub cruzaba la frontera con Francia y regresaba a su país natal, pero abandonaba a la España en la que se había formado y crecido intelectualmente. Años después, en 1969, recordaría las palabras que un “baturro” —tal y como lo escribe Aub— le dedicó acerca de la diferencia entre el lado sublevado y el republicano. Éste último reprobaba e incluso castigaba las barbaridades de los suyos, pero los otros las hicieron “conscientemente, creyendo que hacían justicia”. Y como ganaron ellos, la vida española de finales de los sesenta estaba construida en la mentira<sup>313</sup>. El escritor debía estar de acuerdo con sus palabras porque no supo qué responder.

De nuevo en 1939, la República de Max Aub estaba derrotada. Francia los acogió pero no los quería, aunque al menos Aub redescubrió el calor de la familia al volver a reunirse con su mujer y sus hijas. De igual forma que a Francisco Ayala, unas fichas elaboradas por la Brigada Político Social también daban cuenta de los crímenes de Aub: “Secretario del consejo Central del Teatro dependiente de la Dirección General de Bellas Artes”<sup>314</sup> y “Escritor. Firma manifiesto de adhesión al gobierno de la República”.

La retirada era especialmente dolorosa puesto que significaba la derrota no sólo de una forma de pensamiento, sino de un estilo de vida. Sánchez Barbudo, acompañado por Antonio Machado en Barcelona durante los últimos días de la guerra, hablaba con el poeta acerca de permanecer en España hasta morir para dar testimonio de su fidelidad. Machado le respondió que si no fuera por su madre “así lo haría”<sup>315</sup>. Apenas un año después, en abril de 1940, Aub fue denunciado falsamente, detenido y trasladado a un campo de concentración. Por suerte el encierro no se alargaría demasiado y gracias a la intermediación de Gilberto Bosques, diplomático mexicano, consiguió ser liberado. Pero el caos provocado por el inicio de la Segunda Guerra Mundial y la rendición francesa le llevaron a ser denunciado y detenido de nuevo en 1941. Pasó por diversas prisiones y campos de concentración, incluido un emplazamiento llamado Djelfa, en Argelia. Max Aub comenzó a escribir un diario por estas fechas en el que trataba de

---

<sup>313</sup> Max AUB, *La gallina ciega*. Madrid, Visor Libros, 2015, p. 276

<sup>314</sup> *Ficha de Max Aub Mohrenwitz, 1937-1977*, CDMH, Fondo de la Delegación Nacional de Servicios Documentales de la Presidencia del Gobierno – Secretaría General, Sección Político Social, Fichero nº 5, signatura A0172565. Consultado a través de PARES en 23/09/2020

<sup>315</sup> Jose María BALCELLS Y Jose Antonio PÉREZ BOWIE (eds.), *El exilio cultural de la guerra civil (1936-1939)*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2001, p. 19



desahogarse frente a la suerte que él y otros tantos miles de exiliados había conocido. El 29 de mayo de 1941 apuntaba: “Nosotros, los que lo hemos perdido todo. Todo lo que habíamos amontonado en treinta años. Nosotros somos los que hemos de decidir y no vosotros”. Dos días después, otra entrada de su diario mostraba un cambio de humor completamente distinto a la rabia que sentía el 29 de mayo: “Estoy tan acostumbrado a perder que el ganar ya me jode”<sup>316</sup>. Por suerte fue liberado en mayo de 1942, consiguiendo la autorización del gobierno de México para emigrar a ese país, permitiéndole escapar del ambiente represivo del gobierno de Vichy<sup>317</sup>.

Lo que había vivido Aub durante esos dos años fue algo común para muchos otros españoles emigrados, sobre todo las más altas autoridades del gobierno republicano. Paul Preston estudió cómo tras la caída de Francia, Serrano Suñer había pedido al embajador francés que le comunicara al mariscal Pétain los deseos que depositaba España en la capacidad de la autoridades francesas para neutralizar a los dirigentes “rojos” que permanecían en el país vecino. El gobierno de Vichy, aunque organizaba redadas y detenciones, se mostraba reacio ya que suponía que era enviarlos a una muerte segura. Esto llegó incluso a provocar el enfado de Suñer cuando Negrín y Prieto consiguieron escapar gracias al beneplácito de los franceses<sup>318</sup>.

Max Aub consiguió subir en el *Serpa Pinto* con destino a México, divisando las costas españolas por última vez en muchísimo tiempo. Él pensaba que quizás para siempre. Hay numerosos testimonios que recuerdan esos últimos momentos en los que se divisaba el perfil de España en el horizonte, provocando el llanto de los pasajeros que abandonaban su patria de manera forzada y en las peores condiciones imaginables<sup>319</sup>. En la película documental *La maleta mexicana* un exiliado explicaba el dolor producido por abandonar un país que había luchado de la forma en la que España se enfrentó al fascismo<sup>320</sup>.

Comenzaba así una nueva etapa en la vida de Max Aub que duraría treinta años. Treinta años lejos de España, de su España, a la que veía y sentía vencida. El peso del

---

<sup>316</sup> Recogido en Manuel AZNAR SOLER (ed.), *Nuevos diarios inéditos (1939-1972)*, Sevilla, Renacimiento, 2003, p. 43. Al inicio de la obra el profesor Soler apunta que los diarios de Max Aub buscan principalmente “crear memoria contra el olvido” para resistir el paso del tiempo. El propio autor diría en 1951 “escribo para no olvidarme”.

<sup>317</sup> Behjat MAHDAVI, *op. cit.* p. 84

<sup>318</sup> Paul PRESTON, *El Holocausto español. Odio y exterminio en la guerra civil y después*, Barcelona, Debolsillo, 2016, pp. 638-639

<sup>319</sup> Hecho recogido en la película documental *Un exilio: película familiar*. Dirigida por Juan Francisco Urrusti. Instituto Mexicano de Cinematografía (IMCINE), 2017.

<sup>320</sup> *La maleta mexicana*. Dirigida por Trisha Ziff. 212 Berlin, Mallerich Films, 2011.

exilio se haría notar en seguida y durante treinta años tendría que aprender a convivir con él solo para descubrir que al volver a España iba a seguir sintiendo lo mismo.

## 6.2. El México de los exiliados (1939-1955)

Aunque Max Aub llegaba al país centroamericano en 1942 había tenido la oportunidad de abandonar Europa ya en 1939, gracias al SERE<sup>321</sup>, pero desestimó el ofrecimiento rápidamente: “¿Irse a América? ¿Para qué? Uno es de Europa, ¿qué se nos ha perdido allí?”<sup>322</sup>. Lo que sí había perdido eran tres años de libertad, vagando por cárceles y campos de concentración hasta su salida de Djelfa rumbo a América. Una vez instalado allí se vio obligado a comenzar una nueva vida con treinta y nueve años, motivo por el que se tuvo que enfrentar al desarraigo añadiendo a la realidad mexicana elementos tan nimios como sus recuerdos del paisaje español. En su *Amanecer en Cuernavaca*, mientras describe la geografía del lugar aparece escrito al final “como si fuese en Aragón o en Cataluña”. Lo que hasta hace no mucho era la realidad de Aub reaparece una vez en el exilio como algo ya lejano. Pero “el paisaje de Aragón o Cataluña, anclado en la memoria es, por ausente, más imaginario que real; o, al menos, necesita de esa realidad que es el paisaje de Cuernavaca”<sup>323</sup>. Esta forma de recordar elementos como el paisaje no era exclusiva de Aub. Personas como Ramón J. Sender dejaban escrito que su amor por España “no era de nación, sino de territorio (...), de colinas, amaneceres, arroyos y campanarios”, Jorge Guillén rememoraba también “los cerros grises” de su niñez y en la historia de la poesía española quedaban grabados para siempre los últimos versos de Machado: “estos días azules y este sol de la infancia”<sup>324</sup>.

Por suerte para Aub, enseguida pudo reanudar su producción literaria y dramática, trabajó en el cine y estrenó prácticamente una obra teatral por año a partir de 1944. También le ayudó la presencia de su familia —a la que recibió en la Habana en

---

<sup>321</sup> Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles, fue creado en París en 1939 bajo dirección de Juan Negrín con la intención de dar auxilio a los refugiados españoles en Francia. Junto a él, y con características muy similares, se puso en marcha otro organismo por iniciativa de Indalecio Prieto: la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles), creada el mismo año. Ambas tratarían de conseguir alojamiento en América para la mayor cantidad posible de refugiados.

<sup>322</sup> Francisco CAUDET ROCA, “Max Aub y México”. En Gabriel ROJO y James VALENDER (coord.) *Homenaje a Max Aub*, México D.F., El Colegio de México Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2005, p. 219

<sup>323</sup> *Ibíd.* p. 235

<sup>324</sup> Santos JULIÁ, *Historia de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, p. 274

1946— y de algunos de sus amigos que, como él, habían tenido que elegir México como lugar de acogida. En 1950 colaboró con su viejo conocido Luis Buñuel en el guion de *Los olvidados*<sup>325</sup>, película que provocará un gran escándalo en México debido a su forma de mostrar las condiciones de miseria que se vivían en las barriadas de la capital del país. México se convertía así no solamente en el lugar de acogida de estos exiliados sino que los integraba en su propia historia, ayudando a limpiar la imagen de lo hispano frente al recuerdo de la conquista<sup>326</sup>. La hospitalidad del país americano fue para María Zambrano un motivo de gratitud infinita, y en 1989 le seguía dedicando estas palabras: “Ningún país nos quería a los refugiados españoles, sólo México, sólo México, no me cansaría de decirlo, como una oración. Sólo México nos abrazó, nos abrió camino”<sup>327</sup>.

En los primeros años de su estancia mexicana, cuando la posibilidad de acabar rápido con la dictadura aún parecía probable, la firma de Aub aparecía en un documento de 1947 que los emigrados en México dedicaban a sus compañeros que seguían luchando en el interior de España. Reconociendo que habían sido empujados fuera del país a causa de la “barbarie franquista”, prometían no abandonar en ningún momento la lucha que terminaría por traer la liberación de España. “Sabemos que vosotros no habéis de desmayar. Tampoco nosotros desmayaremos”, concluía el texto<sup>328</sup>. Sin duda, este comunicado era fruto del clima provocado tras la victoria de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial y venía refrendada por los pequeños triunfos que el gobierno de la República en el exilio había conseguido a la hora de mantener a la España franquista alejada de los organismos internacionales.

Al mismo tiempo que Aub se veía obligado a hacerse a las costumbres y a la forma de vida de México, los exiliados comenzaban a ver que el juego de la Guerra Fría los iba a terminar apartando de la cuestión española<sup>329</sup>. El escritor reflexionaba en un artículo acerca de que los Estados Unidos apoyaran a Franco pero que al mismo tiempo los republicanos tuvieran diferencias sustanciales con la URSS. “¿Qué hacer pues? —se preguntaba— No importa que el horizonte esté hoy cerrado; ya amanecerá”<sup>330</sup>. Pero la equidistancia hacia el comunismo no significaba que no fuera durísimo a la hora de señalar todos los

---

<sup>325</sup> Véase en el artículo “Buñuel de carne y hueso” de Agustín Sánchez Vidal, *El País*, 2/11/2013. [https://elpais.com/cultura/2013/10/31/actualidad/1383227825\\_543687.html](https://elpais.com/cultura/2013/10/31/actualidad/1383227825_543687.html) Consultado el 23/04/2019.

<sup>326</sup> Abdón MATEAS, “Los republicanos españoles en el México cardenista”, *Ayer*, nº 3, 2002, pp. 103-128

<sup>327</sup> Recogido en Mercedes GÓMEZ BLESÁ (ed.), *Las palabras del regreso*, Madrid, Cátedra, 2009, p. 224

<sup>328</sup> Santos JULIÁ, *Nosotros, los abajo firmantes*, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 2014, pp. 355-365

<sup>329</sup> Este sentimiento lo resumiría de manera excepcional Francisco González cuando la URSS votó a favor del ingreso de España en la ONU: “La URSS, como el trato era limpio, no usó el veto. ¿Y el pueblo español, con el que tenía un tan grande compromiso moral? Ese puede esperar”. En “La admisión de España en la ONU”, *Cuadernos Americanos*, nº2, marzo-abril de 1956, vol. LXXXVI, pp. 42-45

<sup>330</sup> Max AUB, “Una carta”, *Cuadernos Americanos*, nº 2, marzo-abril de 1949 vol. XLIV, pp. 53-61. El texto original provenía de una carta escrita el 24 de enero del mismo año.

elementos de la dictadura que consideraba abominables. En 1951 escribió en *Cuadernos Americanos* un texto en el que parecía desahogar toda su rabia con motivo de la instalación de las bases norteamericanas en suelo español:

¿Dónde el honor, dónde la gloria, dónde la soberanía de que tanto cacareó el *Generalísimo*? ¿No hundió ya bastante a España, faltando a su palabra para con sus superiores, para con sus iguales, para con sus subordinados, en la fosa del atraso? ¿No produjo hambre bastante para saciarse? ¿No destruyó su país, no desgarró, no hizo llover miserias hasta hartarse? ¿No desmoronó, no invalidó, no esparció cenizas españolas a su gusto? (...) Hundió a España en la discordia sangrienta (...) Quince años de deshacer, de arruinar, de malbaratar. Quince años de privaciones, de vidas echadas a perder, de ceguera, de dolor, de sangre, de muerte, no le bastan. (..) Quince años para tener que rematar la tierra española y sus moradores, que no otra cosa es entregar bases a los norteamericanos<sup>331</sup>.

Tras estas palabras en las que se lee un inmenso enfado provocado por el dolor, terminaba apuntando de forma lapidaria: “No le bastó regar de sangre española la tierra española; tenía que vender el suelo empapado”.

Aub también pasó por algunas malas experiencias con los suyos, los exiliados españoles. En 1951 debido a ese contexto de Guerra Fría discutió con Mantecón<sup>332</sup> por la publicación de un cuento en el que enfrentaba los valores comunistas con los republicanos<sup>333</sup>. Esto no era raro en los primeros años del exilio, ya que el cuerpo de exiliados españoles parecía abocado a las constantes rencillas y discusiones, empezando ya en 1939 entre los partidarios de Negrín y los de Prieto —que como le escribió Pedro Salinas a Jorge Guillén: “se tiran a matar”—<sup>334</sup> y continuando hasta bien entrada la década de los cincuenta, periodo que estará trufado de constantes roces entre anarquistas, comunistas, socialistas de Prieto, socialistas de Negrín y los afiliados de

---

<sup>331</sup> Max AUB, “Bases norteamericanas en España”, *Cuadernos Americanos*, nº 5, septiembre-octubre de 1951, vol. LIX, pp. 72-80

<sup>332</sup> Gobernador General de Aragón durante la guerra y posterior Secretario General del Servicio de Evacuación de los Refugiados. Fue encerrado en el campo de Roland Garros junto con Aub en 1940. Ya en México desarrolló su carrera de catedrático e investigador, especializándose en bibliografía y paleografía.

<sup>333</sup> Rosa Martha PONTÓN, “Max Aub en México (1942-1974)”, *Escritos*, nº 32, 2005, pp. 41-63

<sup>334</sup> Jordi GRACIA, *A la intemperie. Exilio y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2010, p. 31

Izquierda Republicana<sup>335</sup>. Años más tarde, Aub parodiaría esta situación en su relato *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco*, donde relataba la apacible vida de un camarero mexicano hasta que a su bar llegaron los exiliados:

Los españoles —como de costumbre, decía don Medardo— lo resolvieron todo con sus partidos y subdivisiones sutiles que sólo el tiempo se encargó de aclarar en la mente nada obtusa, para estos matices, del mesero sonorense; por ejemplo: de cómo un socialista partidario de Negrín no podía hablar sino mal de otro socialista, si era largocaballerestia o “de Prieto”, ni dirigirle la palabra, a menos que fuesen de la misma provincia; de cómo un anarquista de cierta fracción podía tomar café con un federal, pero no con un anarquista de otro grupo y jamás —desde luego— con un socialista, fuera partidario de quien fuera, de la región que fuese. El haber servido en un mismo cuerpo de ejército era ocasión de amistad o lo contrario<sup>336</sup>.

Max Aub se sentía roto lejos de una patria en la que parecía que se estaba consolidando Franco. El constante pensar en España le llevó a establecer paralelismos entre sus dos países de acogida, escribiendo en *De algunos aspectos de la novela de la Revolución Mexicana*: “La gran diferencia vendrá más tarde ya que México hizo su revolución y España no, y será precisamente en 1939, cuando México se alza ya resueltamente sobre sus tierras cuando España le envía un numeroso grupo de intelectuales vencidos que colaborarán en una industrialización que sólo empezará veinte años más tarde en la península”<sup>337</sup>. Por si fuera poco, el régimen que le obligó a marcharse le felicitó ya a la altura de 1954 por su organización en la VI Feria del Libro y del Pabellón Español<sup>338</sup>. ¿Qué clase de enemigo es ese que aplaude al adversario? Peor aún se tuvo que sentir Aub cuando tres años antes la dictadura le había denegado la entrada en España para acudir al funeral de su padre. Durante esta primera mitad de la década de los cincuenta el escritor parecía buscar en los republicanos la culpa última de su destino: “Somos responsables de la injusticia por la sencilla razón de haber inventado la justicia. ¿Quién nos lo mandaba?”<sup>339</sup>.

---

<sup>335</sup> Ibíd. 82

<sup>336</sup> Recogido en Manuel AZNAR SOLER, *Escritos sobre el exilio*, Sevilla, Renacimiento, 2008, p. 93

<sup>337</sup> Francisco CAUDET ROCA, *op. cit.* p. 255

<sup>338</sup> Rosa Martha PONTÓN, *op. cit.* pp. 41-63

<sup>339</sup> Recogido en Manuel Aznar Soler (ed.), *op. cit.* 2003, p. 114

Pero por otra parte, como se ha visto anteriormente, la situación cultural española comenzó a cambiar a lo largo de estos años y a desarrollarse gracias a una nueva generación que deseaba contactar con los intelectuales exiliados. Deseo que se convirtió en realidad cuando en 1956 León Felipe consiguió unificar al fin a todas las fuerzas políticas del exilio bajo la idea de establecer relaciones con “los intelectuales de España”<sup>340</sup>. Un poco antes ya se habían producido los primeros acercamientos: en 1953 Juan Ramón Jiménez firmaba tres contratos con editores españoles y en 1954 publicaba en *Poesía Española* un poema en prosa que se recogerá en la Biblioteca Nueva de Madrid en 1957. La actitud cultural de la Iglesia española, encargada de mantener ocultos a todos esos autores del exilio, provocó un interés extraordinario por solicitarlos para tertulias y colaboraciones en distintas publicaciones<sup>341</sup>. La revista *Ínsula* mencionaba siempre que podía el nombre de José Luis Cano y en 1958 Camilo José Cela le pidió a Max Aub su colaboración en *Papeles de Son Armadans*. Anteriormente, el estudiante Ignacio Soldevilla le hablaba a Aub del gran ambiente de libertad existente en el Colegio Mayor de San Carlos. A la par, le informaba acerca de que se volvían a ver en circulación algunas de sus obras. El propio Aub le confesaba en 1955 que: “sus cartas me llenan de esperanza”<sup>342</sup>. Aun así, el reencuentro con el mundo intelectual traía a la memoria a aquellos que ya no podían vivirlo. Aub se acordaba de Federico García Lorca, cuya muerte achacaba al país entero: “Lo mataron por idiotas, por imbéciles. Y así han seguido siendo, cerrados de mollera, ciegos; España, ciega, sin lazarrillo siquiera, sentada a la puerta de Europa, con una escudilla en la mano, mendigando un trozo de pan, una limosna. Por idiotas”<sup>343</sup>.

---

<sup>340</sup> Jordi GRACIA, *op. cit.* p. 82

<sup>341</sup> Santos JULIÁ, *op. cit.* 2004, p. 385

<sup>342</sup> *Ibíd.* pp. 160-163

<sup>343</sup> Recogido en Manuel Aznar Soler (ed.), *op. cit.* 2003, p. 142

### 6.3. El exilio eterno (1955-1969)

Aunque la recuperación de los exiliados no dejaba de ser una buena noticia, no hay que olvidar que estos acercamientos entre el interior y el exterior se producían bajo un régimen dictatorial que seguía oprimiendo y aplastando cualquier rastro de oposición, lo que convertía este intercambio cultural en una victoria agri dulce. El régimen permanecía condenando al olvido a la cultura relacionada con la República derrotada, provocando en los artistas del exilio una especie de obsesión por volver a ver sus obras circulando en España<sup>344</sup>. El propio Aub apuntaba en su diario en 1958 si para los españoles él era algo más que un fantasma. Unos años más tarde, el escritor publicaba *El remate*, un relato en el que dos viejos amigos se reencontraban después de años de exilio. A través de un vivísimo diálogo, Aub ponía sobre el papel algunas de las cuestiones y debates internos que más le afectaban tanto a él como a buena parte de sus compañeros exiliados. Uno de los dos personajes de la obra comentaba: “¿Ir yo a España? Sería como faltar a un voto. No que me prometiera nada ni a nadie. Pero me sentiría disminuido, deshonrado, humillado, esclavo”, a lo que su amigo le respondía: “Nadie te dice que te quedes a vivir allí. No se puede”. Pero la vuelta, aunque deseada, significaba romper una especie de pacto que se había contraído en el momento de posicionarse a favor de la República: “Ni he venido a hacer de turista. Eso, para los que hayan olvidado”, sentenciaba el primero. Resuelta una de sus grandes contradicciones, Aub proseguía el relato abordando otra preocupación: la inutilidad de su sacrificio y el olvido que podía acarrear consigo. Cuando el primer personaje habla de los muchos años que lleva dedicado a la lucha antifranquista llega a la conclusión de que ha trabajado por algo que “nadie tiene ya en cuenta. Creía cuidar, curar a alguien vivo y velaba un cadáver. Muerto yo, sin saberlo. Sin saberlo ellos mismos”. “¿Quiénes ellos?”, le pregunta su amigo. “Los españoles”, contesta. A pesar de tratarse de una obra de ficción quedan claras las implicaciones que *El remate* tiene sobre una realidad que devoraba la esperanza de muchos exiliados. Max Aub ponía de manifiesto, aunque de forma teatralizada, una tristeza prolongada desde los primeros meses de 1939. Como remate final —nunca mejor dicho— Aub parecía poner en palabras de un personaje su sentencia de muerte:

---

<sup>344</sup> Josefa BÁEZ RAMOS, “La capacidad social para tolerar una disonancia cognitiva: la recuperación de los exiliados”. En Jose María BALCELLS Y Jose Antonio PÉREZ BOWIE (eds.), *op. cit.* p. 30

Perdimos. No lo admití hasta ahora que regresé. Creía que, a pesar de todo, quedaba vivo nuestro recuerdo, nuestro rastro; que la gente no hablaba, no escribía acerca de nosotros porque no podía, porque se lo prohibían, por miedo. Tal vez fue cierto los primeros tiempos, pero después, enseguida, sencillamente fuimos borrados del mapa. Un auténtico remate. Nadie sabe quiénes fuimos, menos todavía lo que somos. Ni siquiera vendidos al mejor postor... En cambio los traidores, los traidores imbéciles: imbéciles, no; ignorantes, fanfarrones, como Queipo...<sup>345</sup>.

La culpabilidad generada por el deseo de volver a España puede rastrearse en mucho otros exiliados, comprobando que con el paso del tiempo la lejanía respecto al lugar de origen comenzaría a ser insoportable para la mayoría de ellos. Por ejemplo, el poeta Pedro Salinas, que falleció en 1951, tuvo casi desde el inicio de su exilio la necesidad de volver a España. Así se lo decía a su pareja Margarita: “Siento como una gana íntima de irme a Europa, mejor dicho a España. Sé que es un disparate, sí, pero cuando pienso en ciertas cosas de allí, en ciertos lugares y luces (...) me dan ganas de rendirme”<sup>346</sup>.

De la misma forma que le ocurrió a Francisco Ayala, Aub comenzó a viajar regularmente a Europa a partir de la década de los cincuenta, aunque el Consulado francés en México le denegara el visado para entrar al país en 1956, mismo año en el que obtuvo la ciudadanía mexicana. Un año antes, Aub había escrito *Enero sin nombre*, donde el autor aprovechaba para desfogarse frente a la neutralidad que Francia había mostrado durante la guerra civil. Situando la acción en una carretera francesa, un personaje español comienza a espetarle a un periodista galo: “Te habla un muerto, un muerto de los vuestros, de los fabricados por vuestras propias manos. Un muerto. Un hombre podrido por vuestra paz de pasos para atrás, de no resistencia, de vuestra paz de no intervención, de vuestra paz de maricones”<sup>347</sup>.

El paso del tiempo parecía ir confirmándole que el capítulo de su vida en España se había cerrado para siempre. Revisando una pequeña novela que comenzó a escribir

---

<sup>345</sup> Escrito originalmente en 1961 y recogido en Joan Oleza Simó (dir.), *Max Aub. Obras completas. Relato, I*, Valencia, Generalitat e Institutió Alfons El Magnànim, 2006, p. 397

<sup>346</sup> Carolina RODRÍGUEZ-LÓPEZ, “De exilios y emociones”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 36, 2014, pp. 112-138

<sup>347</sup> Recogido en Carmen VALCÁRCEL, “Max Aub en el exilio: el compromiso de la vanguardia”, en Julio RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS (coord.), *La República y la cultura: Paz, guerra y exilio*, Madrid, Akal, 2009, p. 798



en 1934, y que nunca llegó a terminar, Aub se lamentaba de no haber podido finalizar por culpa de la guerra lo que consideraba que podría ser un gran libro. Finalmente lo pudo publicar en México en 1953, pero decidió dejarlo como estaba en 1936 y, de paso, se lo dedicaba a sí mismo, “in memoriam”<sup>348</sup>, como si hubiera fallecido. Ni siquiera parecía ya sentir emoción por los leves cambios que se divisaban en España. En 1958 le escribió una carta a Vicente Aleixandre en la que se resumían sus pensamientos: “Nadie, nadie en el horizonte, Vicente, nadie. O ¿dónde está el don Miguel de hoy? A lo sumo, Orteguitas, o “reformistas” idénticos a aquellos, todos amarillos, descoloridos. ¡Qué soledad la nuestra!, reducidos a esperar el maná”<sup>349</sup>. En parte no le faltaba razón, ya que a pesar de que sí había en España intentos de oposición antifranquista, la propaganda del régimen gozaba de una salud excelente. Pocos días después de que Aub le escribiera esa carta a Aleixandre, el *ABC* anunciaba la publicación del libro *La República en el exilio* de E. Comín Colomer<sup>350</sup>. Esta obra volvía a dar sustento a todos los ataques que la dictadura había ejercido contra la República en forma de exageraciones, mentiras y tergiversaciones de la realidad, con capítulos tan poco sospechosos de ser tendenciosos como “Acción Político-Terrorista clandestina del Comunismo” o “Preparación del Contubernio”<sup>351</sup>.

Este tipo de actitudes no hacen sino confirmar que detrás de la aparente apertura del régimen seguía existiendo una potente maquinaria propagandística que no pensaba en retroceder ni un milímetro. La fuerza represiva de la dictadura no solo se ensañaba con las voces disidentes del interior, sino que continuaba tratando de amedrentar las de aquellos a los que ella misma calificaba de “emigrados”. Anuncios como los del libro de Colomer, que seguían una estela de casi dos décadas de constantes desinformaciones y ataques hacia los exiliados —como se ha visto al inicio del trabajo— contrastan enormemente con los deseos y sentimientos que muchos de ellos seguían teniendo respecto a su pasado y al de sus vivencias en España. El mismo año que *ABC* publicaba ese *La República en el exilio*, Fernando Remacha escribía desde España a Julián Bautista: “Ya va a hacer 19 años que nos separamos en Gerona, ¿te acuerdas? Tal

---

<sup>348</sup> Max AUB, *Yo vivo*, Segorbe, Fundación Max Aub, 2003, p. 78

<sup>349</sup> Recogida en Xelo CANDE VILA (ed.), *Epistolario entre Max Aub y Vicente Aleixandre*, Sevilla, Renacimiento, 2014, p. 82

<sup>350</sup> Policía y escritor, fue uno de los grandes propagandistas del franquismo a la hora de centrar su obra en teorías conspirativas contra el comunismo y la masonería.

<sup>351</sup> Aparecido en *ABC Madrid*, 11/04/1958, p. 4

como está la cosa de enredada, no parece probable que podamos vernos pronto”<sup>352</sup>. Ambos eran músicos y habían trabajado juntos en multitud de ocasiones hasta que el desenlace de la guerra obligó a Julián Bautista a exiliarse a Buenos Aires, donde moriría en 1961 sin haber tenido la oportunidad de reencontrarse con su amigo.

Quizás uno de los momentos que Max Aub vivió con mayor ilusión aparece representado en la breve correspondencia que mantuvo con Dionisio Ridruejo durante 1958 y 1959. Todo comenzó cuando a raíz de un prólogo que Ridruejo había escrito para la obra de Panero —en la que se criticaba duramente poemas como *Canto general* de Neruda— Max Aub dijo en una conferencia que no hacía falta responder, “que ellos mismos se lo decían todo”. No obstante, el sentir de Aub ante el arrepentimiento y cambio ideológico de Ridruejo le llevó a escribir una misiva en 1958 en la que trataba de dejar a cada uno en su lugar. De manera fría y dura Aub le decía: “Hemos sido enemigos en todo, menos en poesía, frente a frente, sin tapujos, usted, con Falange, con Franco, con la dictadura. Soy socialista, sigo siéndolo. Usted se ha separado de los suyos, yo no. Tal vez piense ahora que teníamos razón”. El escritor tampoco podía olvidar el destino que el bando vencedor de la guerra le había reservado, y a pesar de conocer la nueva postura de Ridruejo le incluye entre los culpables: “Dentro de nada hará veinte años que nos echasteis de España, más de una vida”<sup>353</sup>. Apenas cuatro meses después Max Aub le volvía a escribir tratando de suavizar su posición, comentándole la ilusión que le había hecho ver una referencia a sus obras en su artículo escrito para *Siempre* y la posibilidad de verse en Francia a finales de año: “Nada me gustaría más que poder encontrarle”. Dionisio Ridruejo, siendo consciente de la emoción con la que le hablaba Aub, le respondió con una larga carta —escrita entre finales de 1958 e inicios de 1959— en la que trataba de explicar su ruptura con el franquismo y su evolución ideológica, siempre evitando la justificación personal o el eximirse de responsabilidades:

---

<sup>352</sup> Jorge DE PERSIA, “En torno a Manuel de Falla: músicos españoles en Argentina”, en Nicolás SÁNCHEZ-ALBORNOZ (ed.), *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Madrid, Siruela, 1991, p. 77

<sup>353</sup> Recogido en Domingo RÓDENAS (ed.), *Vueltas sin regreso. Max Aub y Dionisio Ridruejo*, Alcalá, Instituto Cervantes, 2018, pp. 81-83

Me habla usted de la vida frustrada o limitada de los que, para no soportar el yugo, se marcharon de aquí. Puede creer que jamás he dejado de pensar en ellos, con el dolor que usted no quería aceptar como bueno y que hoy quizá entienda. Era “nuestra otra mitad necesaria”. ¡Qué soledad la de esta España sin izquierda intelectual y política!<sup>354</sup>.

Max Aub, que iniciaba la década de los sesenta cumpliendo veinte años de exilio, seguía manteniendo una mirada sobre la realidad que cada vez se volvía más descorazonadora. Algo que contrasta enormemente con las esperanzas e ilusiones que demostraban otros exiliados. El 17 de enero de 1960, Carlos Esplá apuntaba en su diario acerca de un escrito de Niceto Alcalá Zamora en el que aseguraba que la restauración de la República en España estaba tan cerca que había que asegurarse de que los monárquicos no dieran un golpe de estado antes para impedirlo<sup>355</sup>. El optimismo de Alcalá Zamora era minoritario entre los exiliados, aunque sus esperanzas podían relajar las penas de los más predispuestos a la tristeza. Claudio Sánchez Albornoz recordaba cómo gustaba de llamar por teléfono a otro compañero exiliado para que le hablara de sus predicciones entusiastas sobre el futuro. Tras la conversación, el historiador salía pensando que “ahora quizá vaya de veras”<sup>356</sup> y que pronto podría retornar a España. Seguramente María Zambrano fue la que mejor supo recoger la desazón producida por tantos años de exilio:

Tan solo y hundido [el exiliado] en sí mismo y al par a la intemperie, como uno que está naciendo; naciendo y muriendo al mismo tiempo, mientras sigue la vida. La vida que le dejaron sin que él tuviera culpa de ello; toda la vida y el mundo, pero sin lugar en él, habiendo de vivir sin poder acabar de estar, cosa tan necesaria<sup>357</sup>.

Max Aub, por su parte, había asumido que su destino había sido decidido en el momento en que tomó parte por el bando republicano, y en su diario apuntaba:

---

<sup>354</sup> *Ibíd.* p. 92

<sup>355</sup> Carlos ESPLÁ, *Mi vida hecha cenizas*, Sevilla, Renacimiento, 2004, p. 274

<sup>356</sup> Claudio SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Mi testamento histórico-político*, Barcelona, Planeta, 1975, p. 63

<sup>357</sup> Recogido en Mercedes GÓMEZ BLESÁ, *op. cit.* p. 41

Estoy ligado por unas razones u otras, pero todas de dinero, con lo mejor que produjo la guerra civil: Guernica, que le pagué 150.000 francos a Picasso — dejándole la propiedad de la obra—. *L'Espoir* de Malraux a quien se le pagó como medio millón, dejándole también la propiedad de la película; Numancia de Cervantes, montada por Jean Louis Barrault, a quien di 15.000 francos para ayudar a su estreno en el teatro Antoine. No hice mucho más como agregado cultural<sup>358</sup>.

Por otra parte, se preguntaba en qué había ayudado eso a la victoria de la República. Eran obras que sobrevivirán “a la muerte del mañana” pero que no ayudaron a evitar la muerte cotidiana de la guerra. En caso de que se pudiera volver a ese momento, Aub reconoce que por cobardía y por su condición de escritor actuaría de la misma forma. “Y seguramente volveríamos a perder” concluye. En 1960 Aub pudo también proyectar por primera vez *L'Espoir* en México, hecho que supuso un pequeño orgullo para el escritor, aunque el director del film, André Malraux, le respondiera en una escueta epístola: “Está bien que hayamos hecho, en nuestro tiempo, lo que había que hacer...”<sup>359</sup>. Años más tarde, en una conferencia de 1968, el propio Aub reconocía que su generación era la de la guerra civil porque les había puesto, a él y a sus compañeros, donde estaban<sup>360</sup>.

La amargura del dramaturgo venía además acompañada por el envejecimiento de los compañeros y amigos del exilio. En un homenaje que *Cuadernos Americanos* rindió a León Felipe en 1963, Aub le advertía: “La mayoría de los españoles, León, se conforman hoy con lo que tienen; si quieren algo más es, como la enorme mayoría, tener más dinero y comodidades”<sup>361</sup>. Ese mismo año el escritor comenzó las tramitaciones para procurarse su vuelta a España. A pesar de su férrea negación a volver al país mientras siguiera existiendo la dictadura, el ya envejecido Max Aub sentía la necesidad de ver su tierra antes de que fuera demasiado tarde. Pero las autoridades españolas se lo impidieron, y así se lo anunciaba a Aleixandre: “Desgraciadamente han vuelto a negarme el visado para ir a abrazarte, ¿No podéis hacer algo para que esta

---

<sup>358</sup> Recogido en Manuel Aznar Soler (ed.), *op. cit.* 2003, pp. 266-267

<sup>359</sup> Gérard MALGAT, “El hispanista, el periodista, el ministro y el epistológrafo: juegos de cartas entre Jean y André Camp, André Malraux y Max Aub”, en Miguel CABAÑA BRAVO, Dolores FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Noemí DE HARO GARCÍA e Idoia MURGA CASTRO (coord.), *Analogías en el arte, la literatura y el pensamiento del exilio español de 1939*, Madrid, Doce Calles, 2010, p. 284

<sup>360</sup> Recogido en Ignacio PEIRÓ, *En los altares de la patria. La construcción de la cultura nacional española*, Madrid, Akal, 2017, p. 244

<sup>361</sup> “Homenaje a León Felipe”, *Cuadernos Americanos*, nº 1, enero-febrero de 1971, vol. CLXXIV, pp. 214-232

situación acabe y podamos charlar como nos corresponde?”<sup>362</sup>. Otra de sus grandes desgracias seguía siendo el desconocimiento que de él se tenía en España, hecho que le dolía especialmente cuando prácticamente toda su obra producida en el exilio la había realizado pensando en España y en su juventud, como el propio Aub le reconocía a José María de Quinto en una carta. Su tristeza se tornaba en auténtico terror cuando deducía que esa ignorancia acerca de sus escritos podía significar una condena al olvido conforme pasaran los años<sup>363</sup>.

Con el paso del tiempo, la melancolía conducirá a Aub por un pozo cada vez más opaco, como demuestra este apartado de *Hablo como hombre* de 1967:

Nunca ha reinado tanto el oscurantismo como en estas décadas que han visto desarrollarse explosivamente los medios de información; jamás, sabiendo tanto, se ha procurado que se sepa menos. Y ya que hablo de mí, me doy: escritor español y ciudadano mexicano, me hice hablando un idioma extranjero —nadie nace hablando— que resultó ser el mío. Poco le debo a los demás, mucho a mí mismo o lo que es casi igual: todo a los demás<sup>364</sup>.

Y es que la frustración de haber perdido algo por lo que se había luchado se transformaba ahora en incredulidad al ver cómo en España la situación parecía mejorar sin que nadie se preocupara por la permanencia de Franco en el poder. Hasta Buñuel, al que una ficha en los archivos de la Guardia Civil le describía como un depravado, un morfinómano abyecto y autor de *Las Hurdes*, una película abominable, crimen de lesa patria<sup>365</sup> pudo pasar una larga temporada en España para rodar *Viridiana*<sup>366</sup> en 1960 con “libertad absoluta tanto por parte del productor como de las autoridades”<sup>367</sup>. Y a pesar del escándalo que produjo su estreno Buñuel podría volver a su tierra natal sin mayores problemas, como demuestra el hecho de que diez años después regresara para rodar *Tristana* en Toledo.

Ante la idea de una vida sin volver a ver España, Max Aub procuró tratar de inculcar en las nuevas generaciones lo que significaba realmente el exilio, lo que

---

<sup>362</sup> Recogida en Xelo CANDE VILA (ed.), *op. cit.* p. 121

<sup>363</sup> José MARÍA DE QUINTO, *Memoria de Max Aub*, Segorbe, Fundación Max Aub, 2004, p. 23

<sup>364</sup> Francisco CAUDET ROCA, *op. cit.* pp. 240-241

<sup>365</sup> Luis BUÑUEL, *Mi último suspiro*, Barcelona, Debolsillo, 2012. p. 177

<sup>366</sup> Financiada por la ya mencionada productora UNINCI a cargo del militante comunista Muñoz Suay.

<sup>367</sup> Jordi GRACIA, *op. cit.* p.102

suponía el desgarró sentimental y físico producido en aquellos que lo padecen. Era un intento de salvar la memoria de la vida anterior, de salvar a su yo español, ya que “experimentó unos cambios tan profundos que, poco a poco y acaso sin darse cuenta — como suele ocurrir—, se fue metamorfoseando en lo que para él, y para tantos exiliados, era el “otro”; y empezó a ver y entender la realidad desde el “otro” que ya era —o casi era— él”<sup>368</sup>. Como alguien que ha visto sus esperanzas truncadas y enterradas por el franquismo, depositaba ahora sus anhelos en los jóvenes que le seguían en España. Hacia los hijos de los exiliados, o “segunda generación”, en México no parecía compartir mucho afecto debido a su aparente indiferencia política. Le parecían “un extraño retoño, sorpresivo y muy distinto al que podrían esperar”. Decía, por ejemplo: “Estos jóvenes lo ven todo negro por la moda; flacos, templados, desfallecidos, acobardados”<sup>369</sup>. Curiosamente cambió de parecer respecto a la “segunda generación” del exilio cuando a raíz de la celebración del 18 de julio que realizó la “representación oficiosa franquista” en México casi trescientos jóvenes españoles, descendientes de exiliados, crearon el Movimiento Español 1959, encabezado por la propia hija del escritor, Elena Aub. Max Aub se lo contaba así a Dionisio Ridruejo en una carta que al final nunca envió: “Me ha sorprendido —y no me ha sorprendido— esta actitud generacional en quienes se podía sospechar hubieran dado al olvido nuestras razones. De la espera nace la esperanza”<sup>370</sup>.

A los estudiantes peninsulares les dedicaba estas palabras: “Lo poco que hacemos, para ellos. Aunque no podamos nada, para ellos. Lo que hicimos, ¿si no es para ellos, para quién?”<sup>371</sup>. Estas declaraciones mostraban casi un intento desesperado por otorgar sentido al sacrificio de la República, a lo que pudo avanzar España de 1931 a 1939, y a vivir treinta años de exilio. Pero la condena de Aub y los suyos parecía carente de sentido cuando la dictadura de Franco llevaba años siendo reconocida internacionalmente, cuando cada año más turistas acudían a España y cuando la nueva generación a la que se dirigía el escritor buscaba algo distinto a la II República.

Llevar casi treinta años pensando en España produce, irremediablemente, un deseo por volver a verla, por visitarla, por contemplar una vez más sus paisajes y sus

<sup>368</sup> Francisco CAUDET ROCA, *op. cit.* p. 260

<sup>369</sup> Arturo SOUTO ALABARCE, “Max Aub y México”, En Gabriel ROJO y James VALENDER (coord.), *Homenaje a Max Aub*, México D.F., El Colegio de México Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2005, pp. 265-266

<sup>370</sup> Recogido en Domingo RÓDENAS (ed.), *Vueltas sin regreso. Max Aub y Dionisio Ridruejo*, Alcalá, Instituto Cervantes, 2018, pp102-103.

<sup>371</sup> Rosa Martha PONTÓN, *op. cit.* pp. 41-63

gentes, por crear la ilusión de que uno vuelve a vivir allí. Más aún cuando se acercaba la vejez y la idea de morir en México resultaba cada vez más factible, ¿pero cómo justificar la visita a la España de la dictadura? La respuesta fue el libro que Aub preparaba sobre Luis Buñuel al que tituló como *Luis Buñuel: Novela*. Con la excusa de recoger fuentes y entrevistas para el libro, el anciano escritor preparó su viaje a España en 1969. Una vez allí, al encontrarse con un viejo conocido que sacaba a relucir sus palabras acerca de no volver a la Península mientras viviera Franco, Aub le respondía que se debía al libro sobre Buñuel. “Cuentos” le respondió su amigo. “Es posible”, afirmó Aub<sup>372</sup>.

Unos meses antes de su llegada a España, el escritor recibía la noticia de que su amigo Dámaso Alonso había sido nombrado presidente de la RAE. Además de alegrarse, el escritor no podía dejar de recordar a los que también se merecían un reconocimiento similar pero nunca pudieron conseguirlo. En su diario apuntaba: “¿en qué sillón está Federico, en cuál Miguel, en dónde Pepe? (...) ¿y Paco, y Américo sobre todo? ¿Cómo murió Canedo? Yo sé que todo eso no cuenta, con razón: todo acaba y hace mudanza”<sup>373</sup>. Poco después acompañó a Luis Buñuel en un pequeño viaje durante el que, a la noche, ambos miraban las estrellas y el cineasta se preguntaba a qué había venido al mundo<sup>374</sup>.

---

<sup>372</sup> Max AUB, *La gallina ciega*, Madrid, Visor Libros, 2015, p. 239

<sup>373</sup> Recogido en Manuel Aznar Soler (ed.), *op. cit.* 2003, p. 432

<sup>374</sup> *Ibíd.* p. 433

#### 6.4. Aub y su segunda España: “He venido pero no he vuelto” (1969-1972)

“He venido pero no he vuelto”. Con esta simple respuesta que dio Max Aub a un periodista se resume todo lo que significaba su vuelta a España en 1969. Llegó el 23 de agosto de ese año al aeropuerto de Barcelona con “pasaporte mexicano y un visado de tres meses”<sup>375</sup> y se iría el 4 de noviembre, de vuelta a México. Lo vivido durante ese periodo de tiempo lo reflejaría, a través de notas, en un diario que terminó publicando con el título de *La gallina ciega*, nombre que para Andrés Trapiello podría hacer referencia inconsciente al cuadro de Goya en el que dos hombres se matan a garrotazos con las rodillas hundidas en el fango<sup>376</sup>. Y es que este es un libro en el que Aub parece no soportar nada de la nueva realidad española, es para él un país distinto que ha olvidado todo por lo que la gente de su ideología y su generación peleó y perdió. España es en 1969 un país vacío, de apariencias, consumo e individualismo. Las reflexiones que hace Aub en *La gallina ciega* podrían llevarnos a calificarlo de viejo cascarrabias si no fuera por el tremendo dolor que se filtra entre sus palabras. Tan duro es para él que escribe:

Me vuelvo a México donde no soy nadie o por lo menos hacen como si no lo fuera, lo que viene a ser lo mismo. (...) España ya no es España. No es que haya muerto como proclamaron Cernuda o León Felipe. Normalmente, por los años pasados, es otra. Y, como es natural, a mí me gusta menos<sup>377</sup>.

Francisco Ayala recordaba que Aub había preservado una imagen de España “deseada durante el tiempo de la República y de la guerra” que irremediamente iba a chocar frontalmente con lo que el país era realmente a la altura de 1969. Lo que no podía comprender Aub, prosigue Ayala, es que el crecimiento económico y el relativo

---

<sup>375</sup> Manuel AZNAR SOLER, Prólogo de *La gallina ciega*. Madrid, Visor Libros, 2015, p. 7

<sup>376</sup> Andrés TRAPIELLO, *Las armas y las letras. Literatura y Guerra Civil (1936-1939)*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2010, p. 439

<sup>377</sup> Max AUB, *La gallina ciega*, Madrid, Visor Libros, 2015, p. 204



bienestar social de España se hubieran “cumplido sin ideología y sin intención, como un resultado casi mecánico del reflujo económico europeo”<sup>378</sup>.

En los tres meses que duró su viaje, Aub visitó Barcelona, Valencia y Madrid. También realizó una breve parada en Zaragoza, del 11 al 13 de octubre, para entrevistarse con varios familiares de Luis Buñuel. Los pensamientos relacionados con la guerra y las maquinaciones de “qué hubiera pasado si...” fueron constantes durante toda su estancia en España, y en Zaragoza no pudo evitar pensar, junto con un antiguo compañero de Buñuel, qué hubiera pasado si los republicanos hubieran conquistado la capital aragonesa: “Pero no la tomamos”<sup>379</sup>. Max Aub caminó por el Coso zaragozano, que parecía haber cambiado, o quizá no. Da igual, mientras “la gente alegre, cursi y hasta elegante tomando cervezas, tapas, helados, vino, vermouths, en espera del cordero o ternasco”<sup>380</sup> apuntaba el escritor.

Max Aub vivió el desencanto por la juventud española. La ceguera que le producía la tristeza le impidió ver el esfuerzo que muchos de ellos llevaban haciendo durante años con el objetivo de revitalizar la cultura en España y crear un cuerpo intelectual lo suficientemente fuerte como para oponerse a la dictadura. A pesar de reunirse con gente como Javier Pradera —que aunque a la altura de 1969 había abandonado el PCE tenía a sus espaldas un largo historial de militancia y activismo—, Aub solo se lamentaba de que los estudiantes apenas conocieran a la generación del 27, que no supieran nada o casi nada de Lorca, Alberti y Hernández. Pero cuando un joven se atrevió a describirle cuál había sido la realidad bajo el franquismo el viejo escritor no pudo evitar reflexionar sobre su actitud:

¿Qué me he creído? ¿Qué porque me fue mal fuera de las fronteras, a los treinta y pico años, puedo compararme en daños con éstos que nacieron veinte años más tarde? Velos. (...) Pudiste educarte en una escuela atea, siéndolo o no, y pudiste escoger: ellos no. Crecieron en un ambiente en el que les enseñaron que sus padres eran unos asesinos y gente de peor ralea. Los educaron contra sí mismos<sup>381</sup>.

---

<sup>378</sup> Rosario HIRIART, *Conversaciones con Francisco Ayala*, Granada, Fundación Francisco Ayala y Universidad de Granada, 2014, p. 54

<sup>379</sup> *Ibíd.* p. 274

<sup>380</sup> *Ibíd.* p. 275

<sup>381</sup> *Ibíd.* pp. 119-120

El reencuentro con viejos conocidos tampoco mejoraba la impresión del país, porque los que no se habían “vendido” al régimen sentían lo mismo que Max Aub o incluso más, ya que a diferencia del escritor ellos no tuvieron opción de marcharse. Hablando con Fernando Dicenta, Aub le preguntaba qué le parecía España. Éste le respondió que bien. “¿Qué va a decir?” se pregunta Aub a sí mismo. “No conocen otra cosa”<sup>382</sup>. Esto hizo crecer la culpabilidad del dramaturgo, haciéndole creer que su condición de exiliado era egoísta, porque en México había podido dedicarse a lo que había querido, había mantenido a su mujer e hijas y se había reencontrado con otros amigos exiliados. Y a pesar de todo le seguía doliendo una España sucumbida a la dictadura cuando ni siquiera vivía cerca de ella. También parecía aflorar un cierto orgullo personal herido al no encontrar, ni siquiera en Valencia, obras suyas a la venta. O no las suficientes, como si viviera “una cierta desolación ante lo fundamental: el reconocimiento como escritor”<sup>383</sup>. Pero es que habían pasado treinta años desde que escribía en España, y jóvenes como Francisco Umbral constataban que la vuelta de exiliados como Max Aub se producía un poco tarde<sup>384</sup> para una nueva generación que tenía inquietudes e intereses distintos.

No solo era la juventud española o los viejos amigos los que provocaban desasosiego en Aub, era también el crecimiento urbanístico o la propia comida, a la que otorga una importancia capital durante todo el libro, especificando siempre en sus diarios qué platos comía o cenaba. Y aunque le producía cierta satisfacción volver a probar comida española después de llevar treinta años alimentándose de cocina mexicana, el guiso, el cocido o el asado no le saben igual. “España ha cambiado hasta de estómago”<sup>385</sup>, declaraba. Tampoco ve nada que celebrar cuando le enseñan con orgullo un nuevo ensanche o una autovía recién construida, ¿para qué? Lo mismo pasa en París, Londres o Roma. Para el recuerdo romántico de Aub, España ha perdido su excepcionalidad. El pueblo es ahora antirrevolucionario, solo quiere ser feliz. Y ser feliz es “no ser partidario de una sociedad justa, ni de la justicia (...) Ahora no cuentan las ideas”<sup>386</sup>.

Este desánimo producido por no encontrar lo que se buscaba o no reconocer lo que se había guardado en la memoria se puede rastrear, una vez más, en otros muchos

---

<sup>382</sup> Ibíd. p. 57

<sup>383</sup> Jordi GRACIA, *A la intemperie. Exilio y cultura en España*. Barcelona, Anagrama, 2010, p. 186

<sup>384</sup> Ibíd. p. 187

<sup>385</sup> Max AUB, *La gallina ciega*, Madrid, Visor Libros, 2015, p. 249

<sup>386</sup> Ibíd. p. 295

exiliados. Concha Méndez, que había realizado un viaje del mismo tipo que Aub pero tres años antes, escribió estos versos tras comprobar que su destino ya estaba para siempre separado de su tierra natal: Que no encontré a nadie / los que conocía / se los llevó el aire<sup>387</sup>. Una sensación muy parecida recoge la película *En el balcón vacío*, dirigida por Jomí García Ascot en 1961. Tras narrar las peripecias de Gabriela, una niña cuya familia tuvo que exiliarse, el film termina con ella, ya adulta, regresando a la casa de su infancia en España. Allí, a pesar de reconocer las habitaciones, no encuentra aquellos objetos que ocupaban su pensamiento ni escucha ya las voces de sus padres y hermanos. Arrodillada frente a la ventana a la que solía asomarse de pequeña, la protagonista solo puede llamar a gritos a los familiares que ya no están.

Una sensación parecida, y que puede resultar utilísima para comprender este tipo de emociones, aparece en la película *Las veredas de Saturno*, dirigida por Hugo Santiago y escrita por Jorge Semprún, que siempre demostró una sensibilidad exquisita a la hora de reconstruir el panorama desolador del exilio. Fabián Cortes, un exiliado de Aquilea —país inventado— que reside en París desea volver a su patria, que continúa viviendo bajo una férrea dictadura. Su pareja francesa habla en un determinado momento con otro exiliado alegando que algún día en Aquilea caerá la dictadura y la nación volverá la normalidad, a lo que el otro responde que nunca fue “un país normal”. Ella contesta que en el fondo ellos son monstruos de orgullo, definición que él acepta añadiendo que el exilio solo ha acrecentado esa faceta. Pero lo trágico surge cuando, imaginando ese día en el que la dictadura caiga y se pueda entrar en un bar a tomar un café, el azúcar ya no se podrá echar como antes, “ni beberlo del mismo modo. Los gestos serán distintos. Algo terrible habrá ocurrido para siempre”. El exiliado continúa hablando acerca de que la dictadura expulsó a los que inventaban y pensaban Aquilea —referencia clarísima al exilio republicano español— y cuando esta les pida que vuelvan, ya no los encontrará: “Estarán muertos o quebrados y no habrá otros. El hilo se ha roto y los muertos no tienen hijos”<sup>388</sup>.

La derrota de Aub fue doble cuando *ABC* se hizo eco de su llegada, le entrevistó y celebró su visita. El artículo dedicado al escritor resumía su vida en prácticamente una línea: “Max, de ideas socialistas, tomó partido, y, al concluir esta [la guerra], hubo de

---

<sup>387</sup> María PAYERA GRAU, “Desterrada de mí. La voz poética de la mujer en el exilio”, en Miguel CABAÑA BRAVO, Dolores FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Noemí DE HARO GARCÍA e Idoia MURGA CASTRO (coord.), *op. cit.* p. 216

<sup>388</sup> *Las veredas de Saturno*. Dirigida por Hugo Santiago. Caliban Audiovisuel y Euro-America-Films, 1986.

expatriarse”. También inventaba el motivo de su llegada a España aludiendo a que se sentía “más español que nunca” y transcribía las cursis palabras de un amigo de la infancia de Aub en las que aseguraba que a pesar de las vidas tan distintas que habían llevado seguro que si se volvían a encontrar sería como si el tiempo no hubiera pasado. Aub, en un ejercicio de fina ironía, le decía al periodista: “He llegado a España, a nuestra España, con el corazón gozoso, con los ojos alerta, con la verdad por delante”<sup>389</sup>. Este grato recibimiento por parte de la prensa no impidió que exactamente nueve días más tarde de la publicación de este artículo, apareciera una noticia donde se daba cuenta de la prohibición de la lectura pública de una obra de Max Aub porque “no había sido sometida a censura previa”<sup>390</sup>. El ministro Fraga también intentó concertar una cita con Aub —de la misma forma que lo intentó con Francisco Ayala, como se ha visto en el apartado dedicado al escritor granadino—, pero parece que no llegó a producirse<sup>391</sup>.

La España del desarrollismo solo fue soportable para Max Aub gracias al apoyo de su mujer Perpetua Barjau, que le acompañó en todo momento. Pero el agotamiento producido por el constante enfrentamiento con los fantasmas del pasado y con una idea de país radicalmente opuesta a la suya le llevaron a decidir que no iba a morir en España. Poco antes de su vuelta a México, *ABC* publicaba un artículo bajo el título “Las distintas actividades de los escritores que vuelven”, en el que se hablaba brevemente de algunos exiliados que comenzaban a verse en la vida pública española. Se aprovechaba para elogiar a figuras como Ayala, que venía “sin exhibiciones y como un sigilo, sin aprovechar oportunidades para declaraciones más o menos polémicas. Ayala es hombre de ideas ya lejanas de extremismos”, o Manuel Andújar, que ya llevaba en España “unos dos años (...), dos años en silencio y trabajo”. Frente a estas virtudes encontradas en aquellos que no buscaban reivindicar su ideología o su oposición al régimen, aparecían unas declaraciones de Aub pronunciadas con el único objetivo de incordiar. El autor decía que Buñuel iba a hacer su última película sobre la vida de Cristo, que él mismo era el mejor autor vivo junto con Sender y valoraba negativamente el teatro español y TVE<sup>392</sup>. Para darle una especie de colofón lacrimógeno que suavizara estas palabras, el periodista se imaginaba la posibilidad de que Sender y Aub se reencontraran

---

<sup>389</sup> Emilio GASCÓ CONTELL, “Max Aub en Madrid”, *ABC Madrid*, 09/10/1969, p. 117

<sup>390</sup> *ABC Sevilla*, 18/10/1969, p. 78

<sup>391</sup> Unos años antes, José María de Quinto ya le había comunicado a Aub que la liberalización encauzada por Fraga estaba siendo “un cuento tártaro” y que precisamente le habían censurado un artículo que hablaba, precisamente, de esa liberalización. En José MARÍA DE QUINTO, *op. cit.* p. 89

<sup>392</sup> Miguel FERNÁNDEZ-BRASO, “Los escritores que vuelven”, *ABC Madrid*, 13/11/1969, pp. 136-137

en su tierra: “¿Se abrazarán aquí, en la capital de España, los dos novelistas forjados en el exilio?”.

Un día antes de su vuelta a México, Aub recibió un breve destello de esperanza cuando se le informó de la progresiva toma de conciencia de las trabajadoras. Ante su sorpresa, se le reiteró la lúcida actuación del sector obrero femenino contra la clase media liberal. Parecía que no todo estaba perdido. Tras su llegada al país mexicano el viejo escritor comenzó a dar forma al diario que había escrito durante su viaje por España. El resultado sería *La gallina ciega*, publicada finalmente en 1971. El libro tenía algo de sabor a capítulo final, y su finalización suponía para él una especie de cierre definitivo. A su amigo Francisco Ayala le decía en 1970: “Más ganas tengo de estar contigo que tú conmigo, entre otras cosas porque acabo de dar a la imprenta el original de mi diario del viaje, *La gallina ciega*.”<sup>393</sup>. Pero la ilusión por haber acabado esta obra no reconfortaba de todo al escritor, cuya visita a España no le había tranquilizado prácticamente en ningún aspecto. En *Cuadernos Americanos* recordaba una velada durante su estancia en Madrid en la que no podía olvidar la muerte de Miguel Hernández y recapitulaba la presencia extranjera a lo largo de toda la historia de España, como si quisiera contrarrestar cualquier mito nacionalista, aunque en ningún momento hiciera alusión a ese aspecto:

Los españoles somos extraordinarios porque un judío genovés descubrió América, porque un rey alemán fundó su imperio, gracias a un general inglés resistimos a Napoleón, porque con la ayuda de comunistas multicolores y anarquistas de todas las clases combatimos durante tres años a otros españoles ayudados por uniformes alemanes e italianos. (...) El pueblo español no es mejor ni peor que los demás. Pero el resultado actual no es muy brillante<sup>394</sup>.

En este periodo de tiempo recibió también la noticia del fallecimiento de una amiga a la que visitaron en España —“era buenísima”, recordaba, “aguantó treinta años de desgracias por las “ideas” republicanas de Fernando. Y algo más”—. Aub comenzó

---

<sup>393</sup> Carta de Max Aub a Francisco Ayala, 17/10/1970. en la Fundación Francisco Ayala, [http://www.ffayala.es/epistolario/cartas\\_con/](http://www.ffayala.es/epistolario/cartas_con/) Consultado el 08/08/2020

<sup>394</sup> Max AUB, “Una cena en Madrid en 1969”, *Cuadernos Americanos*, nº 1, enero-febrero de 1971, vol. CLXXIV, pp. 214-232

también a reflexionar sobre el futuro de España ahora que veía su muerte próxima. En su diario se planteaba qué iba a pasar con el país, aunque su esperanza no le hiciera presagiar nada bueno. Quizás fue esta desesperanza generalizada hacia todo la que le llevó a visitar España una vez más en 1972, aprovechando la invitación que le brindó la Imprenta Soler con motivo de un sentido homenaje. Max Aub aprovechó la visita para saldar algunos encuentros pendientes y realizar una serie de gestiones de cara a nuevos trabajos. De nuevo en el país, se encontró con Vicente Aleixandre, que recordaba el momento intuyendo que los dos se estaban despidiendo para siempre:

Se puso de pie. Yo estaba echado y no podía darme un abrazo. Estrechó callado mi mano y con un súbito movimiento de viejísima ternura la acercó a sus labios. Besé la suya con respeto y silencio. En sus ojos húmedos había un adiós y — ¡cómo lo entendí!— como un presentimiento de la última despedida<sup>395</sup>.

A pesar de que este viaje parecía, a todas luces, significar un adiós definitivo, Aub no perdió su mal genio ni cambió de parecer respecto a la dictadura. El 23 de mayo de 1972 apuntaba en su diario: “Vuelvo a repetirlo, no entiendo a todos esos moribundos que aspiran a ser enterrados aquí, a pesar de sus ideas. Mientras reine Franco, no morirme en España ni por casualidad. Cualquier otro lugar sería bueno”<sup>396</sup>. Según su hija Elena, volvió a México “con proyectos para realizar en España, con Pedro Altares y otros, el día en que pudiera regresar con otra calma, sin tanta congoja como en el primer viaje”<sup>397</sup>. Pero ya no pudo volver. Max Aub moriría en su residencia mexicana el 22 de julio de 1972, tres días después de abandonar España por última vez<sup>398</sup>.

La noticia de su muerte era anunciada en *ABC* en un pequeño cuadradito en el margen izquierdo de la página, aunque más adelante se publicaba una entrevista realizada durante la visita de 1972. Lejos de maniqueísmos e intentos por suavizar la realidad, el entrevistador Tico Medina mostraba el debido respeto a Max Aub y le

---

<sup>395</sup> Recogido en Xelo CANDE VILA, *op. cit.* p. 13

<sup>396</sup> Recogido en Manuel AZNAR SOLER (ed.), *op. cit.* 2008, p. 377

<sup>397</sup> Roberto MIRANDA ZARAGOZA, “España reconoce la obra de Max Aub”, *El Periódico de Aragón*, 22/12/2003. [https://www.elperiodicodearagon.com/noticias/escenarios/espana-reconoce-obra-max-aub\\_92924.html](https://www.elperiodicodearagon.com/noticias/escenarios/espana-reconoce-obra-max-aub_92924.html) Consultado el 28/04/2019.

<sup>398</sup> Rosa MARTHA PONTÓN, *op. cit.* pp. 41-63

reconocía como uno de los grandes autores españoles contemporáneos. A la pregunta de qué tendrían que hacer los españoles para que no se volviera a marchar Aub respondía con sorna: “Necesito diez mil duros mensuales, y no comprometidos, para quedarme, trabajando, pero sin compromisos editoriales”. La conversación continuaba y el escritor se atrevía a hablar de sus emociones más profundas, alegando que toda su vida había negado la existencia de las dos Españas pero que en este momento, tras volver después de tanto tiempo, se había dado cuenta de que estaba equivocado, de que existía “la España de mi juventud y la España de mi vejez (...)”. Entonces no me puedo extrañar de que el 99 por 100 de los españoles, y creo que me quedo corto, no tienen ni la menor idea de mi nombre”. Demostrando la seriedad con la que quería llevar a cabo la entrevista, Medina le preguntaba acerca de qué significaba para Aub la palabra exilio. Tras un suspiro de cansancio después de treinta años alejado de España, el escritor respondía:

Le podría contestar que la palabra exilio es un invento judío; es decir, el invento del paraíso, un invento bíblico, y ya sabemos que España es una tierra bíblica... Es decir, que nos echaron del paraíso en el momento de pecar y yo soy un pecador como otro cualquiera, así que... Lo que pasa es que eso podría parecer una cosa poco seria. Verá usted..., el exilio para mi generación es el hierro de una ganadería.

“Una ganadería brava”, le respondió Medina lleno de admiración. Tras acabar la conversación, el entrevistador prosigue el artículo reconociendo que salió disparado a la librería más cercana para comprar un libro de Max Aub y para su sorpresa, lo había. “Lástima que cuando fui a que me lo firmara se había marchado camino de Méjico. Pero le espero a que vuelva, viejo amigo”, concluía Tico Medina<sup>399</sup>.

Los homenajes a Max Aub no tardaron en llegar. Amigos y admiradores no podían sino hablar de la mejor forma posible de una de las voces más grandes del exilio republicano. Vicente Aleixandre recordaba que Max Aub era “siempre una victoria” y quería que sus palabras hacia su amigo fueran un puñado de polvo, pero de polvo

---

<sup>399</sup> Tico MEDINA, “Con Max Aub”, *ABC Madrid*, 25/07/1972, pp. 77-79

español: “de la otra tierra que él amó tanto, donde nació su verbo y, por la que el hombre dio mucho más que la vida”<sup>400</sup>. Jorge Semprún también recordó en *Autobiografía de Federico Sánchez* el momento en el que se enteró del fallecimiento del escritor: “Muerto Max Aub en México, del corazón — ¿pero de qué puede morir un desterrado, si no del corazón?—”<sup>401</sup>.

Tras la muerte de Francisco Franco, algo que sin duda Aub habría querido presenciar con sus propios ojos, Juan Goytisolo escribía un artículo titulado “In memoriam” en el que se lamentaba que por deseado que fuese el momento llegaba tarde para muchos de los que más resistieron contra el dictador. Entre los nombres que ponía de ejemplo citaba a León Felipe, Julio Álvarez del Vayo y, cómo no, a Max Aub. “Nadie podrá resucitarlos”<sup>402</sup>, sentenciaba. Muchos años después, con motivo del Congreso internacional *Max Aub y el laberinto español* celebrado en 1996, Francisco Ayala presentaba un discurso bajo el título “Laudatio a Max Aub”. En él repasaba su amistad con el escritor y su actitud siempre combativa a pesar de la amargura que le perseguía:

Insistió siempre con obstinado empeño en ser no ya un escritor de lengua española sino un escritor español y un español exiliado. El más exiliado de todos los españoles —diría yo—. El escritor que hizo de España, de la guerra civil y del exilio mismo asunto principal y luego casi único de sus preocupaciones creadoras<sup>403</sup>.

Finalmente, y tratando de aliviar uno de los miedos más grandes de Aub, el escritor granadino finalizaba su intervención expresando que desde su muerte ha quedado perenne en la memoria de todos, viviendo entre nosotros y en la evocación de las generaciones futuras.

---

<sup>400</sup> Recogido en Xelo CANDE VILA, *op. cit.* p. 48

<sup>401</sup> Jorge SEMPRÚN, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1977, p. 303

<sup>402</sup> Recogido en Jordi GRACIA y Miguel Ángel RUIZ CARNICER, *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001, p. 430

<sup>403</sup> Francisco AYALA, “Laudatio a Max Aub”, dentro de Cecilio ALONSO (coord.) *Actas del Congreso internacional Max Aub y el laberinto español*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1996, vol. I, p. 32



## 7. Conclusiones

La primera idea que debe ser resaltada es que el exilio, a pesar de ser una experiencia que se podría considerar común, afectó de múltiples maneras a todas las personas que se vieron abocadas a él. Jorge Semprún fue un exiliado combativo, que trabajó en España de manera intermitente durante diez años siguiendo la estrategia del PCE y arriesgando su propia vida por la idea de acabar con la dictadura y establecer un proceso que devolviera la democracia a España. Este riesgo solo se puede explicar por su extremada inteligencia y su capacidad de sobrevivir en situaciones de auténtico peligro, sin duda aprendidas durante su paso por el campo de concentración de Buchenwald. Por otro lado, Max Aub, veinte años mayor que Semprún y con un bagaje muy distinto —aunque resulta curioso que los dos hicieran el mismo camino a la inversa y con una motivación similar: Aub llegando a España desde Francia por la Primera Guerra Mundial y Semprún tomando un barco rumbo a Francia por culpa de la Guerra Civil— vivió treinta años fuera de la España que había amado casi como un romántico del siglo XIX. Su vida no corrió riesgo en ningún momento, salvo durante los duros meses en los campos de concentración franceses, y cuando visitó España lo hizo prácticamente con total libertad, pudiendo moverse a voluntad y reencontrándose con todos los viejos amigos que pudo. Por su parte, Francisco Ayala sí sufrió los estragos de la guerra al perder a varios familiares cercanos, incluido su padre, aunque eso no le impidió nunca posicionarse de una manera distante respecto a sus propias implicaciones con España. Como progresista librepensador siempre estuvo en contra del régimen franquista, aunque no considerara oportuna la participación militante para mostrar su rechazo. De hecho, por sus palabras puede apreciarse que detestaba de igual forma al marxismo. Ayala, al contrario que Aub, pudo visitar España antes que é y de manera continuada, llegando a ver no sólo el final de la dictadura sino la plena consolidación de la democracia en España.

Como las de ellos tres existen otras tantas miles de historias. Julián Grimau, también militante comunista, no pudo contar la suya porque fue ejecutado por el régimen franquista en 1963. Otros escritores y artistas como Aub y Ayala se reconciliaron antes con España, otros se adaptaron a vivir en el exilio el resto de sus vidas, y otros tendrían oportunidades tan curiosas como Luis Buñuel, que pudo rodar

dos películas durante la dictadura en 1960 y 1970. Aun con todo, al igual que Max Aub, moriría en México en 1983.

También hay que apreciar la diferencia entre las distintas generaciones del exilio. La de Max Aub en raras ocasiones llega a superar la pérdida de una patria republicana, construyéndose para sí misma un caparazón de tristeza y desarraigo que le impide apreciar cualquier acción que ocurra en el interior de España, ya que no puede ver más allá del muro que supone la dictadura de Franco. Incluso cuando los editores y estudiantes españoles comienzan a contactar con ellos pidiendo su colaboración en publicaciones de índole cultural o con motivo de la reedición de alguna de sus obras, los exiliados como Aub continúan sin ver ningún avance, y aunque agradecen el gesto no les llegan a reconocer del todo su empeño. La broma parece culminar cuando es el propio ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga, quien pide hablar con Aub cuando éste vuelve a España en 1969. ¿En qué lugar deja a los exiliados que la propia dictadura que les hizo abandonar su país quiera ahora entrevistarse con ellos?

Francisco Ayala representaría a aquella minoría que no permitió que la nostalgia del exilio terminara por acaparar su vida al completo. Nada más cruzar la frontera con Francia, el intelectual granadino asentó la manera en la que se iba a sobreponer al tiempo que le esperaba lejos de España. También tuvo suerte, ya que gracias a sus amigos en Argentina en seguida pudo enlazar una serie de empleos que le ayudaron a escapar de la ruina y la pobreza en la que se vieron sumidos otros compañeros refugiados. La actitud de Ayala representa la de una persona fuerte que prefiere concentrarse en su inmediata realidad antes que dejarse llevar por la duda surgida de preguntas como qué hubiera pasado si no se hubiera perdido la guerra o cuánto faltaba para regresar a España. Esta predisposición, a pesar de ser minoritaria, no era única de Ayala, y puede encontrarse en otras personalidades del exilio como la propia María Zambrano.

Por otra parte, los exiliados más jóvenes y más militantes como Semprún no sentían ningún mal a la hora de vislumbrar los cambios sociales y económicos en España, ya que su único deseo era dar salida a la dictadura y democratizar el país. Para ellos la II República no significa demasiado y, junto con los activistas del interior como Enrique Múgica o Dionisio Ridruejo, deseaban encontrar un camino que uniera a la mayor cantidad de españoles posible. No por nada serían ellos los que terminaron por construir la Transición tras la muerte del Caudillo. Por eso mismo no pudieron entenderse con la generación de Max Aub o Rosa Chacel, ya que la causa de su partida

había sido la derrota de la República, y renunciar a ella sería como acabar con una parte de sí mismos, su exilio dejaría de tener sentido y, por ende, también su tristeza. Pero, como se ha visto, Semprún también comenzó a sentir en cierto momento una especie de incompreensión hacia la situación que le había tocado vivir, aunque esta no está tan directamente relacionada con la idea de España como con la realidad del Partido. Los continuos fallos en la estrategia del PCE y su cierre en banda a aceptar cualquier tipo de crítica produjeron en Semprún el mismo desacoplamiento que Aub podría tener con la realidad española, y que pasaba por la duda hacia uno mismo y hacia la pérdida de sentido en lo que se lleva haciendo durante tanto tiempo. A pesar de haber sido durante años un militante fiel y seguir cualquier directriz del Partido, incluso si se trataba de quitar de en medio a viejos amigos como en el caso de Javier Pradera, la venda sobre los ojos terminaría por caerse. Jorge Semprún se desligó del PCE, pero no de sus ideales.

Como se ha visto, tanto Aub como Semprún sabían del otro. El joven militante dedicaba unas hermosas palabras al escritor cuando se enteró de su muerte, a pesar de que en vida este le había acusado de desconocer la realidad española. No sé muy bien hasta qué punto alguien nacido en España, que fue exiliado español y militante del PCE con diez años de actividad en el interior —durante la que vio a multitud de compañeros y amigos ser detenidos, torturados e incluso ejecutados— estaría de acuerdo con esta afirmación. En cualquier caso, las diferencias entre ambos mundos, a pesar de tener un inicio común —el exilio— solo podían tener un final distinto. Max Aub murió tres años antes que Francisco Franco mientras que Jorge Semprún llegó a ser ministro de Cultura en 1988, con un gobierno socialista al frente de una España que había visto morir a un dictador, su tirano perpetuo, apenas trece años antes. Francisco Ayala fue otro de los exiliados afortunados que pudieron vivir en España tras el fin del régimen nacional-católico, recibiendo el reconocimiento que durante tanto tiempo se les había negado. El pensador granadino acabó convirtiéndose, gracias a su trayectoria intelectual y a su propia experiencia vital, en articulista de referencia a nivel nacional, como demuestra la gran producción que llevó a cabo en medios como *El País*. Esto permite también vislumbrar hasta qué punto España deseaba conocer la opinión y el punto de vista de aquellos que no habían tenido, hasta entonces, las herramientas oportunas como para poder comunicarse con la sociedad a la que pertenecían.

Además, los exiliados pertenecientes a la generación de Aub o Ayala tuvieron que enfrentarse al dilema que les planteaba una dictadura que comenzaba a tolerarles pero que no estaba dispuesta a permitirles hablar. Las muestras de aperturismo,

simbolizadas por esa buena predisposición de Manuel Fraga a la hora de entrevistarse con algunos exiliados, se descubrían como una especie de teatrillo que pretendía proyectar una imagen amable de un régimen en el que se seguía encarcelando y ejecutando. Aquellas gentes del exilio podían pasar a engrosar, sin saberlo o sin tenerlo en cuenta, un papel importante en los intentos propagandísticos del gobierno franquista, que se aprovechaba de esa necesidad por regresar a la patria para aflojar mínimamente la correa al mismo tiempo que continuaba ejerciendo la censura sobre las obras y publicaciones de la emigración.

De todos modos, a Jorge Semprún, Francisco Ayala y Max Aub les une algo tan difícil de acotar como es el sentimiento. Sentimiento producido en un caso por la terrible experiencia del campo de concentración nazi y en otro por la lucha hasta la derrota junto a la España republicana. Semprún saldrá del paso considerándose a sí mismo un auténtico militante antifranquista. Aub y Ayala se tendrán que autodefinir por obligación como exiliados republicanos. Los tres vivieron sin buscarlo el horror de la violencia y ambos sobrevivirían convirtiéndose, queriendo o no, en algo que les marcará durante el resto de sus vidas. Porque Max Aub o Francisco Ayala nunca estuvieron tan próximos a la muerte como Jorge Semprún, o Federico Sánchez, pero a cambio pagaron una pena de treinta años de desgarró emocional que cuando podría haberse revertido solo se consolidó del todo. Por su parte, Semprún, que se enfrentó en tantas ocasiones al peligro, a la detención o a la ejecución, consiguió ver el final de la dictadura y la transformación de un país por el que había estado jugándose la vida durante diez años. Seguramente Aub no hubiera estado totalmente de acuerdo con el rumbo de la Transición, pero por lo menos podría haber visto la vuelta de la democracia a España.

La última consideración de estas conclusiones merece estar dirigida al movimiento llevado a cabo por los estudiantes e intelectuales españoles del interior, demostrando que debajo del espeso manto que era la España franquista hubo oposición, protesta y rebelión. Se desmiente así la imagen de un país monolítico que aguantó y mantuvo a Franco durante cuarenta años. La realidad es que el crecimiento cultural que se vivió en ambientes como la Universidad de Madrid puso de manifiesto el interés de muchos jóvenes por librarse del asfixiante ambiente franquista para conocer lo que había más allá. La toma de contacto con las gentes del exilio, la colaboración militante con partidos como el PCE y la puesta en marcha de organizaciones tanto culturales como políticas son un claro ejemplo de que no todos los españoles estaban plegados a Franco, que había sectores —en su mayoría privilegiados— que quisieron desafiar al

régimen de maneras muy distintas con el único objetivo de alcanzar la libertad en una España democrática. Y todo esto mientras sufrían desencantos ideológicos, abandonaban viejas creencias y tomaban auténtica conciencia de la realidad que les había tocado vivir. Junto a los estudiantes habría que mencionar a los desencantados como Dionisio Ridruejo o Pedro Laín Entralgo, cuya evolución política les llevó no sólo a condenar enérgicamente el franquismo sino a asumir las culpas producidas por su posicionamiento junto a los sublevados en 1936. El análisis de la situación española y la propia actividad que desarrollaron durante el franquismo hicieron indispensable su participación a la hora de enfrentarse a la dictadura.

Aunque muchos antiguos exiliados no quisieran reconocer estas ideas respecto a una nueva España, o no quisieran verlas, ya que los colocaba invariablemente en la segunda fila de una nueva realidad, actualmente solo podemos reconocerles el mérito y sacrificio a todos aquellos que pagaron, con la cárcel e incluso con la vida, el conseguir un país libre de nuevo.

## 8. Bibliografía

### 8.1. Fuentes primarias y prensa

#### 8.1.1. Archivo

-Centro Documental de Memoria Histórica, a través de PARES

-Fundación Francisco Ayala

#### 8.1.2. Prensa

-*ABC*

-*Blanco y Negro*

-*Cuadernos Americanos*

-*Cuadernos de Cultura*

-*El Escorial*

-*El Mundo*

-*El País*

-*El Periódico de Aragón*

-*Las Españas*

-*Mundo Obrero*

-*Nuestra Bandera*

-*Nuestras Ideas*

### 8.1.3. Libros

- AUB, Max. *La gallina ciega*. Visor Libros, Madrid, 2015.
- AUB, Max. *Yo vivo*. Fundación Max Aub, Segorbe, 2003.
- AYALA, Francisco. *España, a la fecha*. Sur, Buenos Aires, 1965.
- AYALA, Francisco. *Recuerdos y olvidos*. Alianza Editorial, Madrid, 2001.
- AYALA, Francisco. *El tiempo y yo, o El mundo a la espalda*. Visor Libros, Madrid, 2006.
- BUÑUEL, Luis. *Mi último suspiro*. Debolsillo, Barcelona, 2012.
- ESPLÁ, Carlos. *Mi vida hecha cenizas (Diarios 1920-1965)*. Renacimiento, Sevilla, 2004.
- “¿Cuándo volvemos a España?”. Ateneo Salmerón de México, México D.F. 1942.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón. *Guerra en España*. Seix Barral, Barcelona, 1985.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro. *Descargo de conciencia: (1930-1960)*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2003.
- *Viaje a Suramérica*. Cultura Hispánica, Madrid, 1949.
- MADARIAGA, Salvador de, *Memorias de un federalista*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1967.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio. *Mi testamento histórico-político*. Planeta, Barcelona, 1975.
- SEMPRÚN, Jorge. *Autobiografía de Federico Sánchez*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1977.
- SEMPRÚN, Jorge. *Ejercicios de supervivencia*. Tusquets Editores, Barcelona, 2016.
- RIDRUEJO, Dionisio, *Escrito en España*, Buenos Aires, Losada, 1964.
- RIDRUEJO, Dionisio. *Casi unas memorias*. Planeta, Barcelona, 1976.

## 8.2. Fuentes secundarias

- ABELLÁN, J. L. (ed.): *El exilio español de 1939* (6 vols.). Taurus, Madrid, 1976-1978.

— *De la Guerra Civil al exilio republicano*. Editorial Mezquita, Madrid, 1983.

- AGUIRRE HERRÁINZ, Pablo. *¿Un regreso imposible? Expatriación y retorno desde el exilio republicano (1939-1975)*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2017.

- ALONSO, Cecilio (coord.), *Actas del Congreso internacional Max Aub y el laberinto español*, Ayuntamiento de Valencia, Valencia, 1996.

- ALTED, Alicia. *La voz de los vencidos*. Aguilar, Madrid, 2005.

— “El exilio español en la Unión Soviética”. *Ayer*, nº 3, 2002, pp. 129-154.

- ALTED, Alicia y DOMERGUE, Lucienne (eds.). *El exilio republicano español en Toulouse 1939-1999*. UNED Ediciones, Madrid, 2003.

- ÁLVAREZ JUNCO, JOSÉ y SHUBERT, Adrián. *Nueva Historia de la España Contemporánea (1808-2018)*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2018.

- AMAT, Jordi y GRACIA, Jordi (eds.) *Cartas íntimas desde el exilio (1962-1965)*. Fundación Banco Santander, Madrid, 2012

- ANGOSTO VÉLEZ, Pedro L. y LA PARRA LÓPEZ, Emilio. “Exiliados españoles en la encrucijada de la Guerra Fría: Prieto, Esplá, Araquistáin y Llopis”. *Pasado y memoria*, nº 2, 2003, pp. 5-54.

- AYALA, Francisco y FERNÁNDEZ-BRASO, Miguel. *Una conversación literaria*. Fundación Francisco Ayala, Sevilla, 2016.

- AZNAR SOLER, Manuel (ed.). *Nuevos diarios inéditos (1939-1972)*. Renacimiento, Sevilla, 2003.

— *Escritos sobre el exilio*. Renacimiento, Sevilla, 2008.



— Juan Rejano. *Artículos y ensayos*. Renacimiento, Sevilla, 2000.

- AZNAR SOLER, Manuel y LÓPEZ GARCÍA, José-Ramón (eds.), *Diccionario bibliográfico del exilio republicano de 1939*. Renacimiento, Sevilla, 2016.

- BALCELLS, J. M. y PEREZ BOWIE, J. A. *El exilio cultural de la Guerra Civil (1936-1939)*. Universidad de Salamanca, Salamanca, 2001.

- CABAÑA BRAVO, Miguel, FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Dolores, DE HARO GARCÍA, Noemí y MURGA CASTRO, Idoia (coord.). *Analogías en el arte, la literatura y el pensamiento del exilio español de 1939*, Doce Calles, Madrid, 2010.

- CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Sonsoles. “Posición de la República española en el exilio ante el ingreso de España en la ONU”. *Cuadernos de historia Contemporánea*, vol. 17, 1995, pp. 147-168.

- CANDE VILA, Xelo (ed.). *Epistolario entre Max Aub y Vicente Aleixandre*. Renacimiento, Sevilla, 2014.

- CARDONA, Gabriel. *El gigante descalzo*. Aguilar, Madrid, 2003.

- CASANOVA, Julián. *La iglesia de Franco*. Crítica, Barcelona, 2001

- CASANOVA, Julián y GIL ANDRÉS, Carlos. *Historia de España en el siglo XX*. Ariel, Barcelona, 2009

- CASANOVA, Julián (coord.). *40 años con Franco*. Crítica, Barcelona, 2015.

- CERVERA GIL, Javier. *La guerra no ha terminado. El exilio español en Francia 1944-1953*, Taurus, Madrid, 2007.

- DUARTE, Ángel. *El otoño de un ideal. El republicanismo histórico español y su declive en el exilio*. Alianza Editorial, Madrid, 2009.

- EGIDO LEÓN, Ángeles. *Francisco Urzaiz. Un republicano en la Francia ocupada. Vivencias de la guerra y el exilio*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.

- ESTRUCH, Joan. *El PCE en la clandestinidad, 1939-1956*. Siglo XXI, Madrid, 1982.

- FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy. *Los aragoneses en América (siglos XIX y XX) El exilio. Tomo II*. Gobierno de Aragón, Zaragoza, 2003.
- FOX MAURA, Soledad. *Ida y vuelta. La vida de Jorge Semprún*. DEBATE, Barcelona, 2016.
- GARCÍA DE JUAN, Miguel (ed.). *Desde el exilio: (los artículos inéditos publicados en la Nación de Buenos Aires, 1936-1943)*. Caro Raggio, Madrid, 1999.
- GARCÍA MONTERO, Luis (coord.). *Francisco Ayala. De mis pasos en la tierra*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Málaga, 2006.
- GASPAR CELAYA, Diego. “Resistencia, deportación y políticas de la memoria. Españoles en Francia (1940-1945)”. *Hispania Nova*, nº 1 Extraordinario, 2019, pp. 66-99.
- GÓMEZ BLESÁ, Mercedes (ed.). *Las palabras del regreso*. Cátedra, Madrid, 2009.
- GARCÍA MONTERO, Luis. *Francisco Ayala: el escritor en su siglo*. Publicaciones Diputación de Granada, Granada, 2009.
- GRACIA, Jordi y RUIZ CARNICER, M. A. *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*. Síntesis, Madrid, 2001.
- GRACIA, Jordi. *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*. Anagrama, Barcelona, 2004.
- *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo*. Anagrama, Barcelona, 2006.
- *A la intemperie. Exilio y cultura en España*. Anagrama, Barcelona, 2010.
- HIRIART, Rosario. *Conversaciones con Francisco Ayala*. Universidad de Granada, Granada, 2014.
- HOYOS PUENTE, Jorge de. *La utopía del regreso. Proyectos de Estado y sueños de nación en el exilio republicano en México*. Universidad de Cantabria, Santander, 2012.

- IORDACHE, Luiza. “Españoles tras las alambradas. Republicanos en los campos franceses, nazis y soviéticos (1939-1956)”. *Hispania Nova*, nº 1 Extraordinario, 2019, pp. 19-65.
- JULIÁ, Santos. *Historia de las dos Españas*. Taurus, Madrid, 2004.
- *Camarada Javier Pradera*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2012.
- *Nosotros, los abajo firmantes*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014
- *Transición*. Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017.
- MAHDAVI, Behjat. *El tema del retorno en las obras de Max Aub*. Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2017.
- MARTORELL, Miguel y SANTOS, Juliá. *Manual de Historia Política y Social de España*. RBA Libros, Barcelona, 2012.
- MARTHA PONTÓN, Rosa. “Max Aub en México (1942-1974)”. *Escritos*, nº 32, 2005, pp. 41-63.
- MATEAS, Abdón. “Los republicanos españoles en el México cardenista”. *Ayer*, nº 3, 2002, pp. 103-128.
- MEJÍA FLORES, José Francisco. *México y España: Exilio y diplomacia 1939-1947*. Universidad Autónoma de México, Ciudad de México, 2017.
- MOLINERO, Carme e YSÁS, Pere. *De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista en España (1956-1982)*. Planeta, Barcelona, 2017.
- MOLINERO, Carme. “La política de reconciliación nacional. Su contenido durante el franquismo, su lectura en la Transición”. *Ayer*, nº 2, 2007, pp. 201-225.
- MORENTE, Francisco. *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*. Síntesis, Madrid, 2006.
- NAVAL, M. A. *Cuestión de memoria: estudios sobre Ramón J. Sender, Luis Cernuda y Francisco Ayala*. Institución "Fernando el Católico", Zaragoza, 2010.
- NIETO, Felipe. *La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y ruptura*. Tusquets Editores, Barcelona, 2014.

- NIÑO, Antonio. “El exilio intelectual republicano en los Estados Unidos”. *Cuadernos de historia Contemporánea*, 2007: Extra 2, pp. 228-244.
- OLEZA SIMÓ, Joan (dir.). *Max Aub. Obras completas. Relato, I*. Generalitat e Institució Alfons El Magnànim, Valencia, 2006.
- PRESTON, Paul. *El Holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*. Debolsillo, Barcelona, 2016.
- QUINTO, José María de. *Memoria de Max Aub*. Fundación Max Aub, Segorbe, 2004
- RÓDENAS, Domingo (ed.), *Vueltas sin regreso. Max Aub y Dionisio Ridruejo*, Alcalá, Instituto Cervantes, 2018.
- RODRÍGUEZ, Juan. “Paulino Masip: Una narrativa entre dos mundos”, *Ojáncano*, nº 13, octubre de 1997, pp. 23-32.
- RODRÍGUEZ-LÓPEZ, Carolina. “De exilios y emociones”. *Cuadernos de historia Contemporánea*, vol. 36, 2014, pp. 112-138.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio (coord.). *La República y la cultura: Paz, guerra y exilio*. Madrid, Akal, 2009.
- ROJO, Gabriel y VALENDER, James (coord.). *Homenaje a Max Aub*. Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, México D.F. 2005.
- RUEDA LAFFOND, J. C. “El PCE y el uso público de la historia”. *Ayer*, nº 1, 2016, pp. 241-265.
- RUIZ CARNICER, Miguel Ángel. *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965: La socialización política de la juventud universitaria durante el franquismo*. Siglo XXI, Madrid, 1996.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás (ed.), *El destierro español en América. Un trasvase cultural*, Madrid, Siruela, 1991.
- SÁNCHEZ DE MADARIAGA, Elena. “Escritura epistolar y redes sociales. Pilar de Madariaga, Vassar College y el exilio”. *Ayer*, nº 1, 2017, pp. 129-154.

- SÁNCHEZ ZAPATERO, Javier. “Memoria y deshumanización en la narrativa concentracionaria de Jorge Semprún”. *Hispania Nova*, nº 1 Extraordinario, 2019, pp. 216-233.

- TRAPIELLO, Andrés. *Las armas y las letras. Literatura y Guerra Civil (1936-1939)*. Círculo de Lectores, Barcelona, 2010.

- VELÁZQUEZ HERNÁNDEZ, Aurelio. “La labor de solidaridad del gobierno Negrín en el exilio: el SERE (1939-1940) periodo inicial del exilio”. *Ayer*, nº 1, 2015, pp. 141-168.

- YSÁS, Pere. “¿Una sociedad pasiva? Actitudes, activismo y conflictividad social en el franquismo tardío”. *Ayer*, nº 4, 2007, pp. 31-57.

### 8.3. Películas

- *En el balcón vacío*, Jomí García Ascot, 1961.

- *Nueve cartas a Berta*, Basilio Martín Patino, 1966.

- *La guerre est finie*, Alain Resnais, 1966.

- *Volver a empezar*, José Luis Garci, 1982.

- *Las veredas de Saturno*, Hugo Santiago, 1986.

- *El mar y el tiempo*, Fernando Fernán Gómez, 1989.

- *La maleta mexicana*, Trisha Ziff, 2011.

- *Queridísimos intelectuales (Del placer y el dolor)*, Carlos Cañeque, 2012.

- *Un exilio: película familiar*, Juan Francisco Urrusti, 2017.

